
HARLEQUIN
Deseo™
SARA ORWIG
DESEOS Y ENGAÑOS



SARA ORWIG

DESEOS Y ENGAÑOS



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Deseos y engaños, n.º 2024 - febrero 2015
Título original: The Texan's Forbidden Fiancée
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-5802-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo Uno

Jake Calhoun se sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago. Llevaba muchos años esperando ese momento; tantos, que ya no creía que fuera a llegar. Y su mente se llenó inmediatamente de recuerdos.

Madison Milan acababa de salir de la sucursal que el banco Texas United Western tenía en Verity, una pequeña localidad de Texas. El sol se reflejaba en su rizado cabello castaño, que se había recogido en una coleta, con un pañuelo. Llevaba chaqueta y pantalones vaqueros y una camiseta roja.

Era ella. Su imaginación no le estaba jugando una mala pasada. Era real y estaba viva y coleando al otro lado de la calle.

La ira lo dominó unos pocos segundos, los que tardó en transformarse en un deseo tan intenso como desconcertante a la vez. ¿Cómo era posible que la deseara? Madison le había hecho mucho daño.

Los recuerdos lo acribillaron de forma implacable. Había sido la chica más divertida y la animadora más guapa y de piernas más largas de todo el instituto. Pero ya no era una adolescente, sino una mujer preciosa que, a medida que avanzaba, iba recibiendo saludos de vecinos y conocidos en general. Jake se preguntó si le darían un recibimiento tan cálido cada vez que pasaba por Verity.

Sus emociones no podían ser más contradictorias. Por una parte, ardía en deseos de quitarle el rancho de su familia y destruirla; al fin y al cabo era una Milan, tan engañosa y falsa como todos los Milan. Por otra, era la mujer más bella, más atractiva y más deseable que había visto en su vida.

Lo suyo había sido un flechazo. Se habían conocido en el instituto, por el equipo de fútbol. Él era capitán y ella, animadora. Como estaban al tanto de la enemistad de sus respectivas familias, hicieron lo posible por mantener los distancias; pero el amor fue más fuerte y terminó por imponer su ley.

Jake se acordó de su primer beso, de la primera vez que hicieron el amor, de todo. Se acordó como si no hubieran pasado trece años, sino apenas unas horas; y también recordó que, poco después de salir de la universidad, Madison se casó con otro.

Por lo que Jake tenía entendido, se divorció al cabo de dos meses y no se volvió a casar. Sin embargo, no estaba allí para interesarse por la vida amorosa de su antigua novia, sino para hablar con ella. Y no podría hablar con ella mientras estuviera rodeada de gente.

Por la información que le habían conseguido sus empleados, sabía que Madison usaba una camioneta de cuatro puertas cada vez que iba a Verity.

Jake la vio a un par de manzanas de distancia, aparcada delante de la tienda de ultramarinos, y consideró la posibilidad de esperarla allí.

Cuando ella se despidió del último de sus admiradores, un vaquero alto y delgado, él cruzó la calle y apretó el paso. Madison entró en la ferretería y, momentos más tarde, Jake la siguió al interior del establecimiento.

No tardó mucho en localizarla. Estaba en uno de los pasillos, mirando tubos de pintura.

Madison Milan se puso a buscar el tono ocre que necesitaba para su nuevo proyecto. Solo habían pasado unos segundos cuando vio por el rabillo del ojo que alguien se acercaba por el pasillo y se giró.

Su peor pesadilla se acababa de hacer realidad. Era Jake Calhoun, el motivo por el que había estado a punto de no mudarse al rancho de sus padres. De hecho, durante los tres años que llevaba en él, había hecho todo lo posible por evitarlo; hasta el extremo de que solo iba a Verity a finales de primavera y en otoño.

Pero el encuentro tantas veces temido le molestó menos que sus propios sentimientos. Había imaginado que, cuando por fin se vieran, lo odiaría con toda su alma. Y en lugar de sentir odio, sintió deseo.

Había cambiado mucho. Ya no era el chico de diecinueve años que vivía en sus recuerdos, sino un hombre alto, de hombros anchos y enormemente atractivo.

¿Estaría allí por casualidad? Sospechaba que no, pero respiró hondo e intentó disimular su nerviosismo.

—Hola —dijo él, con una voz más ronca de la que Madison recordaba—. Aunque no estoy seguro de que ese sea el saludo más adecuado después de tantos años.

—Con decir adiós, bastaría. No voy a hablar contigo ni con ninguna otra persona de tu empresa acerca de la posibilidad de perforar en mis tierras. De hecho, no quiero hablar con ningún Calhoun. Fin de la conversación.

Ella hizo ademán de darse la vuelta y él le tocó el hombro. Fue un contacto leve, apenas perceptible, y desde luego insuficiente para detenerla, pero le causó tal escalofrío de placer que se detuvo en seco y se quedó completamente inmóvil, presa de sus bellos y grandes ojos marrones.

—No estoy aquí por las prospecciones.

—Pues espero que no hayas venido a hablar del pasado, porque no me interesa en absoluto —declaró.

—No, tampoco se trata de eso.

Jake la miró súbitamente con dureza y enfado. A Madison le pareció extraño que estuviera enfadado con ella, porque desde su punto de vista, ella era la parte ofendida. ¿Por qué la habría mirado de ese modo?

Fueran cuales fueran sus motivos, borró la pregunta de su mente. No quería pensar en el pasado. Además, Jake habló de nuevo.

—Preferiría hablar en otro sitio, pero… Estoy aquí por un suceso que protagonizaron nuestras familias hace mucho tiempo, y por la antigua leyenda del tesoro enterrado. Pensé que te interesaría tanto como a mí.

Ella arqueó una ceja con escepticismo. Sospechaba que se habría inventado alguna historia para captar su atención y tenderle algún tipo de trampa. Los Calhoun siempre estaban tramando algo para robar a los Milan. Sus familias estaban enfrentadas desde que se asentaron en la zona tras la guerra civil, y dudaba que dejaran de estarlo alguna vez.

—Ni te creo ni confío en ti.

Madison se sintió traicionada por su propia voz, que sonó en un tono muy bajo y poco convincente. Con una simple mirada, Jake había destrozado todas sus defensas.

—Escúchame y toma tu decisión después, Madison. Es algo importante… ¿Qué te parece si lo hablamos en algún sitio donde no nos puedan interrumpir? Te invito a cenar en mi rancho. Aunque, pensándolo mejor, quizá prefieras que vayamos a algún restaurante de Dallas. Basta con un sitio tranquilo que esté en terreno neutral. Es un asunto que también concierne a tu familia.

Justo entonces, se oyó una voz de mujer.

—Hola, Jake…

Jake se dio la vuelta y sonrió a la mujer que se había acercado. Era una antigua amiga del colegio.

—Hola, Becky.

Becky Worthington sonrió de oreja a oreja.

—Me alegro mucho de verte. No sueles venir muy a menudo, ¿verdad?

—Es que paso poco por el rancho —contestó—. Trabajo en Dallas casi todo el tiempo, cuando no estoy de viaje.

—Deberías venir con más frecuencia. A saludar a tus viejos amigos, ya sabes… Yo sigo trabajando en el banco TBC; que, por supuesto, me parece el mejor banco de Verity —comentó con una risita.

—Lo intentaré —dijo Jake.

Becky los miró a los dos y, antes de marcharse, añadió:

—En fin, no os molesto más. Siento haberos interrumpido…

Madison esperó a que Becky desapareciera de la vista. Solo entonces, retomó la conversación que había iniciado él.

—¿Que vaya a cenar contigo? No, no me apetece nada. Ya nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Creo que este asunto te interesa. Y no pierdes nada. Si me equivoco, me iré y no te volveré a molestar.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé qué pretendes, pero seguro que se trata de las prospecciones.

—No te voy a negar que estaría encantado de perforar en tus terrenos, pero es por algo completamente distinto.

—Entonces, cuéntamelo ahora.

—¿Aquí? Ya nos han interrumpido una vez; y, si nos quedamos más tiempo, nos volverán a interrumpir. Sin mencionar que nos podría oír cualquiera y que no sería precisamente conveniente para nosotros —alegó—. Ven a cenar conmigo. No es para tanto. Te llevaré a tu casa cuando te quieras marchar.

—Si tanto te empeñas, cenemos aquí.

—No quiero cenar en Verity. Iremos a Dallas en el avión y buscaremos

un restaurante tranquilo, donde no haya nadie que nos conozca. Concédeme esa petición, por favor. Te aseguro que no te arrepentirás.

Madison lo miró fijamente. Por experiencia propia, sabía que los Milan tenían buenos motivos para no confiar en los Calhoun. Y seguía convencida de que Jake solo buscaba la forma de perforar en sus tierras. Pero, de todas formas, había despertado su curiosidad. ¿Qué podía saber que le interesara?

—Muy bien, Jake. Espero que merezca la pena.

—¿Tanto te molesta la perspectiva de cenar conmigo?

—Más que molestarme, me sorprende que quieras cenar conmigo —replicó.

—Esto es bueno para los dos, Madison —afirmó—. En fin, pasaré a recogerte el domingo por la noche, poco antes de las siete. Y créeme… te prometo que ni siquiera mencionaré lo de las perforaciones.

—Sí, ya sé lo que valen tus promesas —ironizó.

Los ojos de Jake brillaron con furia, pero no se detuvo a mirarlos. Le dio la espalda y se alejó, dispuesta a hacer su compra y perderlo de vista.

Pero, al final, se fue sin comprar nada. Prefirió poner tierra de por medio; alejarse de la persona que tanto dolor le había causado y, sobre todo, de la intensa reacción física que le había producido. Seguía siendo el hombre más atractivo del mundo. Un hombre que le aceleraba el corazón.

Súbitamente, quiso volver y cancelar la cena. Su carrera artística había superado todos sus sueños de juventud. Le iba bien y hacía lo que le gustaba. Esa era la razón por la que no había mantenido ninguna relación amorosa especialmente importante desde su breve y desastroso matrimonio. No tenía tiempo para el amor. Y tampoco lo tenía para lo que sentía en ese momento.

Los recuerdos se agolparon en su mente, muy a su pesar. Durante algo más de un año, había rechazado las advertencias de su familia y había depositado toda su confianza en Jake. Pero Jake le había partido el corazón.

Se dirigió a la camioneta tan deprisa como pudo, sin entrar en la tienda de ultramarinos, como era su propósito cuando llegó a la localidad. Quería volver al rancho Doble M, al único lugar del mundo donde estaba segura de que no se lo volvería a encontrar. Ya iría de compras otro día. Ahora, solo quería olvidarse de Jake Calhoun.

***

Desgraciadamente, los recuerdos no la abandonaron con tanta facilidad.

Como sus familias estaban enfrentadas, Madison había crecido sin dirigir la palabra a ningún Calhoun; pero fue muy consciente de la presencia de Jake desde que llegó al instituto. Aunque él le sacaba tres años, solo estaba dos cursos más adelante porque ella había recibido clases privadas durante su más tierna infancia y, al llegar al colegio, la pusieron en el curso siguiente al que le correspondía por edad.

Aun así, no hablaron nunca hasta que, un día, en una de las fiestas que se organizaban en el gimnasio, se encontraron juntos por casualidad. Fue

por un baile típico de la zona, para el que se tenía que hacer dos círculos: uno de chicos por fuera y otro de chicas por dentro. Luego, los círculos se empezaban a mover al son de la música y, cuando esta se detenía, la gente se emparejaba con la persona que tuviera delante.

La suerte quiso que le tocara precisamente Jake. Pero se rebeló contra ella y, tras afirmar en voz alta que jamás bailaría con un Calhoun, eligió al chico que estaba a su lado, y Jake, por su parte, a la chica que estaba junto a Madison.

La siguiente vez que se cruzaron en el instituto, Jake le dio las gracias en voz baja por haber elegido a otra persona y haberle ahorrado a él la necesidad de hacer lo propio.

No volvieron a hablar hasta un año más tarde, aunque Madison se daba cuenta de que la miraba mucho y lamentaba que fuera un Calhoun, porque le gustaba de verdad. Entonces, se hizo animadora del equipo de fútbol y volvió a coincidir con él.

—Hola, estiradilla Milan —le dijo un día.

—Hola, vil Calhoun —replicó.

Para sorpresa de Madison, Jake sonrió y se fue tan contento, sin decir nada más. Pero, al lunes siguiente, le cortó el paso en uno de los pasillos y dijo:

—Hola de nuevo. Espero que no tengas miedo de que alguno de tus hermanos te vea hablando conmigo.

—Ni tengo miedo de mis hermanos ni estoy particularmente interesada en hablar con un Calhoun. Además, tú también tienes hermanos en el instituto.

—¿Y tampoco te asustan tus padres?

—¿Mis padres? No lo sabrían nunca. Él está muy ocupado con su trabajo y ella, con su vida social.

—Ah, sí, tengo entendido que tu padre es juez en Dallas. ¿Viaja a la ciudad todos los días? —preguntó Jake.

—No, qué va. Mis padres viven en Dallas entre semana y se quedan aquí los sábados y los domingos. Ni mis hermanos ni yo quisimos dejar el instituto de Verity, así que nos quedamos al cuidado de nuestros abuelos.

—Entonces, no nos pueden ver juntos ni en Dallas ni aquí… Te propongo una cosa. Espérame después de clase detrás del edificio, junto a los contenedores. Te llevaré a Lubbock y te invitaré a un helado, si no te da miedo estar conmigo.

—¿Por qué querría salir con un Calhoun?

—Yo podría decir lo mismo sobre ti. Eres una Milan —le recordó—. ¿Tanto miedo te da?

—Yo no tengo miedo de nada —afirmó ella—. Pero, ¿seguro que puedes? Creía que tenías entrenamiento…

—Hablaré con el entrenador y le diré que tengo un compromiso en Lubbock. Al fin y al cabo, si aceptas mi invitación, será verdad.

—Entonces, allí estaré.

Madison aún recordaba la emoción de saber que iba a quedar con el chico más excitante del instituto. En aquel momento, pensó que todo lo que sus familiares le habían contado sobre los Calhoun era mentira. Se

pusieron de acuerdo con sus dos mejores amigos para que los padres de Madison creyeran que estaba saliendo con Steve Reynolds, alguien contra el que no tenían nada, y los de Jake pensaran que salía con Marilee Wilson.

A partir de entonces, se dedicaron a salir en secreto. Y todo fue bien hasta que Tony, uno de los hermanos de Madison, los vio en Lubbock. Él acabó con la nariz rota y Jake, con un ojo morado. Pero el asunto no quedó así, porque Tony se lo contó a los demás, que reaccionaron según su carácter: Wyatt, intentando razonar con ella; y Nick, recordándole todas las supuestas canalladas de los Calhoun.

Naturalmente, ella despreció las advertencias de sus hermanos. Y el año que estuvo con él fue uno de los mejores de su vida. Sabía bailar, era divertido y besaba muy bien. Hasta se convirtió en su primer amante.

Mientras salían, hicieron planes para casarse en Mississippi tras la ceremonia de graduación en el instituto. El día en que se iban a fugar, ella se puso unos sencillos vaqueros y una camiseta, como si fuera cualquier otro día; pero había escondido una bolsa de viaje que contenía un vestido blanco de seda, un velo, unos zapatos de tacón y un camisón con puntillas.

Sin embargo, las cosas no salieron como había imaginado. Jake desapareció de repente, sin decir una sola palabra; y, a la mañana siguiente, después de haber quemado el vestido de novia y todo lo demás, Madison se subió al coche, condujo hasta el río Rocky y tiró su anillo de compromiso al agua.

Desde entonces, no se habían visto ni una sola vez. Y ahora se presentaba en una tienda e insistía a llevarla a cenar.

Madison sacudió la cabeza e intentó olvidar el asunto y concentrarse en su último encargo, un cuadro para un millonario de Dallas. Pero no dejaba de pensar en él, así que los días siguientes no fueron especialmente productivos.

Por fin, llegó el domingo. Minutos antes de las siete, Madison entró en la biblioteca del rancho porque desde su ventana se veía la parte delantera de la casa. Se había puesto un vestido de color azul oscuro, de cuello en uve, que se ajustaba a su figura y resultaba razonablemente serio a la vez. Y como quería dar una imagen fría, segura y distante, se recogió el cabello con unas horquillas.

Cuando la limusina de Jake se detuvo en el vado, el corazón se le desbocó. Aún no salía de su asombro. No podía creer que hubiera quedado con Jake.

Capítulo Dos

El sol se estaba ocultando cuando Jake llamó a la puerta de la casa. No había entrado nunca, ni siquiera cuando salía con Madison. Aunque sus padres no estuvieran presentes, siempre cabía la posibilidad de que estuviera alguno de sus hermanos o de que los viera alguno de los trabajadores del rancho.

De hecho, miró la casa como si la viera por primera vez. El hogar de los Milan no se parecía nada al de la mayoría de los rancheros de la zona. Era una imponente mansión de estilo georgiano, con altas columnas dóricas de color blanco, más propia del sur profundo. Dos grandes robles flanqueaban el edificio, corazón de un rancho dedicado a la cría de ganado en cuyas tierras, según se creía, podía haber gas y petróleo.

Respiró hondo y esperó. No podía creer que fuera a cenar con Madison. A decir verdad, casi estaba seguro de que se pondría en contacto con él para declinar la oferta a última hora. Pero tardaba tanto en abrir que pensó que estaba repitiendo a pequeña escala el plantón que le había dado el día en que se iban a casar.

El día en que se iban a casar.

Jake se sintió tan indignado que se dijo que era mejor que no pensara en aquel suceso. Tenía que concentrarse en su objetivo, que pasaba por cenar con ella y llevarla después a su casa. Era consciente de que se vería obligado a echar mano de todos sus poderes de persuasión, pero se guardaba un as en la manga que bastaría para despertar el interés de Madison; algo que, hasta ese momento, solo sabían sus padres, sus hermanos y él mismo.

Apretó los dientes y volvió a llamar al timbre. Esta vez, la puerta se abrió. Y Jake se quedó asombrado con la belleza de la mujer que había salido a recibirlo.

—Estás preciosa…

—Gracias —dijo ella con frialdad.

—¿Nos vamos?

—Espero que esto merezca la pena.

—No estaría aquí si no lo mereciera.

Ella alcanzó una chaqueta y, a continuación, activó la alarma en el panel del vestíbulo, salió de la casa y cerró la puerta.

El conductor de la limusina abrió la portezuela a Madison, que se acomodó en el asiento de atrás y espero a que su antiguo novio se sentara a su lado. Jake notó su perfume; no lo reconoció, pero le encantó su fondo especiado y floral, muy tentador.

Giró la cabeza y la volvió a mirar. Había estado pensando en ella toda la

semana, pero pensar en ella y estar físicamente a su lado eran dos cosas muy diferentes. Aún tenía las piernas más bonitas que había visto nunca.

El chófer arrancó en ese momento.

—¿Dónde está ese avión que nos va a llevar a Dallas? —preguntó ella.

—En el aeródromo de Verity.

—¿Vamos en un vuelo regular?

—No, en uno de mis aviones privados.

—Ah…

Madison clavó en él sus preciosos ojos verdes. Disimulaba muy bien sus emociones, pero Jake pensó que serían tan turbulentas como las suyas.

—Tengo entendido que tu carrera artística va muy bien.

—No me puedo quejar. Soy feliz con mi trabajo.

—No me extraña; haces lo que siempre deseaste —comentó él—. Pero me sorprende un poco que te vinieras a vivir al rancho de Verity cuando tienes una galería de arte en Dallas y otra en Santa Fe.

Ella se encogió de hombros.

—Crecí aquí. Estoy acostumbrada a este sitio… Además, no vivo todo el tiempo en el rancho. Vengo cuando necesito pintar, para que no me molesten. La ciudad está llena de distracciones, y en el rancho puedo estar sola. Como tal vez sepas, mis padres me lo cedieron hace tres años y mis hermanos tienen sus propias casas. Vengo en otoño, me marcho en Navidad y vuelvo en mayo.

—Comprendo.

—El resto del tiempo vivo en Nuevo México y en una casa que tengo en Dallas. ¿Y tú? ¿Vives en el rancho?

—Me encantaría, pero tengo tanto trabajo que suelo estar en Dallas, donde está la sede de la empresa —contestó—. Si todo va bien, espero dejar la dirección de la empresa a los cuarenta y convertirme en ranchero, que es lo que verdaderamente me gusta.

Ella asintió y miró unos segundos por la ventanilla del vehículo. El aeródromo estaba al este de Verity, y avanzaban por una avenida que había sido un camino para ganado antes de que la localidad empezara a crecer. Al pasar por delante del último de los edificios, una mansión abandonada de tres pisos de altura y un jardín lleno de maleza, se giró hacia Jake y dijo, sin pensar:

—Mira, la mansión de los Wrenville. ¿Te acuerdas de aquella noche, cuando tú, yo, Wyatt y un par de amigos entramos a explorar?

—Claro que me acuerdo. No encontramos nada de interés, pero tuvimos que salir corriendo cuando llegó el sheriff.

—Según la leyenda, tú y yo tenemos antepasados comunes que murieron aquí. Los dos estaban enamorados de Lavita Wrenville. Menuda historia, ¿verdad? Un tiroteo que acaba con la muerte de los dos pretendientes y del padre de la chica… Me pregunto quién fue el primero en disparar. Se dice que Lavita escribió su nombre en un papel y lo ocultó antes de morir. Ojalá que se encuentre.

—Si existe, tu hermano será el primero en saberlo, porque en el año 2015, la propiedad pasará a manos del ayuntamiento. Tengo entendido que tu hermano es sheriff por eso; la gente piensa que Wyatt es un hombre

honrado y que sabrá tratar el asunto con el interés que merece —declaró él.

—Es una forma delicada de decirlo, Jake —ironizó Madison—. Sabes perfectamente que querían un hombre honrado porque la leyenda también dice que Lavita escondió una fortuna en algún lugar de la mansión. Saben que si Wyatt la encuentra, la dejará en manos del ayuntamiento, para que todo el mundo se beneficie; y que, si encuentra el nombre de la persona que empezó a disparar, lo hará público.

—Eso espero.

—Siempre he querido conocer la identidad del responsable. ¿Fue tu antepasado? ¿El mío? ¿O el padre de Lavita?

—Hay otra posibilidad… que todos empezaran a disparar al mismo tiempo —observó Jake—. Es una lástima que no se investigara lo suficiente.

—Desde luego. Me sorprende que la gente no insistiera en conocer la verdad.

—Bueno, los Milan y los Calhoun eran aún más poderosos e influyentes en aquella época. Si no querían que se investigara a fondo, se saldrían con la suya. Aunque también es posible que fuera la propia Lavita quien bloqueó la investigación. En cualquier caso, lo sabremos cuando llegue 2015.

Ella se estremeció.

—No sé por qué os empeñasteis Wyatt y tú en entrar en la mansión para buscar el tesoro y la carta de Lavita.

Jake sonrió.

—Éramos jovencitos, nada más. Y Wyatt no es de los que se asustan así como así. Los dos sentíamos curiosidad y ardíamos en deseos de ser ricos y tener coches caros.

Madison se calló que, a diferencia de Wyatt y de Jake, ella estaba aterrorizada cuando entraron en la mansión.

—El vuelo a Dallas es bastante corto —dijo, cambiando de conversación —. ¿Por qué no hablamos en el avión? Allí no nos molestará nadie.

—Sí, tienes razón —dijo Jake—. El tiempo es bueno y será un vuelo tranquilo.

Minutos después, subieron al avión y despegaron. El sol casi se había ocultado en Verity; pero, como volaban hacia poniente, tuvieron un poco más de luz solar.

—¿Quieres beber algo? —preguntó él.

—Si hay té de frambuesa.

—Por supuesto.

Jake habló con el auxiliar de vuelo, que apareció poco después con el té y una botella de cerveza. Cuando ya se había ido, Madison probó el té y suspiró.

—Está delicioso —dijo.

—Me alegra que te guste.

Madison se recostó en el asiento.

—Bueno, hablemos de una vez, Jake; pero ahórrame los preámbulos, por favor. ¿A qué viene todo esto?

Jake se quedó momentáneamente hechizado con sus grandes y verdes ojos y con su bella cara, que los últimos rayos del sol teñían de dorado. Pero respiró hondo y se recordó que Madison estaba esperando una respuesta.

—Es una historia muy anterior a Lavita Wrenville, sobre nuestros primeros antepasados —dijo—. Como sabes, se dice que en tus tierras también hay un tesoro.

—Ah, sí, es una leyenda antigua. Todos los Milan han buscado ese tesoro; algunos, de forma verdaderamente exhaustiva. Pero nunca se ha encontrado nada… supongo que será un simple mito.

—Un mito que, no obstante, pasa de generación en generación.

—Sí, eso es cierto. Y cualquiera le dice a los niños que busquen… Tony y sus amigos cavaron en muchas hectáreas de terreno. Como Wyatt y tú, empeñados en encontrar el tesoro de Lavita Wrenville.

—Yo busqué con mis hermanos en la parte de nuestra propiedad que da a la vuestra; como están separadas por el río, la linde ha cambiado un poco con el paso de los años. Y resulta que tengo un mapa de mi tatarabuelo Henry Calhoun; un mapa que, por motivos evidentes, no compartimos nunca con vuestra familia. Aunque es posible que, en los viejos tiempos, los Calhoun quisieran trabajar juntos con los Milan y tu familia se negara.

Ella sonrió con ironía.

—Está bien. Tienes un mapa. ¿Y qué? Sinceramente, dudo que la leyenda tenga algo de cierto —comentó.

—A veces, las leyendas tienen una base real. Lo cual no significa que sean exactas, ni mucho menos.

—Me resulta difícil de creer que en nuestras tierras haya un tesoro escondido.

—Pues no sé por qué. En aquellos tiempos era bastante común que se escondieran. Era una sociedad muy violenta, con asaltos de trenes y robos continuos —alegó—. Sin embargo, los Calhoun no sabemos interpretar el mapa de mi tatarabuelo. Obviamente, no conocemos vuestra propiedad tan bien como vosotros.

—¿Y de dónde ha salido ese mapa?

—Quién sabe. Pero está con nosotros desde hace varias generaciones, y sospecho que alguno de mis antepasados se internaría en vuestras tierras en busca del tesoro.

—Sí, estoy segura de ello. Estos ranchos son muy grandes; cualquiera puede entrar y salir de una propiedad sin que nadie se dé cuenta. —Madison tomó un poco más de té—. Así que hay un mapa de verdad… ¿Quién lo iba decir? Siempre he pensado que eran cuentos para niños. Y supongo que quieres que te dé permiso para buscar en mis tierras.

—Permiso, y algo más.

—¿Algo más?

Cuando los grandes ojos verdes de Madison se volvieron a clavar en él, se excitó tanto que se olvidó del mapa, del tesoro y del resto de las cosas. En un esfuerzo por refrenarse, apartó la mirada y respiró hondo.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿Quieres hablar de una vez, Jake? ¿Qué me has ocultado, además de un mapa que tu familia tiene desde hace varias generaciones y que, sin embargo, no mencionaste ni una sola vez cuando estábamos juntos?

—Nos encantaban esas leyendas cuando éramos jóvenes, ¿verdad? Aunque, en el fondo, ninguno nos las creíamos —comentó Jake—. Y además de ti y de mí, no había ningún Dalton ni Calhoun que estuviera dispuesto a olvidar las rencillas entre nuestras familias.

—Sí, eso cierto, las leyendas nos gustaban mucho. Por eso me sorprende tanto que no mencionaras el mapa.

—No lo mencioné porque desconocía su existencia. En mi familia hay una norma: que nadie sepa de él hasta que cumpla veintiún años, y con la condición de que jure mantener el secreto.

Ella soltó una carcajada.

—Bien pensado. Los niños tienden a irse de la lengua.

Jake sonrió.

—Dime una cosa… cuando te contaron la leyenda, ¿mencionaron algo sobre un enfrentamiento entre las dos familias?

—Sí. Me contaron que los Milan y los Calhoun coincidieron cuando estaban buscando el tesoro y que los Milan echaron a tus familiares de la propiedad.

—¿Sabes si alguno murió?

—Creo recordar que sí, pero me lo dijeron cuando yo era una niña y, francamente, no presté demasiada atención.

Él echó un trago de cerveza y dijo:

—Según la versión de los Calhoun, tus antepasados y los míos se enfrentaron a tiros. Murieron dos Calhoun y tres Milan, a los que enterraron en el lugar donde se produjo el tiroteo, que es el mismo donde está el tesoro. Ten en cuenta que, en aquella época, ni tu familia ni la mía tenían cementerio propio.

—Eso tengo entendido.

—Pues bien, quiero llevarme los restos de los Calhoun a nuestra propiedad. En cuanto al tesoro, supongo que será tuyo si lo encontramos, porque estará en tus tierras.

Madison frunció el ceño.

—¿Quieres los huesos de tus antepasados? Podrías buscar día y noche durante una década y no encontrar nada, si es que la leyenda es cierta —declaró—. Discúlpame, Jake, pero no te creo. Estoy segura de que no me has invitado a cenar por eso.

—Bueno, hay otra cosa que me interesa. Se supone que a uno de mis antepasados lo enterraron con una escritura que llevaba en el bolsillo; una escritura ganada en una partida de póquer. Al parecer, el documento daría derechos a los Calhoun sobre una parte de las tierras de los McCracken.

Ella arqueó una ceja.

—¿Las tierras de los McCracken? Vaya, si eso es cierto, la escritura es más valiosa que cualquier tesoro enterrado.

—Y te recuerdo que Jeb McCracken es tan enemigo de los Calhoun como de los Milan. No hay un vecino con el que ese canalla no se haya peleado.

—Es verdad. En Verity se dice que se ha vuelto aún más despreciable con los años. Tiene deudas sin pagar por todo el condado, y es tan pendenciero que se ha convertido en visitante asiduo de los calabozos del sheriff. Nadie protestaría si le quitaras un buen pedazo de su propiedad —afirmó ella, mirándolo a los ojos—. Muy bien, supongamos que te concedo permiso. ¿Qué pasará si la escritura la lleva uno de mis antepasados? ¿Reclamarás las tierras de todas formas?

Él sonrió.

—No si la escritura está a su nombre. O arrugada entre los huesos de sus manos.

Ella volvió a reír, y a Jake le pareció el sonido más bonito de la Tierra.

—No tengo intención de buscar mucho —siguió hablando—. Quiero que eches un vistazo al mapa. Estoy seguro de que habrás visto muchas fotografías aéreas de tu propiedad, así que es posible que reconozcas algo. Si tenemos suerte y la leyenda es cierta, desenterraremos el tesoro, recuperaremos la escritura y me llevaré los huesos de mis antepasados para enterrarlos como se debe. Sé que a mi abuelo le gustaría mucho.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso no es propio de ti, Jake. ¿Por qué tengo la impresión de que esto es una excusa para hacer prospecciones de mis tierras en busca de gas y petróleo?

—Solo busco lo que pertenece a los Calhoun; concretamente, los huesos de mis antepasados y la escritura. Te prometo que no haré prospecciones.

—Según nuestra versión de la leyenda, el tesoro fue el origen de la disputa entre nuestras familias. Nuestros antepasados llegaron a Verity después de la guerra civil. Se dice que habían encontrado oro en una casa abandonada de Tennessee y que mi familiar robó los derechos de la prometida del tuyo, lo cual provocó una pelea por el oro y por la propia mujer. Después, un Milan mató a un Calhoun y los Calhoun mataron a un Milan. ¿Coincide con vuestra versión?

—Sí, con toda exactitud.

Ella cruzó las piernas y se giró hacia la ventanilla, volviendo a despertar la atención de Jake. Al cambiar de posición, el cuello del vestido se le abrió un poco y él pudo ver la parte superior de sus más que tentadores senos. De inmediato, recordó un montón de imágenes que había enterrado en su memoria. Visiones de su estrecha cintura, de sus manos, de todo. Imágenes increíblemente eróticas.

—Jake, necesito tiempo para pensar —declaró ella—. Llegaremos a Dallas dentro de poco, así que no hay motivo para que no cenemos juntos. Sopesaré tu propuesta y te contestaré mañana, si te parece bien.

—Me parece perfecto, Madison.

Jake se sintió inmensamente satisfecho. Sabía que querría consultar el asunto con sus hermanos, pero esperaba que no le dijera nada a su padre.

Poco después, el piloto anunció que se acercaban al aeropuerto de Dallas e inició la maniobra de descenso. Cuando el avión aterrizó y se subieron a la limusina que los iba a llevar al restaurante, ya se había hecho de noche.

***

Tras un trayecto breve, entraron en un local bastante acogedor y se sentaron a una mesa, en una salita privada. La luz era suave, y se oía la música del pianista que estaba tocando en el salón principal.

—Una salita privada… —dijo ella—. Ni siquiera sabía que se pudieran reservar esas cosas. Estoy impresionada.

—Es una de las razones por las que me gusta este lugar.

Jake llamó al camarero, que se acercó a tomar nota de lo que querían beber.

—Así no hay posibilidad alguna de que nos interrumpan —dijo Madison cuando el camarero se marchó.

—En efecto —Jake echó un vistazo al menú—. ¿Sigues siendo adicta al pollo frito?

Madison sacudió la cabeza.

—No, mis gustos culinarios han cambiado mucho. Creo que tomaré langosta.

—Excelente elección. Yo pediré un buen filete.

El camarero volvió con la botella de vino blanco que habían pedido, que dio a probar a Jake antes de servir. Después, les tomó nota y se fue de nuevo. Jake alzó entonces su copa y propuso un brindis.

—Por el tesoro…

—Por el tesoro —repitió ella—. Me parece un brindis razonablemente inocente.

—Eso me ha parecido.

—Sin embargo, aún no te he dado una respuesta.

—Lo sé; pero, si me concedes permiso y tenemos éxito, tú conseguirás tu tesoro y yo, la escritura y los restos mortales de mis antepasados. Los dos tendremos lo que queremos.

Ella probó el vino, ladeó la cabeza y observó a Jake.

—Sigo pensando que me ocultas algo. No consigo fiarme de ti. Espero que ese mapa no sea falsificación tuya.

Jake intentó no enfadarse.

—Mi padre llevó el mapa a un especialista de Chicago, para que determinara su antigüedad. Resultó ser de mediados del siglo XIX. Pero si no te fías y lo quieres comprobar, te daré la carta que nos envió, para que te pongas en contacto con él.

—De todas formas, me gustaría ver el mapa original. A no ser que se desintegre entre mis manos, claro.

—No se desintegrará si eres cuidadosa y no te lo llevas por ahí. Sin embargo, no dejaré que lo toques hasta que me des tu permiso.

—Ah, vaya, veo que tú tampoco confías en mí.

—¿Tengo motivos para confiar en ti?

—Los tuviste. Hace tiempo —contestó bruscamente.

Madison apartó la mirada, respiró hondo y tomó un poco más de vino, en un intento por refrenar el acceso de ira que amenazaba con romper su tranquilidad.

Jake, que se encontraba en una situación muy parecida, cruzó los dedos

para que la hostilidad latente que había entre ellos no frustrara un acuerdo. Durante unos instantes, se sintió mal por no haberle dicho todo; después, se acordó del padre de Madison y dejó de preocuparse por el secreto que guardaba.

Madison comió en silencio, mientras pensaba en su propuesta y observaba a Jake desde todas las perspectivas posibles. No confiaba en él. Sospechaba que quería hacer prospecciones en sus tierras y que toda esa historia no era sino una excusa para alcanzar sus verdaderos objetivos. Le parecía verdaderamente extraño que hubiera un mapa y una escritura y ningún Milan lo hubiera sabido hasta entonces.

Pero, por otra parte, ¿qué podía perder? En principio, nada.

Alzó la cabeza y descubrió que Jake la estaba mirando. Sus oscuros ojos eran tan bonitos como, aparentemente, inocentes. Parecían los ojos de un hombre digno de confianza; y a pesar de estar convencida de que le ocultaba algo, se quedó atrapada en ellos. Durante unos segundos, olvidó el tesoro, la leyenda y el mapa y se acordó de sus caricias, de su forma de hacer el amor, de lo mucho que se habían querido.

—Si acepto tu propuesta, ¿qué vas a hacer? —le preguntó—. ¿Vagar por mis tierras con una pala en la mano, haciendo agujeros?

Él sonrió.

—Por supuesto que no. Reuniré una cuadrilla en mi rancho; cuatro o cinco hombres como mucho. —dijo—. Necesito que estudies el mapa con detenimiento. Yo no conozco bien tus tierras; pero tú, sí. Y si no ves nada que te resulte familiar, puede que alguno de tus hermanos tenga más suerte.

—A diferencia de ti, yo no soy geóloga —le recordó—. ¿Qué pasará si no reconozco nada?

—Que tú y yo tendremos que trabajar juntos —respondió Jake—. Pero seguro que se te ocurrirá algo.

Madison volvió a pensar en lo que le estaba proponiendo. Era un asunto tan dudoso que dejó el tenedor a un lado porque ya no tenía hambre.

—No comes mucho… —comentó él, momentos después—. ¿Es que no te gusta la comida?

—Al contrario. Está deliciosa —le aseguró—. Pero no tengo demasiada hambre y, además, estoy pensando en tu propuesta.

—Tómate todo el tiempo que necesites. Ni siquiera es necesario que me respondas mañana. Puedo esperar —dijo—. ¿Te apetece bailar conmigo?

Ella le devolvió la sonrisa.

—No, gracias; esto es una cena de negocios y no me apetece bailar. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Como quieras.

De repente, Jake se echó hacia delante y la tomó de la mano. En cuanto Madison sintió el cálido contacto de sus dedos, se quedó sin aliento. El ambiente se había cargado de electricidad. No deseaba otra cosa que tomarlo entre sus brazos, besarlo apasionadamente y hacerle el amor toda la noche.

—¿Aceptas una tregua? —dijo él, mirándola a los ojos.

Ella estaba tan concentrada en su mano que casi no oyó su voz.

—Siempre has tenido una piel muy suave —continuó Jake en un susurro.

Madison cerró los ojos, atrapada entre los tórridos recuerdos de su pasado y las emociones que la embriagaban en ese momento. Lo deseaba, pero no se podía entregar a un hombre que había destrozado su amor como quien lanza una copa de cristal contra la pared. Había demasiadas cosas entre ellos. Cosas que no debía olvidar.

Apartó la mano y se maldijo en silencio, consciente de que Jake había notado el efecto que causaba en ella.

—Está bien. Te concederé una tregua.

—Gracias —dijo él, sin dejar de mirarla a los ojos—. Cuando termines de cenar, te llevaré a tu casa. Así podrás pensar en mi oferta.

Ella asintió.

—Nos podemos ir cuando quieras. He perdido el apetito.

Tras pagar la cuenta, salieron del restaurante y volvieron al aeródromo. El avión ya había despegado cuando ella lo miró y dijo:

—Yo también quiero que mis antepasados tengan un entierro adecuado. Quizá recuerdes que siempre me interesaron la historia y la genealogía de mi familia… En cuanto al tesoro, dudo que exista. Sin embargo, has sido muy generoso al ofrecerme que me quede con él si lo encontramos.

—Bueno, soy tan escéptico como tú sobre la leyenda de ese tesoro; pero, si existe, será un pago razonable a cambio de tu colaboración.

Madison frunció el ceño.

—¿Qué haremos si encontramos restos humanos? ¿Cómo distinguiremos los huesos de los Milan y los Calhoun?

—Se los llevaremos al forense de Verity. Supongo que un simple análisis de ADN bastará para determinar quién es quién.

Madison asintió.

—Me parece bien. Pero, ¿seguro que me quedaré con el tesoro si lo encontramos? ¿No cambiarás de opinión?

—En absoluto.

Ella guardó silencio durante unos instantes y, acto seguido, se interesó por un asunto que le preocupaba.

—Sé que quieres realizar prospecciones en mis tierras, Jake. Y comprendo que la posibilidad de encontrar petróleo o gas resulte tentadora para tu empresa, pero…¿Por qué no lo buscas en otro sitio? El mundo es grande.

—Sí, lo es, pero tus tierras son muy prometedoras. Además, la extracción resultaría enormemente más barata, porque tu rancho está cerca de nuestra sede y podríamos trabajar con nuestros propios especialistas, sin necesidad de contratar a nadie en otros países.

—Puede que no te saliera tan barata. Mi familia pondría un precio alto.

Él volvió a sonreír.

—¿Insinúas que nos vas a dar una oportunidad? Porque te aseguro que podemos ser muy generosos.

—No tientes a la suerte, Jake —le advirtió.

El vuelo fue tan breve como a la ida. Cuando aterrizaron, Jake la acompañó a la limusina y ordenó al chófer que los llevara a casa de Madison. Una vez allí, bajaron del vehículo y se dirigieron a la entrada.

Entonces, para sorpresa de Jake, ella dijo:

—¿Te apetece entrar? Quiero hablar contigo de una cosa.

—Sí, claro…

—¿No le importará a tu chófer?

—No, ni mucho menos. Está acostumbrado a esperar. Es su trabajo.

Ella abrió la puerta y desactivó la alarma de la casa.

—Iremos a la biblioteca —le informó.

Jake se detuvo en el vestíbulo y echó un vistazo a su alrededor, con curiosidad.

—Ah, olvidaba que nunca habías estado en la casa —dijo ella—. Supongo que es tan ridículo en determinados sentidos como lógico en otros. Mis antepasados se revolverían en sus tumbas si supieran que he invitado a un Calhoun.

Jake volvió a sonreír.

—Qué quieres que te diga. Yo siempre he pensado que la enemistad de nuestras dos familias es una estupidez.

—En eso estamos de acuerdo.

Mientras se dirigían a la biblioteca de la casa, Jake se fijó en los cuadros que decoraban las paredes.

—¿Son tuyos? —preguntó a Madison.

Ella abrió una puerta y lo llevó al interior de una sala grande.

—No, esos no son míos. Pero si te interesa mi obra, aquí hay dos cuadros que he pintado yo —contestó—. Uno es el que está encima de la chimenea.

Él se acercó a la chimenea y admiró el cuadro, que resultó ser un paisaje.

—Es precioso… ¿Dónde está el otro?

—Junto a la ventana.

Jake cruzó la habitación. El segundo cuadro era de un vaquero a caballo.

—Eres verdaderamente buena, Madison. Ahora entiendo que tengas tanto éxito.

—Gracias. ¿Quieres tomar algo?

Él sacudió la cabeza.

—Te lo agradezco, pero no tengo sed. ¿Qué me querías decir?

Madison señaló el sofá y dijo:

—Siéntate, por favor.

Jake se sentó y ella se acomodó enfrente, después, se cruzó de piernas y lo miró con intensidad.

—Como ya te he dicho —empezó a hablar—, te daré una respuesta definitiva mañana por la noche.

Él asintió y guardó silencio. Daba por sentado que no podía tomar una decisión sin consultar el asunto con sus hermanos.

—Sin embargo, creo que ya conozco la respuesta que te voy a dar —continuó.

—¿Y cuál es?

—La que tú quieres. Con una condición.

Capítulo Tres

El corazón a Jake se le aceleró al instante, aunque intentó disimular su satisfacción y mostrarse impasible. Madison iba a aceptar su oferta. Era una noticia tan importante que ni siquiera le preocupó la condición que le quería imponer. Estaba seguro de que no sería nada que no pudiera aceptar.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—De que yo estaré presente en todo momento, con un par de hombres de mi rancho.

El entusiasmo de Jake se enfrió tanto como si le hubieran echado un cubo de agua helada en la cabeza.

—¿Es que no confías en mí? —dijo, desconcertado—. Por Dios, Madison, te aseguro que no voy a aprovechar la oportunidad para hacer prospecciones de tus tierras. ¿Por qué quieres estar presente?

—Porque quiero estar cerca si encuentras el tesoro. Así no sentirás la tentación de no informarme —respondió.

—Te iba a proponer que uno de tus hombres nos acompañara —se defendió Jake—. A fin de cuentas, es lo más lógico… Pero, sinceramente, me parece absurdo que nos acompañes en persona. Sería una pérdida de tiempo. ¿Qué vas a hacer? ¿Sentarte en el suelo y mirar mientras cavamos?

Ella respondió con toda tranquilidad.

—Esa es mi condición, Jake. O lo tomas o lo dejas.

Él la miró un momento y se encogió de hombros.

—Por mí, no hay problema. Si mañana me das una respuesta positiva, vendrás conmigo —declaró—. ¿Trato hecho?

Madison le ofreció la mano, que Jake aceptó.

—Trato hecho.

Rompieron el contacto rápidamente, pero el eco de su cálida y suave piel le hizo pensar a Jake que trabajar con ella iba a ser una tortura. Madison le gustaba demasiado. Y no quería que le gustara.

—Anularé todos los compromisos que tenga —le informó él—. No creo que el trabajo nos lleve más de una semana, pero me tomaré dos libres por si acaso. Yo podría empezar el martes que viene. ¿Y tú?

—Puedo empezar cuando quiera; soy dueña de mi tiempo —contestó—. Sin embargo, necesito que me proporciones una copia del mapa, para estudiarlo cuanto antes. Envíamela por correo electrónico cuando llegues a casa. Mañana por la noche, si te parece bien, nos podemos reunir aquí y cotejar esa copia con los mapas y fotografías de mis tierras. Eres geólogo; seguro que se te ocurre algo.

—De acuerdo. Te enviaré esa copia dentro de un rato. Afortunadamente, la tengo escaneada —comentó.

—Magnífico. Quiero empezar cuanto antes.

—Sabes que vas a perder mucho tiempo, ¿verdad? Tiempo que no podrás dedicar a tu obra…

Ella sacudió la cabeza.

—Te equivocas. Me llevaré un cuaderno conmigo y haré bocetos, porque puedes estar seguro de que no tengo intención de cavar. El trabajo duro es cosa tuya.

—Pero el tesoro, si lo encontramos, será tuyo —le recordó él.

—En efecto.

Jake se levantó y añadió:

—Tendrás el mapa dentro de una hora.

Ella no dijo nada.

—Y gracias por concederme esta oportunidad —continuó—. Espero que sea beneficiosa para los dos.

—Yo también lo espero.

Madison lo acompañó al vestíbulo y le abrió la puerta. Tras despedirse de ella, Jake salió de la casa, subió a la limusina y se marchó.

Jake estaba contento con el resultado de sus gestiones. Las cosas no habían salido exactamente como esperaba, pero Madison le había concedido permiso en cualquier caso. Cada vez estaba más cerca de conseguir lo que quería.

De camino a casa, sacó el teléfono móvil y llamó a su hermano Josh, pero no contestó. Podía haber llamado a Mike, pero tenía un niño de dos años y existía la posibilidad de que se hubiera acostado pronto, así que optó por marcar el número de Lindsay, su hermana, que se puso muy contenta al saber lo sucedido.

Por fin, cortó la comunicación y volvió a pensar en Madison.

Por su actitud, era obvio que no ardía precisamente en deseos de trabajar con él. Se lo había ofrecido porque no se fiaba de lo que quisiera hacer en sus tierras, pero cualquiera habría notado que detestaba la idea de acompañarlo.

Jake se preguntó por qué estaría tan enfadada con él. No tenía sentido. A fin de cuentas, era ella quien había roto la relación, anteponiendo su carrera a todo lo demás. Pero se dijo que carecía de importancia.

Cuando llegó al rancho, abrió la portezuela del vehículo.

—Gracias, Chauncy —le dijo al chófer.

Bajó del coche y le dio una buena propina, a pesar del sueldo que ya le pagaba.

—Buenas noches, Jake.

Chauncy esperó un momento y llevó la limusina al enorme garaje del rancho. Jake se dirigió a la puerta del edificio y entró.

Minutos después, llamó a Madison para informarle de que había localizado la copia escaneada y de que se la acababa de enviar por correo electrónico, como le había prometido. Fue una conversación breve, pero

Jake estaba tan entusiasmado con la perspectiva de iniciar la búsqueda que, cuando colgó el teléfono, sacó todos los mapas de la zona y se dedicó a compararlos con el antiguo.

Por fin iba a conseguir lo que quería. Casi no lo podía creer.

Al cabo de unos minutos, apagó la luz del despacho y se fue al gimnasio a hacer un poco de ejercicio. Necesitaba desfogarse y mejorar su forma física. Si todo salía bien, le esperaban muchos días de trabajo duro.

El lunes por la mañana, Jake voló a Dallas y se dirigió a su despacho privado de la Calhoun Energy, que ocupaba toda la planta veinte del edificio. Además de su lugar de trabajo, tenía su propia sala de juntas, una sala de estar y un cuarto de baño. En el piso superior había dos áticos con sus respectivas terrazas.

Acababa de llegar cuando Josh llamó por teléfono para decirle que se pasaría por allí unos minutos después. Jake se alegró de que su hermano estuviera en la ciudad; como todos los Calhoun, Josh tenía una participación en la empresa, pero su negocio era la hostelería y se pasaba la vida de viaje.

Poco después, Josh entró en el despacho y lo saludó. Llevaba un traje gris de aspecto caro y gemelos de oro en los puños de la camisa.

—Buenos días —dijo—. ¿Qué tal te fue ayer?

Josh se sentó en el sillón de cuero que estaba al otro lado de mesa.

—Muy bien —contestó Jake—. Me ha dado permiso para buscar en sus tierras.

—¡Magnífico! Ha picado el anzuelo.

—Eso parece.

—¿Y no ha puesto ninguna condición?

—Por supuesto que sí. La que tú mismo dijiste. Pero no se ha limitado a pedirme que nos acompañen algunos de sus hombres. Quiere estar presente —le informó—. En persona.

Josh entrecerró los ojos.

—Vaya, vaya. ¿Será por revivir sus viejos tiempos contigo?

—Ni mucho menos. Madison no se fía de mí.

—No me digas que tiene intención de cavar.

—¿Cavar? Se dedicará a dibujar y a mirar mientras los demás trabajamos —dijo con ironía—. Pero estará presente todo el tiempo.

—No confíes en ella, Jake.

—¿Crees que necesito que me lo recuerdes?

—Supongo que no, pero ¿qué pasará si descubrís algo?

—Que ella se quedará con el tesoro y nosotros, con los restos mortales de los Calhoun.

—¿Y la escritura? Si está presente, la verá…

Jake asintió.

—Sí, claro que sí. Pero, de momento, cree que esa escritura nos daría derechos sobre la propiedad de los McCracken. No sabe lo equivocada que está —respondió—. ¿Crees que la leyenda es cierta? ¿Que uno de nuestros antepasados ganó parte del rancho de los Milan en una partida de póquer

y que lo enterraron con la escritura?

—No lo sé; pero, si es cierta y encuentras los restos, tendrás que andarte con cuidado.

—Y tanto. Esa escritura nos daría la propiedad de todas las tierras de los Milan que lindan con las nuestras.

A Josh le brillaron los ojos.

—Y de paso, tú te vengarías del viejo Milan por prohibirte que te casaras con Madison.

—No hago esto por venganza, Josh. Lo hago porque quiero esas tierras. No somos la única empresa que quiere hacer prospecciones en la zona.

Josh se pasó una mano por el pelo.

—¿Has informado a los demás?

—Sí, ya lo saben todo. A ti te llamé ayer, pero no contestaste.

Josh sonrió.

—Es que estaba con una amiga.

—¿Con la pelirroja?

—No, ya no estoy con la pelirroja. Ahora salgo con una morena que se llama Sandy. Puede que te la presente algún día.

En ese momento, oyeron voces procedentes del vestíbulo. Eran Mike y Lindsay, que entraron en el despacho.

—Buenos días —dijo Mike.

El hermano mayor de los Calhoun se quitó el sombrero y la chaqueta de cuero y los colgó detrás de la puerta.

—¿Dónde está Scotty? —preguntó Jake, refiriéndose a su hijo, que solo tenía dos años.

—En casa, con la señora Lewis.

Jake asintió y miró a su hermana, a quien dijo:

—¿Que haces aquí? No esperaba verte esta mañana.

—Tenía que ir de compras y Mike me ha convencido de que lo acompañara —explicó—. Menuda noticia, por cierto.

—Sí, es una gran noticia. Madison desconfiaba de mí al principio, pero al final dio su brazo a torcer.

Mike se sentó en el sillón que quedaba libre y Lindsay, en el sofá.

—¿Y Madison cree que la escritura nos dará derechos sobre la propiedad de los McCracken? —preguntó Mike.

—En efecto. Ni siquiera sospecha que son sus tierras las que están en peligro —contestó—. Pero se ha empeñado en estar presente durante la búsqueda. Es obvio que no se fía de mí.

Lindsay frunció el ceño.

—Eso no es bueno, Jake. Puedes estar seguro de que sus hermanos encontrarán la forma de que Madison se aproveche de la situación. Ten mucho cuidado con ella —le advirtió—. Seguro que trama algo.

Mike sacudió la cabeza y dijo:

—Madison solo quiere volver a estar con Jake.

—En absoluto —dijo Jake—. Quiere estar presente porque piensa que me quedaría con el tesoro si ella no estuviera allí. Es así de sencillo.

—No sé… Puede que Lindsay tenga razón —declaró Mike—. Vigila a esa mujer. Los Milan son unos tramposos.

—¿Y qué pasará si encuentras la escritura? —intervino Lindsay.
—Que se le enseñaré y reclamaré sus tierras.
—Bueno, siempre puedes fingir estar sorprendido de que sean sus tierras y no las de los McCracken —dijo Mike con humor.
—No necesitaría fingir —puntualizó Jake—. A decir verdad, me llevaré una sorpresa si descubro que la leyenda es cierta y que la escritura existe.
—A mí me parece bastante probable —observó Josh—. Sabemos que algunos de nuestros antepasados dispararon y mataron a algunos Milan, y que los Milan hicieron lo mismo con ellos. Así empezó la disputa entra las dos familias.
—No fue así. Fue por una mujer, que se iba a casar con un Calhoun y se fugó con un Milan —declaró Mike.
Josh hizo caso omiso. Miró a Jake y dijo:
—Espero que seas realmente consciente de que Madison no se fía de ti.
—Lo soy, pero no importa. Si la escritura existe y se puede usar como prueba ante un tribunal, parte de las tierras de los Milan serán nuestras. Y hasta puede que sea la mejor parte de sus tierras.
—Espero que, en ese caso, no acabemos a tiros —dijo Josh, fijando en él sus ojos marrones.
—Seguro que encontramos una forma más civilizada de afrontar nuestras diferencias —comentó Jake—. De hecho, empezaré a tender puentes mañana mismo, por la noche. Voy a ir a su rancho, a ver sus fotografías aéreas y a intercambiar impresiones. Ya le he enviado una copia del viejo mapa.
Como todos habían visto el mapa y estudiado la zona, se pusieron a debatir sobre el sitio donde debían buscar. Al cabo de un rato, Mike dijo:
—Bueno, ya veremos lo que pasa. Llámanos todas las noches e infórmanos de la situación, Jake. Pero no hace falta que nos llames a todos. Propongo que se lo cuentes a uno y que se encargue de pasar la voz.
—Trato hecho.
—Ah, la antigua leyenda… —intervino Lindsay—. Estaría bien que resultara ser cierta.
—Seguro que lo es —afirmó Mike.
—Le he estado dando muchas vueltas —dijo Jake—. La oí por primera vez en boca del abuelo. Dijo que un Calhoun tenía un cofre lleno de oro y que lo quiso enterrar para ponerlo a salvo de ladrones.
—Puede que fuera al revés. Que alguien tuviera un cofre con oro y nuestro antepasado fuera el ladrón —dijo Mike—. Pero, como acabo de decir hace un momento, el tiroteo no se produjo por el dinero, sino por la mujer que se fugó con un Milan.
—Sí, el abuelo también me lo contó —admitió Jake—. Por lo visto, la mujer volvió con nuestro antepasado después de que este matara al Milan… Pero eso no viene al caso. Lo importante es la escritura. Si la leyenda es cierta, estará entre los restos de un Calhoun y junto a un cofre de monedas de oro.
—Sinceramente, me encantaría acompañarte —le confesó Mike—. Aunque sospecho que a Madison no le gustaría.
—No, no le gustaría en absoluto. La conozco lo suficiente como para

saber que se negaría a que me acompañara alguno de vosotros, y eso también va por ti, Lindsay.

—Bueno, por mí no hay problema. No me apetece nada —declaró su hermana.

Josh se levantó.

—Yo me voy. Mi vuelo a Los Ángeles sale dentro de unas horas. Buena suerte, Jake —dijo, mirándolo fijamente—. Aunque no creo que encuentres nada. Buscar un tesoro en esas tierras será como buscar una aguja en un pajar.

—En cualquier caso, os mantendré informados.

Mike y los demás imitaron a Josh y se marcharon después de despedirse. Jake se quedó a solas y se dedicó a pensar otra vez en la aventura que tenía por delante. Pero, sobre todo, pensó en Madison. Se había convertido en una mujer verdaderamente bella. Le gustaba tanto que no pegaba ojo por las noches, pensando en la intensa y apasionada relación amorosa que habían mantenido.

Además, ya no eran unos jovencitos de diecinueve y dieciséis años, respectivamente, sino dos personas adultas de treinta y dos y veintinueve. Dos personas adultas que podían hacer lo que quisieran con sus vidas.

Por primera vez, pensó que Pete Milan, el padre de Madison, había hecho bien al oponerse a que se casara con su hija. En su momento, Jake lo había odiado con todas sus fuerzas; pero, ahora, al pensar en lo jóvenes que eran, supuso que había tomado la decisión más adecuada. Por entonces, Madison estaba empezando su carrera como pintora, y el matrimonio le habría complicado las cosas.

Sin embargo, eso era agua pasada. Y Jake tenía preocupaciones más importantes.

¿Sería capaz de trabajar con ella sin caer en la tentación de coquetear? O, mejor aún, ¿quería resistirse a la tentación? Su razón le decía que mantuviera las distancias, pero su corazón afirmaba lo contrario.

Desde luego, iban a ser unos días de lo más interesantes.

Madison se inclinó sobre el mapa y las fotografías aéreas y tomó varias notas. Llevaba horas trabajando, pero estaba desconcentrada; su mente volvía una y otra vez a Jake Calhoun, a lo que había sentido por él y a lo que sentía ahora, porque se había convertido en un hombre sencillamente irresistible; un hombre mucho más interesante que el adolescente del que había estado enamorada.

Nunca había sabido si sus padres se habían llegado a enterar de que amaba a Jake. Charley, el capataz del rancho, la había visto en cierta ocasión en el garaje, a medianoche. Ella, que estaba a punto de salir, esperó a que Charley desapareciera y, solo entonces, arrancó y se fue en busca de su amado. Durante días, tuvo miedo de que hablara con su padre y se lo dijera; pero no pasó nada, así que Madison olvidó el incidente y ni siquiera se molestó en comentárselo a Jake.

Pero eso ya no tenía importancia. Tanto si lo sabían como si no, su relación había terminado tiempo atrás. Al final, ni se habían fugado ni

habían contraído matrimonio, como pretendían. Y si ahora estaba tan nerviosa, no era por el recuerdo de los viejos tiempos, sino por lo que sentía cada vez que miraba aquellos ojos marrones.

¿Sería capaz de trabajar con él todos los días, durante toda una semana? ¿Sería capaz de refrenar sus propias emociones? Madison no estaba segura. De hecho, ni siquiera estaba segura de sobrevivir a esa noche, porque había quedado con Jake para estudiar los mapas e intercambiar impresiones.

Aquella mañana, se había puesto en contacto con un especialista de Chicago para que le confirmara que el mapa de Jake Calhoun era auténtico. El especialista le devolvió la llamada más tarde, y confirmó su autenticidad. Entonces, habló con sus hermanos y les contó lo que sucedía.

Tal como imaginaba, Tony fue el más difícil de convencer.

—No deberías ir —le dijo—. No puedes confiar en Jake Calhoun; no puedes confiar en ningún Calhoun. Me extraña que no te hayas dado cuenta todavía. Deja ese asunto en mis manos. Lo llamaré y hablaré con él.

—No, nada de eso —replicó Madison—. Pero no te preocupes. Iré con dos de nuestros hombres y lo vigilaremos constantemente.

—No lo hagas, Madison. Seguro que traman algo.

Tras media hora de conversación telefónica, Madison logró convencerlo de que se mantuviera al margen; por lo menos, hasta que lo necesitara. Afortunadamente, Wyatt y Nick se mostraron bastante más razonables que Tony, aunque también le advirtieron que no se fiara de ningún Calhoun.

Madison respiró hondo y volvió a mirar el mapa, que estaba sobre la mesa, aunque ya se lo sabía de memoria. Sus hermanos le habían dado permiso a regañadientes, después de que les recordara que iría con dos de sus hombres y que era perfectamente capaz de cuidar de sí misma y del rancho. Pero su preocupación no tenía nada que ver con la búsqueda del tesoro y las intenciones de los Calhoun.

Tenía miedo de enamorarse otra vez de Jake.

Sacudió la cabeza e intentó pensar en otra cosa, sin éxito. Por muchas veces que mirara aquel mapa, no podía responder a sus verdaderas dudas.

A las seis en punto, Jake llamó a la puerta principal. Madison abrió y lo miró de arriba abajo mientras él hacía exactamente lo mismo. Jake llevaba botas, sombrero tejano y camisa y pantalones vaqueros; ella, una sencilla camiseta negra y unos vaqueros viejos.

—Estás preciosa —dijo él con voz ronca.

Madison le dio las gracias y lo invitó a entrar.

—¿Qué te parece si tomamos algo y miramos los mapas y las fotografías? Tengo un asado en el horno. Podemos cenar cuando quieras.

—Me parece perfecto —declaró Jake, que echó un vistazo a su alrededor —. Me pregunto cuántas veces tendré que entrar en tu casa para dejar de sentirme como si estuviera cometiendo un delito.

Ella sonrió.

—No estás cometiendo ningún delito.

—Lo sé, pero tu rancho siempre ha sido un lugar prohibido para los Calhoun —le recordó—. ¿Estás sola?

—Completamente. Mis hermanos solo vienen en Navidad, aunque

últimamente celebramos las navidades en Dallas… Nick tiene una casa en la ciudad. Wyatt vive en Verity y Tony, como ya sabes, en su rancho.

—Sí, Tony y yo nos vemos de vez en cuando, en los rodeos. En cuanto a Wyatt, ¿hay alguien que no conozca al ilustre sheriff de Verity? —dijo con humor—. Pero siento curiosidad por Nick. No me extrañaría que se presentara a la presidencia de los Estados Unidos.

Madison soltó una carcajada.

—A mí tampoco me extrañaría, aunque creo que está demasiado ocupado.

Se dirigieron a la cocina para sacar algo de beber. Él eligió una cerveza y ella empezó a preparar un té. Mientras lo preparaba, sus miradas se encontraron. Madison se estremeció y se volvió a preguntar cómo iba a sobrevivir a los días siguientes.

—Siento mucho lo de tu cuñada —declaró Jake tras un corto silencio.

Ella asintió y dijo:

—Gracias. Lo de su accidente de tráfico fue una verdadera tragedia. Nick se muestra tranquilo cuando está en público, pero sé que lo está pasando muy mal. Especialmente, porque estaba embarazada.

—Debió de ser muy duro para él.

—Vosotros también habéis tenido vuestras desgracias. Lamento que la esposa de Mike falleciera de cáncer. Aunque, al menos, no se ha quedado solo.

—Eso es cierto. Su hijo le ayuda mucho. Ahora tiene que ser su padre y su madre a la vez, así que no tiene tiempo de pensar en otras cosas.

—Es tan triste… —comentó ella.

—Bueno, cuenta con la ayuda de mi madre y de la niñera que ha contratado —dijo Jake—. Y el bebé es una criatura preciosa.

Madison lo miró de nuevo a los ojos y cambió de conversación.

—¿Tus hermanos saben lo que están haciendo? —le preguntó.

—Sí, claro, aunque no creen que sirva de nada. Ten en cuenta que no es la primera vez que alguien busca ese tesoro.

—Lo sé. Y puede que sea otra pérdida de tiempo, pero el mapa es fascinante… Ardo en deseos de ver el original. En cierta forma, da validez a la leyenda —dijo, mientras se servía el té—. En fin, ¿qué te parece si vamos a la biblioteca?

Madison se llevó el té y Jake la siguió, cerveza en mano. Al llegar a la biblioteca, ella se acercó a una mesa grande que estaba llena de mapas y fotografías.

—Estas fotografías son aéreas, pero tengo imágenes por satélite en el ordenador —declaró—. Puede que las quieras echar un vistazo.

Jake se inclinó sobre la mesa y alcanzó una de las fotos.

—Es impresionante… No lo había visto nunca.

—Porque no es de dominio público —dijo Madison, que encendió el ordenador para buscar las fotos por satélite—. Estúdialas tanto como quieras. Puede que encuentres alguna referencia que te resulte familiar.

Tras mirar los mapas y fotografías de la mesa, Jake se sentó delante de la pantalla del ordenador. Madison se detuvo a su lado y, sin pretenderlo, le rozó el hombro. Fue un contacto leve, pero le arrancó otro

estremecimiento de placer. Tuvo que esforzarse para concentrarse en las imágenes de la pantalla.

—Sí, creo que esto nos será de utilidad —dijo él—. He estudiado a fondo el mapa antiguo, y yo diría que el lugar que buscamos tiene que estar en algún sitio de la ribera del río Rocky.

—¿Puedo ver el mapa?

—Por supuesto.

Jake alcanzó el maletín que había llevado y lo abrió. En su interior había una caja con cierre de cristal que contenía un viejo, amarillento y arrugado mapa.

—Aquí lo tienes. Lo he sacado de la caja fuerte.

—Esto es muy emocionante… —confesó ella.

Jake sacó la caja y se dispuso a extraer la antigua reliquia.

—Pensándolo bien, deberías dejarlo dentro de la caja —continuó Madison—. No quiero que se estropee. Podemos mirarlo a través del cristal.

—No, es mejor que lo saquemos.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Madison se llevó una alegría. Su preocupación por el posible deterioro del mapa era sincera, pero su deseo de tocarlo era mayor.

—¿Lo puedo sostener? Me haría mucha ilusión. Ese mapa es una conexión con mis antepasados.

—Extiende las manos —dijo él.

Madison obedeció y se estremeció nuevamente al sentir el contacto del antiguo mapa. Sobre todo, porque Jake le rozó la piel con los dedos.

—Gracias, Jake —acertó a decir—. Esto es un lazo tangible con el pasado.

—Espero que, además de ser un lazo tangible con el pasado, también lo sea con el tesoro de la leyenda —comentó él con humor.

Ella miró el mapa con ansiedad.

—Qué maravilla… Me pregunto de dónde salió el tesoro, si es que existe. ¿Tendría una procedencia dudosa? ¿O lo consiguieron de forma legítima?

—Me temo que no lo llegaremos a saber.

Madison admiró el objeto durante unos segundos más y dijo:

—Toma, guárdalo donde estaba.

—No, de momento, déjalo en la mesa. Lo quiero comparar con tus imágenes por satélite. Si te fijas bien, verás que en el mapa aparecen unos cuantos árboles; pero no coinciden con los de las fotografías. Supongo que los cortaron o que se secaron —comentó—. En cualquier caso, no nos servirán de referencia.

—No, supongo que no.

Ella dejó el mapa en la mesa y lo iluminó con una linterna pequeña, para verlo mejor. Momentos después, él frunció el ceño.

—Fíjate en esos círculos… Parecen rocas.

—Sí, lo parecen, aunque dudo que nos sean de ayuda. Hay muchas rocas parecidas a lo largo del río —le recordó Madison.

—Pero están en un meandro del río que coincide con las fotografías aéreas —dijo él.

—Seguro que es casualidad. El curso del Rocky ha cambiado bastante desde aquella época. Se han formado bancos de arena nuevos y han desaparecido otros.

—Lo sé, pero deberíamos investigarlo de todas formas… —Jake suspiró—. No esperaba que esto fuera fácil. A fin de cuentas, la gente ha estado buscando ese tesoro desde hace un siglo y no ha encontrado nada.

—Bueno, no desesperes. ¿Qué te parece si pongo la mesa mientras tú miras las fotografías? Hay varias que no has visto nunca.

—¿Seguro que no quieres que te ayude?

—No, no hace falta.

Madison salió de la biblioteca y preparó la mesa para cenar. Estaba bastante alterada; tal como había sospechado, la presencia física de Jake le despertaba deseos que le daban miedo. Pero se tranquilizó y, al cabo de unos minutos, volvió con él.

Al verla, Jake se levantó de su asiento.

—He encontrado cuatro sitios más que parecen prometedores —le informó—. Si quieres, los podemos mirar después de cenar.

—Por supuesto.

Jake la acompañó a la cocina.

—Hum. Huele muy bien…

Ella sonrió.

—No es gran cosa. Solo un poco de pescado con una guarnición de pasta, tomate y corazones de alcachofa —declaró.

Jake echó un vistazo al lugar. Lo habían reformado y habían instalado electrodomésticos modernos, pero respetando la estética antigua, desde los techos altos hasta los armarios acristalados de principios de siglo XX.

—Es una cocina preciosa —dijo.

—Sí, ¿verdad? Siempre me ha gustado mucho.

Jake le ofreció una silla para que se sentara. Ella aceptó y se preguntó qué sentía por él. Una semana antes, habría dicho que no sentía nada en absoluto; pero ahora no tenía más remedio que admitir que le gustaba.

—También he hecho pan de ajo… —le informó.

—¿Has preparado toda la cena?

Ella sacudió la cabeza.

—Me gustaría decir que sí, pero no sería verdad. Jessie Lou me prepara las comidas a mí y Harriet, a los trabajadores. Mis padres me traspasaron la propiedad del rancho porque ya no querían vivir en él y, por supuesto, también me traspasaron a los empleados —le explicó—. Ethel y su hija vienen todas las semanas a limpiar la casa. Sigue viviendo en nuestras tierras, como Jessie Lou.

—Pues no sé qué tal te limpiarán la casa, pero la cena está excelente. Esa mujer es una gran cocinera.

—Desde luego. Harriet y ella tienen un don especial para la cocina. Hay cosas que no cambian nunca.

—Aún me acuerdo de nuestras meriendas, cuando llevabas cosas que Jessie Lou había preparado…

Madison sonrió.
—¿Te acuerdas de aquella tarta de chocolate que se llenó de hormigas? Dijiste que no ibas a permitir que un montón de bichos te dejara sin postre, así que quitaste las que pudiste y te comiste un pedazo de todas formas.
Él se encogió de hombros
—Y a ti te dio tanto asco que me comiera aquellas hormigas que no quisiste darme un beso en toda la tarde.
—Sí, es cierto —dijo ella entre risas.
—Nos divertíamos mucho, ¿verdad?
Ella guardó silencio durante unos segundos y bajó la mirada, por miedo a que se diera cuenta de que aún se divertía con él.
—Bueno, supongo que deberíamos elegir unos cuantos sitios que nos parezcan prometedores —dijo Jake—. Tenemos que empezar la búsqueda por alguna parte.
—Por supuesto.
Jake echó un trago de cerveza.
—¿Aún te dan miedo las serpientes?
—Más que nunca —le confesó Madison—. Y sigo sin ser capaz de nadar en el río Rocky.
—Pues tenemos un problema. Esa zona está plagada de serpientes, y tendrás que caminar por ella.
—Si no recuerdo mal, has dicho que te acompañarán algunos de tus hombres. Además, yo llevaré a dos de los míos, y haremos tanto ruido que las serpientes se asustarán —dijo Madison—. Pero, si no se asustan, estoy segura de que alguien llevará una pistola.
—Alguien como yo. Siempre llevo una en la guantera del coche.
—¿Lo ves? Asunto solucionado —declaró ella con una sonrisa—. Si nos cruzamos con una serpiente, solo la tienes que matar.
Durante la cena, se dedicaron a hablar de la búsqueda del tesoro. En cuanto terminaron, ella se levantó a limpiar la mesa y él dijo:
—¿Quieres que te ayude?
—No es necesario. Guardaré las sobras de la comida en el frigorífico y meteré los platos en el lavavajillas. Vuelve a la biblioteca y sigue mirando los mapas. Estaré contigo dentro de un momento.
—No, es mejor que tú vayas a mirar y yo haga el trabajo sucio. A fin de cuentas, es la primera vez que tienes el mapa auténtico a tu disposición. Seguro que lo quieres estudiar con más detenimiento.
—Bueno, si insistes…
—Insisto.
—Sigues siendo tan obstinado como siempre —comentó.
Él le dedicó una sonrisa.
—Tan obstinado como tú —dijo con humor—. Por lo visto, eso tampoco ha cambiado.
—Está bien, como quieras. Pero yo llevaré la comida al frigorífico.
Madison guardó la comida que había sobrado y salió de la cocina, tan consciente de que Jake Calhoun la estaba mirando como encantada de que la mirase. Definitivamente, tenía un problema. El reencuentro con su

antiguo novio le había despertado emociones que no entraban en sus planes. ¿Sería capaz de estar con él día tras día, sin caer en la tentación? En ese momento, solo sabía que lo deseaba con toda su alma.

Capítulo Cuatro

Madison estudió los mapas con atención y redactó una lista con los sitios que le parecieron más adecuados. Quería terminar cuanto antes para que Jake se fuera de su casa.

Cuando él volvió a la biblioteca, ella le dio la lista y esperó a que la leyera. Segundos después, Jake abrió su maletín, sacó una tablet y abrió un archivo que contenía la lista que él había preparado.

—En nuestras listas hay tres sitios que coinciden —dijo mientras le enseñaba la suya—. Será mejor que empecemos a buscar por ahí. El sitio que has apuntado en primer lugar es el que yo tenía como segunda opción, pero supongo que tu opinión es más relevante en este caso; a fin de cuentas, no conozco tus tierras tan bien como tú.

Madison asintió y marcó los sitios en los mapas. Durante la hora siguiente, se dedicaron a elegir más lugares para seguir buscando, por si no tenían suerte con ninguno de los que parecían más probables.

Por fin, él guardó el mapa antiguo en la caja y la metió en el maletín. Ella lo acompañó a la salida.

—Espero que encontremos algo, Jake. El dinero no me importa mucho, pero ese tesoro es una pieza importante de nuestro pasado. Algunos de nuestros antepasados murieron allí. Merecen tener un entierro en condiciones.

—Sí, estoy de acuerdo contigo.

Madison abrió la puerta. La noche de septiembre era fresca, y el cielo estaba cuajado de estrellas.

—Gracias por enseñarme el mapa original. Me he quedado fascinada con él…

—Porque siempre has sido una romántica.

Jake estaba muy cerca de Madison, quien sintió el deseo de pasarle los brazos alrededor del cuello y besarlo sin más. Pero se refrenó.

—¿Puedes estar aquí a las seis de la mañana? Me gustaría empezar pronto, antes de que salga el sol —dijo ella.

—Por supuesto. Aquí estaremos —contestó—. ¿Quieres que me encargue de la comida?

—No, no hace falta. Jessie nos la preparará mientras dure la búsqueda —le informó—. Buenas noches, Jake.

—Buenas noches, Madison. Y gracias por la cena.

—De nada.

A Madison le pareció irónico que fueran tan educados el uno con el otro, cuando era evidente que se deseaban; pero se dijo que la cortesía era preferible a terminar entre sus brazos y hacer el amor con él.

Se apartó de la puerta y lo dejó salir. En cuando Jake se subió al coche y desapareció en la distancia, ella cerró y activó la alarma de la propiedad.

El sol no había salido todavía, pero Madison ya estaba esperando en el exterior de la casa, acompañada por dos de sus hombres. Había tardado una eternidad en vestirse; intentó no pensar en Jake mientras elegía la ropa, pero era obvio que sus dudas estaban directamente relacionadas con él. Al final, optó por recogerse el cabello y ponerse una camisa de manga larga, unos vaqueros, unas botas y un sombrero tejano, de color marrón.

A poca distancia, esperaba una camioneta cargada de comida y herramientas. Las luces del rancho estaban encendidas, porque el cielo seguía oscuro y aún no había empezado a clarear. Madison casi no podía contener su entusiasmo; el tesoro le importaba poco, pero ardía en deseos de descubrir si la leyenda de los Milan y los Calhoun era cierta.

Poco después, aparecieron dos camionetas en el camino. En la primera, de color negro, viajaban Jake y tres personas más; en la segunda, que era roja, iban dos hombres.

Jake bajó del vehículo y caminó hacia ella. Llevaba sombrero negro, camisa vaquera y unos pantalones que enfatizaban sus estrechas caderas y sus largas piernas. A Madison le pareció inmensamente atractivo.

—Buenos días…

—Buenos días, Jake. Te presento a Darren Hopkinson y Stoney Rassmussen, dos de mis empleados.

Los hombres se saludaron y le estrecharon la mano.

—Ya estamos preparados —continuó Madison.

—Entonces, será mejor que abras camino y que nosotros os sigamos. A fin de cuentas, son tus tierras.

—Por supuesto.

Madison se sentó al volante de su camioneta, con Stoney en el asiento del copiloto y Darren en el asiento trasero. A continuación, arrancó y tomó un camino de grava, con muchos baches. Seguía oscuro, pero conocía tan bien el terreno que habría podido conducir con los ojos cerrados. Echó un vistazo al retrovisor y vio que los dos vehículos de los Calhoun los seguían a poca distancia.

Ya empezaba a amanecer cuando vieron el único puente que cruzaba el Rocky en el rancho Double M. Habían acordado que empezarían en el norte del río y que avanzarían hacia el este, pero surgió una complicación inesperada.

—Espera, Madison —dijo Stoney—. El puente está bloqueado…

Madison detuvo el vehículo. Uno de los altos álamos que flanqueaban el río se había caído y bloqueaba uno de los extremos del puente.

Apagó el motor y bajó de la camioneta con sus dos hombres. Jake apareció enseguida.

—Propongo que apartemos el árbol —dijo Jake—. Tardaremos un poco, pero es perfectamente posible.

Ella frunció el ceño.

—Buena idea. Lo apartaremos para pasar y lo cortaremos más tarde,

para llevárnoslo de aquí. ¿Por qué se habrá caído? Era un árbol sano, y no ha habido ninguna tormenta en los últimos días.

Los hombres se acercaron al árbol y lo apartaron del camino. Minutos después, Stoney, Darren y Jake volvieron con ella.

—Alguien lo ha cortado para que cayera en el puente —le informaron—. Parece que no quería que buscáramos el tesoro.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. Es obvio que no nos vamos a detener por un árbol caído —dijo ella—. ¿Quién habrá sido?

—No lo sé, pero te aseguro que los Calhoun no tenemos nada que ver con esto. Somos los primeros interesados en encontrar el tesoro —contestó Jake—. Será mejor que tengamos cuidado. Podría ser una advertencia.

Ella se estremeció.

—Bueno, seguiremos adelante de todas formas.

—Deja que cruce en primer lugar —le pidió Jake—. El Rocky no lleva tanta agua como para que alguien se ahogue si el puente se hunde, pero te llevarías un buen susto. Quiero asegurarme de que no lo han saboteado.

—Prefiero ser yo quien lo compruebe.

—No seas tan obstinada. Déjame a mí.

Jake se subió a su camioneta y cruzó el puente con cuidado. Los demás lo siguieron con el resto de los vehículos. Diez minutos después, se detuvieron y se volvieron a reunir.

—Muy bien, ya hemos llegado al primer lugar que elegimos —dijo Madison—. ¿Por dónde empezamos?

Jake estudió el mapa y llamó a los hombres para que se congregaran a su alrededor.

—Antes de empezar, quiero hablar con vosotros. —Jake se echó el sombrero hacia atrás y los miró detenidamente—. No sabemos si la leyenda es cierta, pero vamos a buscar ese tesoro. Y tanto si encontramos oro como si solo encontramos un montón de huesos, recibiréis una paga extra de cinco mil dólares… Cinco mil dólares que os pagaré yo, de mi bolsillo, sin distinciones entre los Calhoun y los Milan.

Los hombres sonrieron y aplaudieron.

—Os lo vais a ganar, porque va a ser un trabajo tedioso —continuó Jake—. Pero, por supuesto, existe la posibilidad de que no encontremos nada en absoluto… En ese caso, recibiréis mil dólares, además de vuestro salario habitual, por el simple hecho de haberos presentado voluntarios.

Los aplausos de los hombres lo volvieron a interrumpir.

—Madison y yo hemos estudiado los mapas y hemos decidido que esta es la mejor zona para empezar a buscar. Nos separaremos y empezaremos a cavar a lo largo del río Rocky. Buena suerte y buen trabajo.

Jake era de una de esas personas que se hacían cargo de todo. Madison lo sabía desde el instituto, desde que lo vio jugando en el equipo de fútbol. Para entonces, ya había tenido alguna ocasión de discutir con él en el club de matemáticas, donde Jake ejercía de presidente y ella, de vicepresidenta.

—En cuanto a ti, haz lo que quieras —dijo a Madison—. Sal a buscar o siéntate… pero, si te sientas, ten cuidado con las serpientes.

Ella le lanzó una mirada irónica y se alejó. Momentos después, encontró

un sitio agradable y se sentó en una roca. Jake apareció al instante y se acomodó a su lado.

—Bueno, ¿qué te parece este sitio? —le preguntó.

—Sinceramente, no estoy segura.

—Por alguna parte había que empezar,

—Sí, eso es cierto. En fin, iré a buscar mi cuaderno y dibujaré un poco.

Madison se levantó, pero resbaló en una de las piedras de la orilla. Por suerte, él reaccionó de inmediato e impidió que cayera al suelo. Cuando se quiso dar cuenta, ella se encontró entre sus brazos, mirándolo a los ojos.

—Gracias… —acertó a decir con un hilo de voz.

Él asintió, pero no dijo nada.

Madison se apartó rápidamente, alarmada ante el deseo de besarlo. Con el transcurso del tiempo, se había convencido a sí misma de que ya no sentía nada por él, de que había superado su antigua relación y de que la había enterrado para siempre, con muchos de los recuerdos de su adolescencia. Pero era obvio que se había equivocado. Cada vez que la tocaba, tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no asaltar su boca.

Además, no se fiaba de él. Sospechaba que le había ofrecido el antiguo tesoro por algún motivo oculto, que no alcanzaba a adivinar. Pero, tanto si sus sospechas eran ciertas como si carecían de fundamento, el pasado estaba tan presente que no sabía si podría volver a confiar en él alguna vez.

Estuvo dibujando dos horas seguidas, hasta que se cansó y dejó el cuaderno y los lápices a un lado. Luego, se levantó para estirar las piernas y se acercó a una zona de rocas, que empezó a retirar para que los hombres pudieran cavar allí. Solo había quitado media docena cuando Jake apareció y le agarró de la muñeca.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, sobresaltada.

—Detenerte, por supuesto. No es necesario que hagas trabajos pesados.

Ella soltó una carcajada y se apartó el pelo de la cara.

—No me importa. No soy tan frágil —afirmó.

—Pero si sigues trabajando así, mañana estarás agotada —dijo él—. ¿Qué te parece si vamos a buscar las camionetas, para poder comer aquí sin necesidad de volver al sitio donde las hemos dejado?

—¿Te parece una buena idea? El terreno es demasiado pedregoso…

—No, en absoluto. De hecho, están para eso.

Jake la tomó del brazo para ayudarla a pasar entre las piedras y la llevó al lugar donde habían aparcado. Minutos después, detuvieron los vehículos junto a tres de los hombres, que dejaron de cavar cuando los vieron.

—Seguid con lo vuestro —dijo ella—. Yo me encargaré de la comida.

Madison sacó todo lo que Jessie Lou les había preparado. Había bocadillos, patatas fritas, dos tartas caseras de manzana y un par de neveras llenas de hielo, refrescos y botellas de agua. Cuando terminó, llamó a los hombres, que se sentaron en piedras y troncos. Tal como imaginaba, Jake se sentó a su lado.

—No se puede decir que haya sido una mañana muy provechosa —dijo él—. No hemos encontrado nada. Pero ahora sabemos que esta zona no es

la correcta.
—Bueno, tú mismo dijiste que no iba a ser fácil —le recordó Madison—. Además, acabamos de empezar… Y cualquiera sabe dónde está lo que buscamos, si es que existe. El curso del río ha cambiado tanto con los años que podría estar debajo del agua, en el lecho.
Comieron y volvieron al trabajo. Madison guardó las sobras de la comida y se puso unos guantes de goma para seguir quitando piedras. Ya había quitado unas cuantas cuando, al levantar una, vio una serpiente.
Madison pegó un grito y salió corriendo a toda prisa. Jake, que estaba a pocos metros, rompió a reír.
—Vaya, veo que no bromeabas al afirmar que no habías superado tu miedo a las serpientes —ironizó.
—Por supuesto que no. Y deja de reírte de mí —protestó—. Me podría haber mordido…
—No, yo la habría matado antes. Sin embargo, has hecho bien al salir corriendo —dijo con una sonrisa—. Si yo fuera tú, me mantendría alejado de esas piedras. Me ha parecido una mocasín, y ese tipo de serpientes no suelen estar solas.
Ella se estremeció.
—Creo que me voy a tomar un descanso.
Madison se dirigió a su camioneta y se sentó dentro. Estaba cansada de trabajar y molesta por las burlas de Jake; pero, sobre todo, ardía en deseos de terminar el día y alejarse de él. Su cercanía física la estaba volviendo loca.
Mientras descansaba, pensó en el árbol del puente. ¿Quién lo habría cortado? Era consciente de que a sus hermanos no les agradaba la idea de que trabajara con los Calhoun, pero estaba segura de que no habrían derribado un álamo sin más intención que la de retrasarlos unos minutos.
Fuera como fuera, solo quería volver a casa y olvidar la búsqueda durante unas horas. Casi se empezaba a arrepentir de haberse prestado a esa aventura. Desde que Jake había vuelto, su vida se había convertido en una sucesión de problemas.

Jake estaba cavando a la sombra de un árbol, junto a la orilla del río. Se había quitado la camisa y los músculos de su espalda se le tensaban y destensaban mientras trabajaba. Madison lo admiró y supo que el calor que sentía no tenía nada que ver con la temperatura del ambiente, bastante elevada. Cuando salían juntos, Jake era un adolescente delgado y huesudo; pero ahora tenía un cuerpo fuerte y musculoso, el cuerpo de un hombre.
De repente, él dejó de cavar, se secó el sudor de la frente y, al girarse, se dio cuenta de que ella lo estaba mirando. Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a quedarse apoyado en la pala durante unos segundos.
Madison habría dado cualquier cosa por conocer sus pensamientos, pero se quedó con las ganas. Jake la dejó de mirar y siguió cavando hasta el ocaso, al igual que el resto. Después, se subieron a las camionetas y emprendieron la marcha. Al llegar al rancho de Madison, ella dio las

gracias a sus hombres y bajó del vehículo para hablar con Jake, que en ese momento estaba charlando con los suyos.

—He pensado que tus hombres y tú os ahorraríais unos cuantos kilómetros si utilizáramos mi casa como centro de operaciones —dijo ella —. Tu rancho está lejos del mío, y no es necesario que hagáis un recorrido tan largo todas las noches. Si mañana traéis ropa y la dejáis aquí, os podéis quedar a dormir. Tenemos sitio de sobra.

—Me parece una gran idea, y estoy seguro de que mis hombres pensarán lo mismo que yo. Pero, si alguno no está de acuerdo, siempre puede volver al rancho en uno de los vehículos. Se lo diré y veré qué les parece —comentó—. ¿Mañana también nos vas a acompañar?

—Por supuesto —respondió ella.

—En ese caso, te veré a primera hora.

Jake la miró como si quisiera decir algo más, pero guardó silencio, se subió a su camioneta y arrancó.

Antes de cenar, Madison se dio una buena ducha. Y ya se había secado cuando sonó el teléfono. Era su padre.

—Me han contado que Jake Calhoun está cavando en nuestra propiedad —declaró tras los saludos de rigor.

Madison tragó saliva. Esperaba que su padre no lo llegara a saber, pero era evidente que alguno de los trabajadores del rancho se lo había dicho.

—Sí, es verdad. Lo consulté con mis hermanos. Jake tiene un mapa antiguo, que parece auténtico —le explicó.

—¿No crees que te estás arriesgando mucho?

—Es un riesgo calculado —se defendió—. Y si encontramos el tesoro, será para nosotros.

—Entonces, ¿qué gana Jake?

—Los restos mortales de sus antepasados —respondió Madison—. Además de una escritura que podría estar junto al tesoro. Por lo visto, se la ganó un Calhoun a un McCracken en una partida de póquer, y les daría derechos sobre sus tierras.

Su padre guardó silencio durante un par de se segundos y, a continuación, dijo:

—Ten cuidado, Madison. No confíes en él. Si dependiera de mí, rompería ese acuerdo de inmediato. Aunque el tesoro exista, su valor no es tan alto como el riesgo que estás corriendo. No puedo creer que Jake Calhoun solo quiera los restos de sus antepasados y una escritura que podría no tener ningún valor legal.

—No te preocupes. Tendré todo el cuidado del mundo —le aseguró—. Darren y Stoney me acompañan. Les he ordenado que vigilen a Jake y a sus hombres.

—De todas formas, deberías olvidar el asunto.

—No puedo, papá. Me dejó ver su mapa porque accedí a buscar con él. Será cosa de unos pocos días.

—Ten cuidado —repitió su padre—. Sabes que no te puedes fiar de él.

—Lo tendré, descuida.

—En fin, piensa en lo que te he dicho. Creo sinceramente que deberías romper el acuerdo, pero tú sabrás lo que haces. De esto no puede salir

nada bueno.

—Te preocupas demasiado, papá.

—Si tú lo dices.

Madison se despidió de él y cortó la comunicación, más insegura que nunca. A sus dudas sobre Jake se sumaba ahora la duda sobre la identidad de la persona que había informado a su padre de su acuerdo con los Calhoun. ¿Quién habría sido? ¿Darren? ¿Stoney? ¿O alguno de los otros empleados?

Fuera quien fuera, ya no sabía en quién confiar.

Jake acababa de dejar a sus hombres en los barracones del rancho cuando vio que un vehículo se acercaba a la casa. Era el de su hermana, Lindsay.

—¿Vengo en mal momento? —preguntó ella tras bajar de su camioneta.

—Nunca es mal momento para ti.

Jake le dedicó una sonrisa. Lindsay tenía seis años menos que él, y a veces se sentía como si, más que un hermano, fuera un segundo padre.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Entra en casa y te lo contaré mientras nos tomamos una cerveza. Pero te adelanto que no hemos encontrado nada.

—Bueno, eso no tiene importancia. A fin de cuentas, acabáis de empezar…

—Gracias por ser tan amable —ironizó Jake—. Pensaba que ibas a decir que me he embarcado en una búsqueda absurda.

Ella sonrió.

—En absoluto. Creo que has tenido una gran idea. Si encuentras la escritura, nos vengaremos por todo lo que nos han hecho los Milan.

Jake miró a su hermana, la única Calhoun de pelo rubio y ojos azules.

—Si lo dices por Tony Milan, olvídalo.

—¿Cómo quieres que lo olvide? Si lo vuelvo a encontrar en mi rancho, le pegaré un tiro —dijo con vehemencia.

—Escúchame, Lindsay… No quiero que termines en la cárcel por una estupidez como esa. Si vuelve a entrar en tus tierras, denúncialo y llévalo a los tribunales. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—Pues que se mantenga alejado de mí.

Jake le puso las manos en los hombros.

—Estoy hablando en serio. No te busques problemas con un Milan.

Ella arrugó la nariz.

—A veces eres un blando, Jake.

—Sí, bueno, llámame lo que quieras. Enfrentarte a mí siempre será mejor que enfrentarte a un juez de esa familia.

—El juez en cuestión está en Dallas y, llegado el caso, tendría que recusarse a sí mismo —le recordó—. Pero no te preocupes; no hablaba en serio al decir que le iba a pegar un tiro. Es que puede llegar a ser tan molesto… en la última subasta de caballos, se encaprichó de uno que yo quería y se quedó con él.

Jake volvió a sonreír, pero no dijo nada.

—No tiene ninguna gracia —protestó Lindsay—. Ni siquiera lo podría denunciar por entrar en mis tierras sin mi permiso. El sheriff es hermano suyo. No me escucharía.

—No, supongo que no. Pero dime, ¿por qué entró en tus tierras?

Ella suspiró.

—Porque una de sus reses estaba pastando en mis prados. La valla se había caído y el animal entró antes de que nos diéramos cuenta.

—¿Eso es todo? Por Dios, Lindsay, es lógico que entrara a buscarla. Olvídate de él. No te busques problemas —le aconsejó.

—Espero que encuentres esa escritura. Me encantaría ver la cara de los Milan cuando sepan que gran parte de su propiedad va a pasar a nuestras manos.

Jake sacudió la cabeza.

—¿De dónde has sacado toda esa amargura? Eres el miembro más joven de nuestra familia, pero hablas como el abuelo.

—No es amargura. Es que Tony me saca de quicio —se defendió—. Pero olvidémonos de los Milan. Cuéntame cómo te ha ido.

—Si no te importa esperar un poco. Acabo de llegar, y me gustaría darme una ducha —dijo mientras se dirigían la cocina.

—Por supuesto que no me importa. Dúchate. Yo iré sacando las cervezas.

Como Jake no quería que esperara demasiado, se duchó rápidamente, se puso ropa limpia y volvió al cabo de cinco minutos. Lindsay había encendido las luces del patio y se había sentado afuera. Él se acomodó a su lado.

—¿Qué tal se ha portado Madison? ¿Ha sido muy difícil?

—No. A decir verdad, nos llevamos razonablemente bien —contestó—. Supongo que el tiempo lo cura todo.

—En tu caso, es posible —dijo Lindsay—. Al fin y al cabo, no os habíais visto desde la noche en que su padre te amenazó.

—No, no nos habíamos visto en todos estos años. Pero, sinceramente, solo me preocupa esa vieja leyenda. Ojalá que sea verdad.

—Aunque lo sea, es posible que no encontréis nada. Sobre todo, si el tesoro y los cuerpos están enterrados en la zona del río. El curso ha cambiado mucho a lo largo de los años.

Él se encogió de hombros.

—De todas formas, lo intentaremos.

Lindsay echó un trago de cerveza y se quedó mirando la piscina de su hermano.

—¿Qué tal van las cosas por tu rancho? —preguntó Jake.

—Bien, como siempre.

—Te propongo una cosa… Si te quedas a cenar, haré carne a la parrilla.

Su hermana sonrió.

—Trato hecho. Pero déjame que te ayude.

Los dos hermanos prepararon la cena y comieron tranquilamente, mientras hablaban de sus respectivos ranchos. Después, limpiaron la mesa y metieron los platos y cubiertos sucios en el lavavajillas.

—Será mejor que me vaya —declaró Lindsay—. Supongo que mañana te

levantarás pronto, y que aún tienes que revisar el correo electrónico y esas cosas. No en vano, has estado fuera todo el día.

—Supones bien, pero te puedes quedar a dormir, si quieres…

Ella sacudió la cabeza.

—No, gracias. Prefiero dormir en mi casa.

Jake sonrió y la acompañó a su vehículo.

—Buena suerte con la búsqueda, Jake. Espero que encuentres la escritura.

—Yo también lo espero. Aunque solo sea porque Pete Milan se llevaría el mayor disgusto de su vida —dijo con humor.

Ella subió a la camioneta y él cerró la portezuela.

—Gracias por haber venido, Lindsay. Siempre me llevo una alegría cuando te veo.

—¿Me avisarás si encuentras algo?

—Por supuesto. Y no te preocupes por nada… cavaré en esas tierras hasta que encuentre esa maldita escritura —le prometió.

Lindsay arrancó, le dio las buenas noches y se puso en marcha.

Jake volvió al interior y revisó nuevamente los mapas y las fotografías, con la esperanza de estar buscando el tesoro en el lugar correcto. Si encontraban aquella escritura, se quedarían con parte de las tierras de los Milan y podría hacer las prospecciones.

Como tantas veces, sus pensamientos volvieron a Madison. Era evidente que, a pesar de lo sucedido años atrás, la deseaba; tan evidente como que ella lo deseaba a él. Casi le sorprendía que se llevaran tan bien; especialmente, porque los dos estaban atrapados entre el deseo y el amargo recuerdo de su antigua relación.

En ese momento, habría dado cualquier cosa por acostarse con ella. Pero era demasiado arriesgado. Ni siquiera sabía si sería capaz de olvidarla después.

***

Ya estaba amaneciendo cuando sonó el teléfono. Madison abrió los ojos y lo alcanzó a regañadientes. Le dolía todo el cuerpo.

—Buenos días —dijo Jake, al otro lado de la línea—. ¿Vas a venir con nosotros?

—Sí —contestó ella con un bostezo.

Jake rio.

—¿Tienes agujetas?

—Yo diría que es lo único que tengo.

—Te lo advertí… —declaró él con humor—. Pero, si quieres, te puedo dar un masaje. Te sentirás mejor.

—No, gracias —gruñó ella—. Por cierto, ¿cómo es posible que estés tan animado a estas horas?

Él volvió a reír y dijo:

—Anda, despiértate de una vez. Estaré ahí dentro de un rato.

Ella cortó la comunicación, se levantó a toda prisa y bajó a la cocina. Jessie Lou, que ya había preparado el desayuno, dijo:

—Buenos días, Madison.
—Buenos días.
—Hoy te has levantado muy pronto.
—Sí, demasiado para mi gusto —dijo—. Qué bien huele.
—Gracias. Sírvete lo que quieras. Hay huevos, tostadas, café y zumo de naranja.
—Mañana tendrás que hacer más comida. Le dije a Jake que sus hombres y él se podían quedar a dormir.
—Ah, excelente. Tengo muchas ganas de verlo.
—A diferencia de mi familia. Mi padre me llamó por teléfono y me dijo que estaba cometiendo un error.
—Bueno, al juez nunca le han gustado los Calhoun —dijo Jessie Lou, refiriéndose al padre de Madison.
—Y que lo digas…
—Es por culpa de aquella apuesta que hizo con el padre de Jake cuando eran jóvenes. Mi padre perdió y se quedó sin las tierras que ahora pertenecen a Lindsay Calhoun. No se lo ha perdonado nunca.
—Qué curioso. No recuerdo nada de esa apuesta —dijo Madison.
—Porque no estabas aquí. Te habías ido a la universidad.
Madison ladeó la cabeza y preguntó:
—¿Crees que he hecho bien al permitir que Jake y sus hombres se queden en casa?
Jessie Lou se encogió de hombros.
—No sé qué decir, Madison. Hace años que no veo a Jake, y la gente cambia con el tiempo —respondió—. Ya te lo diré cuando lo vea. Sinceramente, siempre me cayó bien. Hasta que te hizo daño.
—Eso es agua pasada —afirmó—. ¿Ya has preparado la comida? Porque si necesitas que te eche una mano…
—Ya está preparada. La he metido en una cesta —respondió—. También hay una neverita con agua fría y otra para refrescos y demás.
Madison se sirvió el desayuno y se sentó a comer. Cuando terminó, volvió a su habitación, donde se duchó y se vistió. Jake apareció una hora más tarde, tan sexy y tan guapo como de costumbre.
—Buenos días. Tienes muy buen aspecto —dijo—. Nadie diría que ayer te pegaste una paliza.
—Gracias —dijo ella, con una sonrisa—. ¿Nos vamos?
—Por supuesto.
—Si te parece bien, seguiremos con el plan previsto y cavaremos en la misma orilla que ayer —declaró.
—De acuerdo —dijo Jake—. Ve tú primero. Te seguiremos.
Jake dio media vuelta y se alejó. Madison admiró su ancha espalda, sus estrechas caderas y sus largas y fuertes piernas. Era tan alto que destacaba sobre todos los demás, y tenía un aire de confianza en sí mismo que lo volvía aún más atractivo.
Apartó la mirada y se subió a la camioneta con Darren y Stoney

El día fue una repetición del anterior, sin más diferencias que la comida

que tomaron y el hecho de que Madison no se topó con ninguna serpiente. Al final de la jornada, Jake llevó a sus hombres a los barracones de los Milan y, después, se dirigió al edificio principal con un macuto a la espalda.

Al ver a Madison, que lo estaba esperando en la parte de atrás, dijo:

—Supongo que la invitación sigue en pie.

—Naturalmente. Jessie Lou está preparando la cena. Creo que se ha quedado porque te quiere saludar.

—Y yo a ella. Siempre ha sido una cocinera excelente —Jake entró en la casa y colgó el sombrero en el gancho de la puerta—. Por cierto, tienes que arreglar la cerradura de la valla del jardín. Creo que está rota.

—Sí, ya lo sé. Pero vamos a ver a Jessie Lou. Luego te enseñaré tu habitación.

—Como quieras.

El olor a asado y a pan recién hecho inundaba la cocina. Al ver a Jake, Jessie Lou sonrió de oreja a oreja y declaró:

—¡Jake! Cuánto tiempo ha pasado. Pareces más alto.

Jake le devolvió la sonrisa.

—No sabes cuánto me alegro de volver a ver a la mejor cocinera de Texas. No he olvidado ni una sola de tus comidas.

La anciana y canosa Jessie Lou soltó una carcajada, y sus ojos azules brillaron de alegría.

—¿Cómo te han ido las cosas, Jessie Lou? —continuó Jake.

—Muy bien. Como a ti, según creo…

—Sí, no me puedo quejar. ¿Cuántos nietos tienes a estas alturas? Llevaba la cuenta, pero ya le he perdido.

—Dieciséis nietos y cuatro bisnietos —respondió, orgullosa.

—Casi no me lo puedo creer. Te veo igual que siempre, como si no hubiera pasado ni un día desde la última vez que nos vimos.

—Pues si me ves igual que siempre, será mejor que vayas al oftalmólogo —se burló—. Mira mi pelo. Era rojo y ahora es un mar de canas.

—Pero te sientan muy bien —dijo Jake—. Por cierto, gracias por la cena. Huele de maravilla.

—De nada. Me alegra que hayas venido. Es como si las cosas volvieran a la normalidad —dijo, lanzando una mirada rápida a Madison.

Jake volvió a sonreír.

—Cuando termine de cenar, te diré si sigues siendo tan buena cocinera como antes. Como ya sabrás, estamos buscando un tesoro, pero yo creo que el verdadero tesoro está aquí, en tu cocina.

Jessie Lou soltó una risita y volvió a su trabajo.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó Madison.

—Sí, gracias.

Sacó una y se la dio.

—Me voy a duchar y a cambiar de ropa —dijo—. Después, me tomaré una copa de vino.

—Buena idea.

—Ven, te enseñaré tu alojamiento. Está abajo, cerca del vestíbulo. Mi habitación está en el piso de arriba.

Madison lo llevó a una de las habitaciones de invitados.
—Creo que hay toallas y todo lo que puedas necesitar; pero, si no es así, házmelo saber —Madison miró el pequeño macuto de Jake—. Veo que no llevas mucho equipaje. Hay camisas en el armario, por si las quieres. Pero me temo que no hay pantalones ni ropa interior.
—Ah, no te preocupes por eso; nunca llevo ropa interior —dijo él.
Ella arqueó una ceja, a sabiendas de que era una broma.
—Antes la llevabas. Y estoy segura de que la sigues llevando.
—Si sientes curiosidad, lo puedes comprobar esta misma noche —declaró con picardía.
Madison se dio cuenta de que estaba coqueteando con ella, y le gustó. Pero no se quería internar en un terreno tan peligroso, así que hizo caso omiso y dijo:
—Te veré dentro de un rato. Si no estoy en la cocina, estaré fuera.
—Muy bien.
Madison se marchó a toda prisa. Subió a su habitación, se duchó y, tras secarse el pelo, decidió dejárselo suelto. Luego, se puso unos vaqueros y una camiseta azul y regresó a la cocina. La cena estaba casi preparada.
—Estás muy guapa —dijo Jessie Lou con una sonrisa.
Justo entonces, oyeron ruido de pasos. Era Jake, que se sumó a los halagos de la cocinera.
—Tienes muy buen aspecto. Nadie diría que has estado andando arriba y abajo desde el amanecer.
—Pues me siento exactamente así.
Jake se giró hacia la cocinera.
—No sé qué habrás preparado, pero ardo en deseos de probarlo.
Jessie Lou sonrió.
—Espero que te guste, aunque aún le falta unos minutos.
—En ese caso, esperaremos afuera —intervino Madison.
Diez minutos después, Jessie Lou salió al patio y, mientras se quitaba el delantal, les anunció que la cena estaba preparada.
—No os molestéis en lavar los platos. Lo haré yo, mañana por la mañana —les dijo.
—Gracias, Jessie Lou —declaró Madison.
—Y gracias por la cena —dijo Jake.
—No me des las gracias todavía. Aún no la has probado —dijo la cocinera con humor.
—Lo sé.
Jessie Lou se despidió y los dejó a solas. Ellos se sirvieron la comida, que consistía en un asado, una guarnición de verduras y unos trigueros a la plancha, además de una tarta de manzana. Luego, llevaron la bebida y la comida al patio y se sentaron a la mesa.
—Definitivamente, esa mujer es la mejor cocinera de la Tierra —dijo Jake tras probar el primer bocado—. El asado está magnífico.
—Sí, es verdad. Tengo suerte de que siga trabajando para mí. Algunos de sus hijos querían que viviera con ellos.
—Si fuera mi madre, yo también lo querría.
—Solo porque cocina bien.

Jake sacudió la cabeza.
—No, no solo por eso. ¿La has visto alguna vez enfadada? Siempre tiene una sonrisa en los labios.
Ella guardó silencio. Jake se había acercado mucho a la verdad, pero no del todo. Madison la había visto enfadada una vez: el día en que Jake la dejó plantada y desapareció.
Estuvieron en el patio hasta que terminaron de cenar. Entonces, ella dijo:
—¿Quieres un café o un whisky?
—No, otra cerveza.
Jake se levantó y la ayudó a llevar las cosas a la cocina.
—Acabamos de cenar, pero si quieres picar algo con la cerveza, creo que hay anacardos en uno de los armarios.
Madison se puso de puntillas e intentó alcanzar los anacardos, pero no llegaba. Jake decidió intervenir y le puso las manos en la cintura para quitarla de en medio.
—Déjame. Ya los alcanzo yo.
Madison se dio la vuelta tan deprisa que se encontró apretada contra su pecho. Al mirarlo, supo que estaba pedida. A pesar de lo sucedido años atrás, ardía en deseos de besar sus labios. Y Jake debió de sentir lo mismo, porque dijo:
—Maldita sea, Madison…
Un momento después, él bajó la cabeza y la besó con pasión. Madison dejó escapar un gemido y le pasó los brazos alrededor de los hombros, aunque ni siquiera fue consciente de haberlo hecho; solo supo que su cuerpo era más musculoso y más duro de lo que recordaba.
Se aferró a él con el corazón desbocado e, incapaz de resistirse, respondió a su pasión con pasión. El dolor y los recuerdos del pasado habían desaparecido, ahogados en el deseo. Era como si el mundo se hubiera reducido de repente al hombre que, en ese momento, se apartó de su boca y la besó en el cuello.
Madison ansiaba su contacto; lo anhelaba por encima de todas las cosas. Pero se dio cuenta de lo que estaban haciendo y se apartó.
—No quería que llegáramos a esto, Jake.
Él no dijo nada. Ella alcanzó su copa de vino y entró en una salita desde la que se veía el patio, la piscina y los jardines del rancho. No sabía qué hacer. Estuvo a punto de decirle que fuera a buscar sus cosas y se marchara a dormir a los barracones, con sus hombres; pero se contuvo porque no quería que Jake se diera cuenta de que aquel beso le había afectado mucho, de que le había llegado al fondo del alma.
Respiró hondo, en un intento por tranquilizarse, y se sentó en el sofá. Jake apareció al cabo de un par de minutos con los anacardos y se sentó enfrente, en uno de los sillones. Madison lo miró y pensó que parecía tan relajado como si hubiera pasado nada.
¿Estaría disimulando, al igual que ella?
No lo sabía, y le faltó valor para preguntárselo. Sin embargo, eso los habría llevado por un camino que quería evitar, de modo que carraspeó y se puso a hablar del trabajo.

—Creo que estamos buscando en la zona correcta, pero también creo que quizá no estamos buscando en el sitio correcto. Podría estar en tus tierras, no en las mías.

—Tendría gracia que los Calhoun y los Milan hayan buscado durante décadas en el rancho equivocado —dijo él.

—Dudo que les pareciera gracioso, la verdad.

—Yo también lo dudo.

—De todas formas, es posible que el mapa, la leyenda y los rumores no sean más que una broma de mal gusto.

—Aunque lo fueran, tenemos que averiguar si es verdad que se produjo un tiroteo. Esa parte de la historia me parece bastante creíble.

Él se puso a hablar del trabajo del día, pero ella se limitaba a responder con frases cortas, lo justo para no ser mal educada. Sus pensamientos estaban muy lejos del trabajo; volvían una y otra vez al beso que se habían dado y al deseo que sentía por Jake.

De repente, se levantó y lo interrumpió en mitad de una frase.

—Me voy a acostar. Ha sido un día largo —anunció.

Jake también se levantó. Luego, miró sus labios y Madison se estremeció. Estaba tan enfadada con él y tan enfadada con ella misma por desearlo que le dio la espalda y se dirigió rápidamente a las escaleras. Pero no llegó a subir. Se dio la vuelta, volvió a la salita y se acercó a él, que seguía en el mismo sitio.

—Jake… Ya estoy harta. Quiero saber lo que pasó hace años. ¿Por qué me dejaste plantada cuando nos íbamos a fugar para casarnos?

Capítulo Cinco

Él entrecerró los ojos e intentó refrenar su enfado.

—Lo sabes de sobra, Madison. ¿A qué viene eso?

—No, no lo sé. No se nada —dijo—. Y merezco una explicación.

Jake la miró fijamente y ella se ruborizó un poco.

—Lo de tu padre no me extrañó en absoluto. Pero lo tuyo… Te llamé y no contestaste.

—No recibí ninguna llamada tuya —declaró ella, frunciendo el ceño—. ¿Y por qué mencionas a mi padre? No tuvo nada que ver.

—Claro que sí —afirmó él—. Y, por mucho que lo niegues ahora, te llamé y no quisiste contestar.

—Pero si estaba en casa, esperando tu llamada…

—Oh, no me vengas con esas a estas alturas. Deja de fingir, por favor.

—Yo no estoy fingiendo. Te estoy diciendo la verdad.

—¿La verdad? Madison, tu padre me dijo que habías llegado a un acuerdo con él; que, a cambio de no casarte conmigo, te había dado doscientos mil dólares para que pudieras ir a la universidad y vivir como una reina. Por lo visto, hasta se ofreció a ayudarte en tu carrera artística y ponerte en contacto con las mejores galerías de Texas y de la Costa Oeste.

Madison palideció. Era verdad que su padre le había ofrecido eso, pero no a condición de que no se casara con él.

—Sé sincera —prosiguió Jake—. Me vendiste por doscientos mil dólares, y ni siquiera sé por qué te empeñas en sacarlo a colación. Es agua pasada. Ya no tiene importancia.

—¿Qué diablos estás diciendo? Es cierto que mi padre me dio ese dinero para ir a la universidad, pero no tuvo nada que ver lo nuestro. Me lo ofreció sin más y yo lo acepté. No me pidió que no me casara contigo.

—¿Por qué insistes en mentir? Tu padre me lo dijo en persona. Me dijo que te había obligado a elegir entre el dinero y yo y que habías elegido el dinero.

Ella lo miró con irá.

—Mi padre no sería capaz de hacer eso —bramó.

Jake la miró con desconcierto. ¿Era posible que el juez la hubiera engañado? Y peor aún, ¿era posible que Madison fuera tan ingenua como para creer a su padre?

—Madison, te juro que sí me estás mintiendo.

—¡Yo no estoy mintiendo! Mi padre me dio dinero para la universidad. Eso es todo —insistió—. Y no te atrevas a insinuar que me engañó. Él no me habría engañado. No me habría hecho daño de esa manera. No sé qué esperas ganar con todo esto, pero no te saldrás con la tuya.

—Tu padre te engañó, Madison. El gran juez, el hombre recto y honrado en quien todo el mundo confía, el hombre en el que hasta yo mismo confiaba —dijo, implacable—. Si no estás mintiendo, si me estás diciendo la verdad, los dos caímos en la misma trampa. Nos engañó como a un par de niños.

Ella sacudió la cabeza con desesperación.

—No te creo. Mi padre no habría hecho eso; habría hablado conmigo y me habría intentado convencer de que no me fugara contigo.

—Madison…

—No quiero que sigamos buscando ese tesoro —lo interrumpió ella—. No te quiero volver a ver en toda mi vida.

Madison se dio la vuelta y salió de la habitación, dejándolo solo. Jake se quedó allí, pensando en lo sucedido, hasta que decidió retirarse a la habitación de invitados e intentar dormir. Pero estaba demasiado enfadado para eso, así que salió de la casa y estuvo corriendo un buen rato, en un intento por tranquilizarse.

Al cabo de un rato, volvió al rancho, se duchó y se fue a la biblioteca, donde se dedicó a estudiar los mapas y fotografías. No estaba seguro de que Madison le hubiera dicho la verdad, pero estaba seguro de que no se le presentaría otra oportunidad como aquella para encontrar la escritura. Y si la encontraba, el premio le haría olvidar todo lo demás. Incluso el dolor que Madison Milan le había causado.

Jake se vistió a toda prisa y salió de la habitación, dispuesto a afrontar otro día de trabajo.

El olor a café y pan caliente lo llevó a la cocina. Madison estaba junto a la encimera, de espaldas a la puerta. Llevaba una camisa verde, unos pantalones que se ajustaban maravillosamente a su cuerpo y unas botas altas, de color marrón. Se había recogido el pelo con una coleta de caballo, como hacía cuando era animadora del instituto.

—Buenos días.

Ella no dijo nada. Jake se sirvió un café y unos huevos revueltos y se sentó a la mesa.

—¿Te importa que desayune contigo?

—Yo ya he terminado —contestó—. Y también terminaría contigo si no fuera porque me lo he pensado mejor. Quiero que sigamos buscando el tesoro. Pero, cuando terminemos, nos iremos por caminos separados, y espero no volver a verte en mucho tiempo.

Madison salió de la cocina. Jake desayunó solo y, cuando terminó, decidió esperarla en el vestíbulo de la casa. Ella bajó momentos después y se dirigió al panel para activar la alarma antes de salir, pero él se interpuso en su camino.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —declaró con irritación.

—Sé qué estás enfadada conmigo, pero te equivocas de culpable. ¿Por qué no hablas con tu padre? Pregúntale qué me dijo cuando habló conmigo esa noche. Pregúntale con qué me amenazó.

Ella sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Me quieres hacer creer que mi padre te amenazó físicamente?

—No, económicamente. Tu padre era y es un hombre muy poderoso —le recordó—. Pregúntaselo, por favor. Sabes de sobra que yo no diría eso si no fuera cierto. No te he mentido en toda mi vida, Madison.

Jake abrió la puerta y se dirigió a su camioneta a buen paso. Madison admiró su cuerpo y pensó que sus acusaciones no podían ser ciertas. Los Calhoun eran una familia adinerada; no unos pobretones a los que su padre pudiera hacer ningún daño económico. Además, no podía creer que un juez con fama de hombre honrado, una persona respetada por todos, fuera capaz de extorsionar a nadie.

Pero cuanto más lo pensaba, más se preocupaba. ¿Sería posible que Jake Calhoun le hubiera dicho la verdad?

Estaba tan sumida en sus pensamientos que, unos minutos después, cuando ya se habían puesto en marcha, pasó por encima de una roca que estaba en el camino. La camioneta pegó un salto y Stoney y Darren protestaron.

—Lo siento —se disculpó.

Madison miró por el retrovisor y vio que Jake evitaba la roca.

Cuando llegaron al lugar previsto, ella bajó de la camioneta y recogió el macuto y el sombrero. Jake se le acercó enseguida, pero Madison notó que había dejado encendido el motor de su vehículo y se preguntó por qué.

—Anoche estuve estudiando los mapas y encontré un sitio que me gustaría mirar. Está cerca de aquí. Era un arroyo, aunque es posible que ya no exista —le explicó—. Quería ir solo para que los demás no pierdan el tiempo, pero he pensado que tal vez prefieras que me acompañe uno de tus hombres.

—Stoney, ¿te importa ir con él?

—Por supuesto que no.

—En ese caso, ven conmigo. Te enseñaré la zona en el mapa.

Los dos hombres se marcharon y, solo entonces, Madison cayó en la cuenta de que Jake habría estado mirando los mapas porque no habría podido dormir; probablemente, a causa de la discusión que habían mantenido. Sacó una pala del maletero y miró la camioneta de su antiguo novio, que casi había desaparecido en la distancia.

Quería ir a Dallas a hablar con sus padres; pero no podía ir hasta que terminaran de buscar el tesoro.

Justo entonces, vio que Darren la miraba como si esperara algo. No se le había ocurrido que, en ausencia de Jake, ella se había quedado a cargo de los hombres.

—¿Por dónde empezamos?

Madison echó un vistazo a su alrededor y se ruborizó ligeramente.

—Vaya, creo que nos hemos pasado de largo. El sitio donde teníamos que excavar está más atrás. Me temo que tendremos que volver sobre nuestros pasos.

—No importa. Te seguimos.

Minutos más tarde, llegaron al lugar. Madison miró a los hombres y les dijo:

—Ya hemos llegado. Todos tenéis vuestros mapas, así que será mejor

que nos pongamos manos a la obra.

Los hombres se abrieron en abanico y se pusieron a trabajar. Madison comprobó su copia del mapa y decidió acercarse al río. Ya se había puesto a cavar cuando apareció Ross, uno de los hombres de Jake.

—No es necesario que cave, señorita. Eso es cosa nuestra.

—Puedo cavar tan bien como el que más.

—No lo dudo, pero mi jefe me matará si se entera de que se lo he permitido.

Como no quería discutir con él ni causarle problemas con Jake, le dio la pala y, en lugar de cavar, se dedicó a apartar piedras para facilitarles el trabajo. Al final del día, estaba tan agotada que casi no se tenía en pie; pero, por lo menos, el trabajo físico había servido para que dejara de pensar en Jake.

Su teléfono móvil sonó cuando empezaban a recoger las cosas.

—¿Dígame?

—Soy Jake. ¿Qué te parece si damos por terminada la jornada? Está oscureciendo.

—Me parece perfecto. Ya estábamos recogiendo las cosas —le informó—. Nos veremos en el rancho.

—De acuerdo.

Al llegar a su casa, Madison bajó de la camioneta y se dirigió a la entrada de atrás. Esta vez, no iba a esperar a Jake. No quería hablar con él ni saber qué había hecho a lo largo del día. Además, era obvio que no habían encontrado nada; porque, si hubieran encontrado algo, Stoney o él mismo se lo habrían dicho.

Cuando llegó a la puerta de la valla, descubrió que estaba atascada y no la pudo abrir.

—Deja que lo intente yo.

Madison se sobresaltó al oír la voz de Jake.

—Nunca me acuerdo de arreglar esa cerradura —acertó a decir—. Tendremos que entrar por otra parte.

—Se me ocurre otra solución.

Jake saltó la valla, se dio la vuelta y, antes de que Madison fuera consciente de lo que pretendía hacer, le puso las manos en la cintura, la alzó en vilo y la posó tranquilamente al otro lado de la puerta.

Madison lo miró a los ojos y se quedó agarrada a sus brazos, sintiendo la fuerza de sus bíceps. Durante unos segundos, olvidó su enfado y sus dudas y no sintió nada salvo el deseo de besarlo. Pero Jake la soltó y dijo:

—No te preocupes por esa cerradura. La arreglaré dentro de un rato.

Jake se dirigió a la casa y ella lo siguió.

—No te molestes. Le diré a Terry que la arregle. Lo llamaré esta misma noche.

—No es ninguna molestia —dijo mientras entraban en la casa—. La arreglaré después de cenar, cuando refresque un poco.

—Hablando de la cena, Jessie Lou la ha dejado en el horno. Si sobra algo, guárdalo —declaró ella, para dejar claro que no iba a cenar con él.

—De acuerdo.
—Por cierto, mañana no os voy a acompañar —anunció Madison—. Si me necesitas, llámame al teléfono móvil.
—¿Por qué? ¿Es que te vas a Dallas?
A ella le sorprendió que hubiera adivinado sus intenciones.
—Sí. Quiero hablar con mi padre —contestó—. Si me quedó aquí, no podré hablar con él hasta que terminemos de buscar.
—Si quieres, puedo hablar con el piloto de mi avión privado para que te lleve. Te ahorrarías un viaje en coche.
—Te lo agradezco, pero prefiero conducir.
—No seas ridícula, Madison; es un viaje muy largo —le recordó—. ¿A qué hora quieres salir?
Tras un momento de duda, ella dijo:
—A las nueve de la mañana. No podré hablar con mi padre hasta que salga del trabajo, pero me gustaría ver a mi hermano Nick, hace tiempo que coincidimos.
—Ah, Nick el político. ¿Qué tal le va?
—Está muy ocupado. Supongo que se concentra en sus obligaciones para no pensar demasiado en Karen y el bebé. Su muerte le afectó mucho.
—Sí, lo comprendo. Fue por culpa de una persona que conducía borracha, ¿verdad?
—En efecto. Murieron los tres —le informó—. Después del accidente, mi hermano se sumergió por completo en su trabajo.
—¿Y Wyatt y Tony? ¿También tienen aspiraciones políticas?
Ella sacudió la cabeza.
—En absoluto. Wyatt dejará el cargo de sheriff del condado cuando se cumpla su mandato. Quiere trabajar en su rancho.
—Tengo entendido que Tony terminó la carrera de Derecho…
—Sí, pero Tony no dejaría el rancho por nada del mundo. Trabajó en un bufete durante un año, pero solo para que mis padres dejaran de darle la lata. Está tan apegado a estas tierras que estudió Derecho para seguir con la superstición familiar.
—¿La superstición familiar? —preguntó él, desconcertado.
—Ah, veo que lo has olvidado. Además de la leyenda del tesoro, existe otra leyenda según la cual los Milan tienen que estudiar Derecho. Si no lo hacen, sufren un destino terrible.
—Pero tú no estudiaste Derecho.
—Porque la leyenda solo afecta a los hombres de la familia.
Jake sacudió la cabeza.
—Menuda superstición —dijo con humor—. ¿Cuántos abogados tenéis? ¿Cuatro? Uno es juez, otro es sheriff, otro es diputado y el cuarto dejó la abogacía al cabo de un año porque prefiere trabajar en su rancho y montar en los rodeos. Qué curioso… Por lo visto, solo hay un Milan que soporte la abogacía.
Ella asintió.
—Sí, mi padre —declaró—. Pero, volviendo a lo que estábamos hablando, me gustaría ver a Nick y a mi madre en Dallas.
—Razón de más para que aceptes mi ofrecimiento. Llegarás a Dallas en

un santiamén, y me encargaré de que te esté esperando una limusina.

—Está bien, acepto. Gracias, Jake.

Él se encogió de hombros.

—De nada.

A pesar del favor que le acababa de hacer y de que la conversación había servido para suavizar las cosas entre ellos, Madison se mantuvo firme en la decisión de no cenar con Jake. Quería mantener las distancias hasta que hablara con su padre y descubriera la verdad. A fin de cuentas, cabía la posibilidad de que Jake le hubiera mentido; en cuyo caso, no querría estar ni cinco minutos con él.

Se lavó, se sirvió un plato de chile y un vaso de agua y se encerró en la biblioteca para cenar sola. Cuando terminó, llamó a sus padres para informarles de que llegaría a Dallas al día siguiente. Su madre se mostró encantada y le dijo que se podía quedar en su casa tanto tiempo como quisiera.

Luego, llamó a su hermano Nick y acordaron comer juntos. Fue una conversación agradable, pero Madison se deprimió cuando colgó el teléfono. Aunque habían pasado dos años desde el accidente, sabía que su hermano estaba lejos de haber superado la tragedia.

Llevó el plato y el vaso a la cocina y se alegró al ver que Jake no estaba allí, porque no quería hablar con el.

Su visita a Dallas iba a ser determinante en muchos aspectos. Madison sabía que, dijera lo que dijera su padre, ella terminaría enfadada y dolida. Pero, al menos, tendría las respuestas que necesitaba en lo tocante a Jake.

Capítulo Seis

Jessie Lou la miró con curiosidad cuando la vio en la cocina a las seis de la mañana.

—Jake ya se ha marchado —le informó.

—Lo sé, pero hoy no los voy a acompañar. Me marcho a Dallas —dijo Madison—. Quiero ver a mis padres.

Jessie Lou asintió.

—Ah, comprendo. Es una buena idea.

Madison se sirvió un café y miró fijamente a la cocinera, que estaba preparando un pastel. Era obvio que la callada y discreta Jessie Lou sabía muchas cosas que ella desconocía.

—Jake me ha dicho que no me dejó plantada porque quisiera, sino porque lo presionaron —declaró de repente.

Jessie Lou se limpió las manos con un paño y se giró hacia Madison.

—En ese caso, ha llegado el momento de que averigües la verdad.

Madison entrecerró los ojos.

—¿Tú sabes lo que pasó?

—No, no lo sé; aunque me gustaría saberlo —respondió—. Haces bien al viajar a Dallas.

La respuesta de Jessie Lou le arrancó un escalofrío. Madison se habría sentido mejor si la cocinera le hubiera dicho que no dudara de su padre; pero la había animado a hablar con él, lo cual significaba algo.

—No puedo creer que mi padre me mintiera —declaró en voz baja.

—En cualquier caso, es hora de que sepas la verdad. Jake y tú erais muy jóvenes, muy jóvenes —repitió.

—Tú sabes lo que pasó, ¿no? —insistió Madison.

Jessie Lou sacudió la cabeza.

—Si lo supiera, te lo habría dicho. Quizá no en ese momento, pero no habría guardado el secreto durante tantos años —afirmó—. He notado cómo miras a Jake y cómo te mira él a ti. Debes hablar con tu padre.

—Oh, Dios mío.

—Habla con él. Aunque solo sea para salir de dudas.

Cuando terminó el café, Madison llevó la taza a la pila. Ya no le apetecía desayunar. Había perdido el apetito.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jessie Lou.

—Creo que sí. Pero será mejor que me vista. El piloto de Jake me está esperando.

Madison se despidió de Jessie Lou y se marchó.

A mediodía, Madison se bajó de la limusina y entró en un lujoso restaurante de Dallas. Nick ya había llegado. Se levantó de su silla y se acercó a ella para darle un abrazo. Su hermano era un hombre alto, de ojos azules y cabello castaño, que irradiaba carisma y personalidad; de hecho, había quien estaba convencido de que, algún día, se presentaría a la presidencia de los Estados Unidos.

—Gracias por llamarme, hermanita. Tenía muchas ganas de verte —dijo él, sonriendo—. Pero siéntate, por favor.

Los dos hermanos echaron un vistazo a la carta y pidieron la comida al camarero. Momentos después, Nick volvió a sonreír y dijo:

—Te he visto bajar de una limusina. ¿Es tuya? Parece que te va bien con la pintura.

—No, no es mía. Es de Jake Calhoun —le informó Madison—. De hecho, he venido en su avión privado.

—Jamás habría imaginado que le darías permiso para buscar en nuestras tierras. No después de lo que pasó entre vosotros.

—Ni yo, pero es un acuerdo beneficioso para todos. Además, puedes estar seguro de que he tomado las precauciones necesarias. Mis hombres están con él todo el tiempo; y cuando no están ellos, estoy yo.

—Jake me caía bien cuando estábamos en el instituto. Pero te confieso que, después de lo que te hizo, no me habría arriesgado a confiar en él.

—Me extraña que digas eso, porque siempre lo has tratado como si fuera un amigo. Aunque, ahora que lo pienso, tratas a todo el mundo como si fuera un amigo.

Él volvió a sonreír.

—Ya sabes cómo somos los políticos. Siempre estamos en busca de votos —dijo con humor—. Pero, bromas aparte, ¿no te parece que todo ese asunto es muy sospechoso? Dudo que los restos de sus antepasados le interesen tanto como dice y, por otra parte, me extraña que esté dispuesto a darnos el tesoro.

—Olvidas lo de la escritura. Si existe, los Calhoun se quedarían con un buen pedazo del rancho de los McCracken.

—Aun así, me huele a chamusquina. Ten cuidado con Jake. Por muy bien que me cayera, ya no me fío de él.

—No te preocupes; lo tendré —le aseguró Madison—. Pero, ¿cómo te van las cosas?

—Con más trabajo que nunca. Mi equipo quiere que me presente a senador.

—Es una noticia maravillosa…

Nick frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Es que no quieres ser senador?

—Sí, bueno, supongo que, en cierto sentido, me gustaría. Ya sabes que la política es mi vida. Aunque no me agrada la idea de estar tan lejos de Texas y del rancho.

El camarero volvió entonces con lo que habían pedido, una ensalada para Madison y una hamburguesa para Nick. Durante los minutos siguientes, se dedicaron a comer y a charlar sobre la familia; hasta que él miró la hora y dijo:

—Oh, vaya, se me ha hecho tarde. Tengo una reunión importante. Debo volver al despacho.

Madison no protestó. Sabía que su hermano estaba trabajando en exceso para no pensar en la tragedia que había sufrido.

—Yo también me voy. Llamaré al chófer de la limusina.

Madison habló con el conductor mientras pagaban la cuenta.

—Me ha dicho que está fuera, esperando. ¿Quieres que te llevemos?

—No, gracias. Prefiero conducir —contestó Nick—. Gracias por haber comido conmigo.

—Gracias a ti, por concederme un rato en tu apretada agenda —ironizó Madison—. Cuídate, Nick…

—Lo mismo digo.

Nick la acompañó a la limusina y comentó con sarcasmo:

—¿Quieres que hable con el conductor y le pida que conduzca despacio?

Ella sonrió.

—¿Quién? ¿Tú? ¿El mismo Nick que se metía constantemente en problemas por participar en carreras ilegales?

Nick rio y se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ahora soy un hombre serio y responsable.

Los dos hermanos se despidieron. Madison subió a la limusina y, pocos minutos después, el vehículo la dejó en la entrada de una mansión de estilo georgiano, de ladrillo rojo y altas columnas blancas. En cuanto abrió la puerta, apareció un perrito de color marrón que empezó a mover el rabo.

—Hola, Prissy —Madison acarició al animal—. ¿Dónde está tu familia?

El perro la siguió mientras ella buscaba a sus padres, a los que encontró en la biblioteca. Su madre estaba mirando algo en un ordenador portátil y su padre, jugando con el otro perro.

—Mira quién está aquí —dijo su padre, que se levantó.

Madison los abrazó a los dos y se sentó junto a ellos. Como suponía, le interrogaron acerca de la búsqueda del tesoro y les tuvo que dar todo tipo de explicaciones.

—Siempre sentí curiosidad por ese tiroteo —dijo Pete—. Supongo que los huesos de nuestros antepasados estarán enterrados en algún sitio, si es que no los devoraron los animales salvajes de la zona.

—¿Cómo puedes decir esas cosas tan terribles? —preguntó su esposa, Evelyn.

—No son cosas terribles; son la verdad —puntualizó él—. Pero me encantaría saber si la leyenda es cierta, si hay un tesoro enterrado. ¿Jake Calhoun te lo ofreció sin más? ¿No quiso quedarse con una parte?

Madison sacudió la cabeza.

—No. Dijo que el tesoro no le interesaba, si es que existe. Por lo visto, solo quiere los restos de sus antepasados.

—Qué generoso —intervino Evelyn.

—No tanto. Supongo que no cree en la existencia del tesoro —dijo Madison—. Me lo ofreció porque sabía que, de lo contrario, no le habría dado permiso para buscar.

—Sí, eso tiene sentido —declaró Pete—. Seguro que buscó el tesoro en sus tierras y que, al final, llegó a la conclusión de que no existía. Además, dijiste que está buscando otra cosa, una escritura que le daría derechos sobre las tierras de los McCracken.

—En efecto.

—Ándate con cuidado. No me fío de los Calhoun. Seguro que tienen intenciones ocultas.

—Bueno, Jake quiere que le deje hacer prospecciones en el rancho. De hecho, hemos recibido ofertas de varias empresas interesadas en explotar los posibles yacimientos de gas y petróleo. Hemos entablado conversaciones con tres compañías distintas, pero ninguna pertenece a Jake Calhoun —le informó—. En cualquier caso, no llegaré a ningún acuerdo sin hablarlo antes con vosotros.

—Gracias, Madison. Es todo un detalle —dijo su padre—. Pero tu madre y yo aceptaremos la decisión que tomes.

—Sinceramente, dudo que tome una decisión antes de que os vayáis de viaje a Europa. Por cierto, ¿necesitáis que cuide de los perros en vuestra ausencia?

—No, no hace falta. Tu tía Edna los cuidará —respondió su madre.

Durante la media hora siguiente, estuvieron hablando del viaje de Pete y Evelyn, que iban a ir a París, Suiza y la costa italiana. Luego, Madison miró a su madre y dijo:

—Tengo que hablar con papá de un asunto legal. ¿Te importa dejarnos a solas? Sé que esas cosas te aburren.

—Tienes razón. Me aburren soberanamente —dijo Evelyn con una sonrisa—. Espero que no te hayas metido en un ningún lío.

Madison sacudió la cabeza.

—No, ni mucho menos. Solo son cosas de negocios.

—Bueno, os concedo una hora. Espero que sea suficiente.

—Gracias, mamá. Te iré a buscar cuando terminemos.

Evelyn salió de la habitación, llevándose a los perros con ella. Madison miró a su padre; estaba sentado en su sillón preferido, con las piernas cruzadas y los pies apoyados en una otomana. Aparentemente, no podía estar más relajado; pero, por el destello de sus ojos azules, Madison supo que no lo estaba y se maldijo para sus adentros. Habría preferido sorprenderlo; sacar el tema cuando tuviera la guardia baja.

—¿Qué ocurre, Madison?

Ella se echó hacia delante y le puso las manos en las rodillas.

—Cuando estaba en el instituto, Jake y yo planeamos fugarnos y casarnos después —dijo sin más—. Pero Jake no apareció. ¿Por qué, papá?

La expresión de su padre no experimentó el menor cambio. Ni siquiera parpadeó. Pero Madison supo que pasaba algo malo porque tardaba demasiado en responder. Y supo que Jake le había dicho la verdad.

La revelación fue tan impactante que vaciló un poco y su padre se preocupó.

—¿Te encuentras bien? Quizá deberías tumbarte…

Ella sacudió la cabeza.

—¿Por qué lo hiciste, papá? ¿Por qué me hiciste eso? Jamás habría pensado que fueras capaz de hacerme tanto daño —dijo en un susurro.

—Lo hice por ti, Madison, porque te quería. Eras demasiado joven para casarte.

—¿Y no se te ocurrió mejor forma de impedirlo? Me engañaste. Me hiciste creer que Jake me había dejado plantada. Lo he odiado durante años por tu culpa, y le he dicho cosas tan terribles que ni siquiera me atrevo a pensar en ellas.

—Jake es un Calhoun, Madison; su familia no te habría aceptado a ti ni habría aceptado ese matrimonio. Además, no erais más que un par de adolescentes, sin la experiencia necesaria para afrontar un matrimonio. No podía permitir que destrozaras tu vida de esa forma.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Te habría escuchado. Siempre hacía lo que querías.

—Es verdad, pero estabas creciendo y cada vez eras más obstinada —se defendió Pete—. Pero no se trata solo de eso, vuestro matrimonio habría avivado la vieja discordia entre nuestras dos familias. Algunos Milan tampoco lo habrían aceptado.

—¿Es cierto que amenazaste a Jake?

—Sí, lo amenacé. Me pareció que sería susceptible a una presión adecuada, por así decirlo —le confesó.

—Oh, papá…

—Lo siento, cariño. Es posible que Jake y tú hubierais sido felices, pero teníais pocas posibilidades. Y ni tú ni él habíais terminado de estudiar. Seguíais en el instituto.

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora mismo, creo que no te conozco. ¿Cómo es posible que lo amenazaras? ¿Cómo pudiste ser tan cruel, tan falso?

—No estoy precisamente orgulloso de lo que hice, pero era necesario. Ni siquiera sabía que estuvierais saliendo. Un día, Charley os vio en el rancho y me lo contó. Me pareció tan sospechoso que investigué por mi cuenta y, por supuesto, terminé por descubrirlo.

Los ojos a Madison se le llenaron de lágrimas.

—Tu comportamiento es repugnante. Me hiciste mucho daño. Has permitido que viviera en una mentira. Yo confiaba en ti, pero no sé si podré volver a confiar.

—Madison, si alguna vez te enamoras y tienes hijos, te darás cuenta de que, a veces, los padres tienen que tomar decisiones muy duras. No espero que lo entiendas ahora, pero puede que lo entiendas en el futuro.

—No, papá. Nunca entenderé que amenazaras a Jake. Si hubieras hablado conmigo, si me hubieras pedido que no me casara con él. Estoy segura de que habríamos tenido una discusión, pero también lo estoy de que habría acatado tus deseos, como tantas veces —declaró con tristeza.

—Tú los habrías acatado, pero dudo que Jake se hubiera mostrado tan obediente. Además, no sabía hasta dónde llegaba su influencia sobre ti —dijo Pete—. Lo siento, Madison. Puede que me equivocara, que no hiciera lo correcto; pero los niños no llegan al mundo con un libro de

instrucciones, ¿sabes? Como padre, tienes que improvisar.

Madison lo miró fijamente.

—Aquel día no me aparté del teléfono —dijo—. Jake afirma que me llamó varias veces, pero el teléfono no sonó. ¿Cómo es posible?

Su padre apartó la mirada y se pasó una mano por el pelo.

—Derivé las llamadas al teléfono del cobertizo —respondió—. Recuerdo que fue un fin de semana. Sonó muchas veces, pero sobra decir que no contesté.

—¿Mamá lo sabía?

—En parte. Ella tampoco quería que te casaras con Jake. Me pidió que hiciera lo que fuera necesario por impedirlo, pero no quiso conocer los detalles.

Madison guardó silencio.

—Si quieres, puedo hablar con Jake y pedirle disculpas por lo que hice —continuó su padre—, aunque dudo que sirva de nada. Siendo un Calhoun, me odiará toda su vida.

—¿Cómo pude ser tan estúpida? —dijo ella en voz alta—. Tu plan no habría servido de nada si yo le hubiera llamado por teléfono. Podías impedir que recibiera sus llamadas, pero no podías impedir que me pusiera en contacto con él.

—En efecto. Y, a decir verdad, tenía miedo de que lo llamaras. Pero estabas tan ofendida que, cuando por fin lo llamaste, ya se había ido de Verity.

Pete se echó hacia delante e intentó tocar a su hija, que se apartó.

—Lo siento mucho, Madison, pero sigo creyendo que hice lo mejor para ti. Pensé que estarías de acuerdo conmigo a estas alturas. Si te hubieras casado, habrías dejado tus estudios y no habrías llegado a ser una pintora tan buena —razonó su padre—. Además, Jake y tú ya no sois dos adolescentes. Ahora sois personas adultas. Si os queréis casar, vuestra relación tendrá más posibilidades que entonces.

—No puedo creer lo que me has hecho, papá. Durante trece años, he estado convencida de que me dejó plantada y me abandonó sin explicaciones de ninguna clase —dijo Madison entre lágrimas—. No sabes cuánto lo he odiado. Hasta me casé con un hombre al que no quería porque pensé que, de ese modo, le haría tanto daño a Jake como él a mí.

Pete se levantó del sofá y frunció el ceño.

—Tu madre y yo temimos que te hubieras casado por eso; pero pensamos que vuestro matrimonio funcionaría y que encontraríais la felicidad. Will era un chico encantador.

—Y nuestro matrimonio fue un infierno.

—Pero ya es agua pasada, Madison —afirmó su padre—. Estoy dispuesto a llamar por teléfono a Jake y hablar con él. Supongo que os lo debo a los dos. Aunque también creo que, si me encontrara otra vez en la misma situación, volvería a hacer lo mismo. Era la única forma de impedir que os casarais.

—Seguro que había formas más dignas de afrontar el problema —replicó ella—. No sé si te podré perdonar, papá. Jamás habría creído que fueras capaz de hacer una cosa así.

—Lo siento —repitió él—. Espero que algún día lo entiendas y sepas perdonarme. Pero permíteme que te haga una pregunta, ¿crees que te habrías convertido en una pintora tan buena si te hubieras casado con Jake?

—Puede que no. Pero el amor es más importante que el trabajo.

Su padre la intentó abrazar, y ella retrocedió.

—Te quiero, Madison. Siempre te he querido y siempre te querré —dijo —. Soy juez, pero también soy un hombre, y todos los hombres se equivocan. Hasta es posible que los jueces seamos los peores padres.

De repente, Madison se acordó del árbol que habían encontrado en el puente del río. Y pensó que podía ser cosa de su padre.

—Cuando quisimos cruzar el puente del río Rocky, descubrimos que habían cortado un árbol para bloquear el paso. ¿Tuviste algo que ver?

Pete sacudió la cabeza.

—Ni siquiera sabía en qué zona estabais buscando. Y te aseguro que no me dedico a cortar árboles por diversión.

Justo entonces, llamaron a la puerta. Era Evelyn.

—¿Ya habéis terminado?

—Sí, ya hemos terminado —dijo Madison, mirando a su padre—. Pero tengo que volver al rancho, mamá. Lo siento.

Su madre la miró con intensidad, aunque no dijo nada. Pete y ella la acompañaron a la puerta, donde le dieron un abrazo.

—Recuerda que siempre te he querido —dijo Pete—. Todo lo que he hecho ha sido por amor.

Madison se limitó a asentir.

—Ten cuidado, hija —continuó él—. Sospecho que Jake anda buscando algo más que una escritura y un montón de huesos. Sigue siendo un Calhoun, y tiene motivos para querer vengarse de nosotros.

—Sí, los tiene.

Madison salió de la casa y se dirigió a la limusina, haciendo verdaderos esfuerzos por no llorar. El conductor le abrió la portezuela y, poco después, se pusieron en marcha.

De camino al rancho, pensó que hablaría con Jake cuando volviera y le pediría disculpas. Aunque había algo que no entendía. ¿Qué le había dicho Pete cuando habló con él? ¿Con qué lo había amenazado? Jake no se asustaba con facilidad. Y le parecía extraño que su padre lo hubiera extorsionado con un asunto de dinero, porque los Calhoun eran una familia tan rica y poderosa como los Milan.

Pero, por otra parte, Jake no habría contado con la ayuda de los Calhoun en esa situación. Al fin y al cabo, odiaban a los Milan. Los abuelos de Jake no querían saber nada de ellos; su madre no les había dirigido la palabra en toda su vida, y todos sabían de las frecuentes peleas entre Lindsay y Tony.

En cualquier caso, tenía que saber la verdad.

Frunció el ceño y miró por la ventanilla, aunque sin fijarse en el paisaje. Solo veía los ojos de Jake, llenos de una rabia profunda que, ahora, entendía muy bien.

***

En cuanto entró en la cocina y miró a Jessie Lou, Madison perdió la compostura y rompió a llorar sin poder evitarlo.

—Oh, Jessie Lou. Mi padre lo ha admitido todo. Ha admitido que amenazó a Jake. Todos estos años…

Madison no pudo seguir hablando. Jessie Lou la abrazó y dejó que llorara en su hombro.

—Por fin sabes lo que sucedió. Siempre sospeché que tu padre era responsable de lo que pasó —dijo—. Charley te vigilaba porque el juez se lo había pedido, y era evidente que Jake no le caía nada bien.

Madison se apartó de la cocinera.

—¿Charley? Oh, Dios mío.

—¿Qué ocurre?

—Nada… Estaba pensando en el árbol que encontramos en el puente del río, bloqueando el paso. ¿Es posible que lo cortara Charley? Puede que mi padre hablara con él y le pidiera que obstaculizara la búsqueda del tesoro.

Jessie Lou frunció el ceño.

—No lo sé, pero yo tendría cuidado con Charley.

Madison se secó las lágrimas.

—No puedo creer que mi padre me engañara de esa forma, que hiciera algo tan indigno.

—Es tu padre. Solo te quería proteger.

—Pero, en lugar de protegerme, me hizo daño —replicó Madison—. Y ha conseguido que me sienta terriblemente mal por lo injusta que he sido con Jake.

—Bueno, nadie puede cambiar lo que pasó… —dijo Jessie Lou—. He preparado la cena, pero me voy a ir para que Jake y tú podáis estar a solas. Mañana por la mañana tengo que ir al dentista, así que no volveré hasta la tarde. Tendrás tiempo de sobra para hablar con él y solucionar las cosas.

Madison intentó sonreír.

—Gracias. Me ducharé y me cambiaré de ropa. Jake llegará al anochecer.

Jessie Lou asintió y le dio una palmadita en la espalda.

—Os llevaréis mejor cuando despejéis el ambiente.

Madison asintió, aunque no estaba segura de que pudiera recuperar su antigua amistad con Jake Calhoun.

—Eso espero.

Jake miró la hora mientras caminaba hacia el rancho de Madison. Había preferido irse a su casa, pero quedarse allí era más conveniente. Los días pasaban muy deprisa, y no quería perder tiempo con viajes innecesarios. Aún no habían encontrado nada. Si no localizaba pronto la escritura, dejarían de buscar y no tendría otra oportunidad.

Estaba cansado, acalorado y disgustado por volver otra vez con las manos vacías. Se preguntó qué tal le habría ido a Madison con su padre, el

juez. Lo odiaba tanto que ardía en deseos de encontrar la escritura para decirle en persona que le iba a quitar una parte importante de sus tierras. Si lo conseguía, sería uno de los momentos más satisfactorios de su existencia. Madison ni siquiera imaginaba lo cruel que podía ser su padre.

Pero, ¿le habría dicho la verdad? Conociéndolo, era capaz de haber mentido otra vez. Y si el juez le había mentido, era poco probable que Madison lo creyera a él.

Minutos después, llamó a la puerta. Madison abrió y lo invitó a entrar.

—Adelante.

Él pasó al interior de la casa y la miró. Su larga melena de cabello castaño le caía libremente por los hombros. Llevaba un vestido rojo, sin mangas, con un cuello amplio que revelaba las curvas superiores de sus senos.

—Estás preciosa —dijo, con voz profunda.

—¿Quieres tomar una cerveza antes de cenar?

Jake respondió sin darse cuenta de lo que decía. Se había quedado tan embriagado de su belleza que no podía pensar en nada más.

—Sí, claro.

Ella notó su turbación y lo miró.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es que… No puedo dejar de mirarte —le confesó.

Madison sonrió; pero fue una sonrisa rápida y superficial, una sonrisa puramente educada. Jake la siguió a la cocina con creciente curiosidad. ¿Qué habría pasado durante su estancia en Dallas?

Al llegar, ella sacó una cerveza y se la dio. Él echó un trago y dijo:

—Está buenísima…

—¿Quieres que hablemos ahora? ¿O prefieres ducharte antes?

Jake se quedó desconcertado. No esperaba que fuera tan directa.

—Será mejor que me duche antes, porque estoy cubierto de polvo. Pero volveré en seguida —dijo—. No te vayas. Ah… y no te cambies de ropa.

Esta vez, ella sonrió de oreja a oreja.

—Descuida, no me cambiaré.

—Eso espero…

Jake salió de la cocina rápidamente. Madison no le había dado ninguna pista sobre lo que su padre le había dicho, pero albergaba la esperanza de que hubiera sido sincero con ella; sobre todo porque daba por sentado que, si el juez había vuelto a mentir, Madison no lo habría dejado entrar en el rancho.

Fuera como fuera, necesitaba saber lo que había pasado. Así que apretó el paso y entró en la habitación como una exhalación.

Jake reapareció media hora después. Madison admiró su cuerpo y lo deseó con todas sus fuerzas. Se había puesto una camisa y unos vaqueros limpios, y aún tenía el pelo ligeramente mojado.

—¿Te apetece otra cerveza? He preparado unos aperitivos. Nos podemos sentar en el comedor o fuera, como prefieras.

—El comedor me parece bien.

Él se encargó de llevar las bebidas y ella, un plato con quesos importados y una cesta con rebanadas de pan, para acompañar. Cuando llegaron al comedor, se sentaron a la mesa. Jake echó un trago, contempló su ceño ligeramente fruncido y supo que el juez Pete Milan le había dicho la verdad.

—Veo que ha sido sincero —dijo.

Ella se levantó de repente.

—Jake, lo siento tanto…

Los ojos de Madison se humedecieron, pero Jake fue incapaz de sentir lástima por ella.

—Acepto tus disculpas, aunque no eres tú quien debería disculparse.

—No sé cómo fue capaz de hacer algo así. No puedo creer que te amenazara y que me hiciera tanto daño a mí, a su propia hija. Pero, ¿cómo lo iba a saber? No tenía ni idea… ¿Por qué no me lo dijiste?

—Ah, parece que tu padre no te lo ha contado todo. Cuando habló conmigo, me ordenó que hiciera las maletas y me marchara inmediatamente a la universidad, lejos de ti. Me amenazó con las consecuencias de desobedecerlo.

—No lo entiendo… ¿Con qué te amenazó?

—Con hacer lo que fuera necesario por destrozar mi futuro. Dijo que se encargaría de que yo no pudiera vivir en Verity, y mencionó varias posibilidades a cual más desagradables. Si la situación hubiera sido distinta, lo habría mandado al infierno. Pero yo estaba saliendo contigo, con una Milan, y mi familia no me habría protegido de él.

Madison sacudió la cabeza. Había empezado a llorar, y Jake supo que no estaba fingiendo. Podía ser una ingenua, pero no una cínica.

—Por lo visto, no conozco a mi propio padre —declaró con desesperación—. Pero estás en lo cierto, tu familia no te habría ayudado.

Él se levantó y se acercó a ella.

—No, no me habría ayudado. Algunos de ellos siguen odiando a los Milan. Me habrían considerado un traidor por estar contigo —dijo—. Estábamos solos, Madison; solos contra el mundo, y nos pillaron.

—No sabes cuánto lo siento. Te he odiado tanto y tan injustamente durante estos años. Me sentía abandonada, despreciada…

—Y yo estaba enfadado contigo porque pensé que me habías dejado por el dinero que te ofreció tu padre. Fue tajante al respecto. Dijo que hablaba en tu nombre, que tú no querías saber nada de mí y que, si insistía en ponerme en contacto contigo, se encargaría de que mi familia supiera que yo había estado saliendo con una Milan.

Ella se secó las lágrimas; pero no sirvió de nada, porque siguió llorando.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Si mi padre no me lo hubiera confesado, nunca lo habría creído capaz de ser tan cruel. Me he portado muy mal contigo, Jake. Eres una víctima de las circunstancias, igual que yo. Pero, ¿por qué no me llamaste? ¿Por qué no me lo contaste? —preguntó.

—Te llamé, ¿recuerdas? Y no contestabas al teléfono.

—Ah, sí… También me lo ha dicho. Desvió las llamadas para que no pudiera hablar contigo.

Él sacudió la cabeza.

—Tendría que haberlo imaginado, pero supongo que yo también era un ingenuo. Y, por otra parte, estábamos condenados de antemano. Aunque nos hubiéramos fugado y hubiéramos contraído matrimonio, tu padre es un hombre muy poderoso. Habría encontrado la forma de anular nuestra boda.

—Sí, es posible.

Los dos se miraron otra vez. Jake clavó la vista en sus pechos y, a continuación, en su boca. No sabía lo que sentía por Madison, pero sabía que la deseaba y que quería hacer el amor con ella. Ya no era una adolescente. Se había convertido en una mujer adulta, una mujer capaz de tomar sus propias decisiones.

Dejó la cerveza a un lado y se acercó otra vez a ella. Madison entreabrió la boca y dijo, en un susurro:

—Jake…

Capítulo Siete

Jake le pasó los brazos alrededor del cuerpo e inclinó la cabeza para besarla. Madison se puso de puntillas, pero dijo:

—Perdóname, Jake.

—Ya no importa, Madison. Olvidémoslo. No nos puede hacer más daño, a menos que nosotros lo permitamos.

—Es que he sido tan injusta contigo.

—Olvídalo —insistió él—. Tú no lo sabías y yo no podía luchar contra tu familia y contra la mía al mismo tiempo. Además, nuestro matrimonio habría durado poco. Eras menor de edad y habrían encontrado la forma de separarnos. Pero ahora sabes que yo no te quise hacer daño, que yo no te abandoné.

Madison lo besó apasionadamente, con todo el amor de los años que habían perdido, sin pensar en el mañana, sin preocuparse por otra cosa que no fuera disfrutar de ese momento. Le acarició el rizado cabello y, después, sin romper el contacto de sus bocas, se apartó lo justo para empezar a desabrocharle la camisa y el cinturón.

Jake le bajó la cremallera del vestido y miró sus ojos, que ardían de deseo. Madison se quiso apretar otra vez contra su cuerpo, pero él se lo impidió.

—Espera.

Entonces, le retiró las tiras del vestido y se lo bajó lentamente. Ella respiró hondo, ansiosa por volver a sentir su contacto; pero se refrenó y se quedó inmóvil mientras él le desabrochaba el sostén y se lo quitaba.

—Oh, Jake…

Él le puso las manos en los senos; unas manos duras, de trabajador, que sin embargo le acariciaron los pezones con una delicadeza increíble.

Excitada, Madison volvió a pronunciar su nombre en voz alta. Luego, cerró los ojos y se concentró en sus caricias, entre gemidos de placer. Jake apartó una mano y le bajó las braguitas lo suficiente para que ella las pudiera dejar caer con un simple movimiento.

—Eres preciosa…

Jake se inclinó y le empezó a succionar un pezón. Madison sintió una descarga de placer, cada vez más excitada. No podía recuperar el tiempo perdido, pero podía hacer el amor con él. Ahora era una mujer adulta, una mujer libre, una mujer dispuesta a saciar su deseo y a ahogar sus penas con el hombre del que había estado profundamente enamorada.

Rompió el contacto lo justo para desabrocharle el botón de los vaqueros y bajárselos. Después, se arrodilló, le bajó los calzoncillos y lo empezó a lamer. Lo deseaba tanto que no se podía refrenar. Quería excitarlo tanto

como él la había excitado a ella; pero, sobre todo, le quería dar una noche inolvidable, una noche que recordara siempre, un pequeño pago a cambio de todo lo que había sufrido.

Jake le acarició el cabello y la dejó hacer durante unos segundos. Luego, la puso en pie y la llevó a la cama de su dormitorio, donde su tumbaron y se empezaron a besar y a acariciar de nuevo. Sin embargo, los dos sabían que no podían esperar. Necesitaban ir más lejos, mucho más.

—Ha pasado tanto tiempo —susurró ella.

—Demasiado, Maddie.

Jake se puso encima Madison, que se estremeció al oír el diminutivo que le dedicaba cuando eran jóvenes: «Maddie», siempre le había encantado. Le gustaba tanto que le habría gustado oírlo una y otra vez.

—Quiero hacer el amor contigo, Jake. Pero no estoy protegida.

—No te preocupes por eso.

Él se apartó, alcanzó sus vaqueros y sacó un preservativo que llevaba en el bolsillo. Después, se lo puso rápidamente y volvió a la cama. Madison admiró sus ojos y los mechones de cabello negro que le caían por la frente. Era un hombre atractivo, excitante, sexy, maravilloso; un hombre cuyas caricias le llegaban a lo más hondo de su ser.

—Hagamos el amor —repitió ella.

—Lo haremos, Maddie —declaró él—. ¿Sabes una cosa? Eres la mujer más bella que he visto en mi vida.

Jake la penetró muy despacio, tomándose su tiempo. Madison se aferró a su cuerpo y lo besó con toda su pasión. Él salió entonces de ella, volvió a entrar y repitió el mismo movimiento varias veces, con una lentitud premeditada, aumentando su deseo hasta que ya no pudo pensar ni hacer nada que no fuera gemir de placer.

Momentos más tarde, Jake aumentó el ritmo de las acometidas. Madison se arqueó y soltó un grito al sentir las primeras oleadas de un orgasmo que la dejó tan completamente satisfecha como agotada. Él siguió un poco más, hasta que alcanzó el clímax con un estremecimiento.

Durante los segundos posteriores, se dedicó a acariciarla y a cubrirla de besos. Madison se preguntó si se comportaba así por ella o si era una simple consecuencia del placer que acababa de sentir. Al fin y al cabo, sabía muy poco de él. Habían pasado muchos años. Ya no eran dos adolescentes, sino dos personas adultas que habían perdido el contacto tiempo atrás y que, por si eso fuera poco, se habían odiado.

Le acarició la espalda, cubierta de sudor, y lo miró a los ojos. Jake se puso de lado, la abrazó y dijo, con una sonrisa:

—Ha sido maravilloso.

—Sí que lo ha sido. Es como si hubiera borrado todos estos años… Al menos, en parte —declaró ella.

—Tu padre nos robó demasiado tiempo. Aunque, a decir verdad, no sé qué habría hecho yo si hubiéramos tenido una hija de dieciséis años y se hubiera querido fugar con un adolescente para casarse con él —le confesó en voz baja—.Éramos muy jóvenes, Maddie. Aunque no nos diéramos cuenta.

—Bueno, nunca sabremos lo que podría haber pasado. Quién sabe… Si

nos hubiéramos casado entonces, es posible que te hubiera dado varios hijos y que no me hubiera dedicado a la pintura —dijo.

—Olvídalo. Es agua pasada. No tiene sentido que hagamos conjeturas al respecto.

Madison se sintió extrañamente triste. Le estaba pidiendo que lo olvidara; que olvidara el dolor, la desconfianza y los años de separación, pero también el amor que habían compartido. Ahora eran dos extraños. Habían cambiado mucho. Ya no eran dos adolescentes enamorados, sino un hombre y una mujer que habían hecho el amor porque se gustaban.

Lo abrazó de nuevo y se apretó contra su pecho. No estaba segura de que solo quisiera una relación sexual; pero, de momento, se contentaría con ella.

—Antes eras más hablador que ahora —dijo Madison.

Él sonrió y la miró a los ojos.

—He estado tanto tiempo solo que me he acostumbrado a no expresar lo que siento. Pero también se debe a que mi vida ha cambiado para mejor. Ahora, actúo más y hablo menos —dijo—. Procuro disfrutar del presente y tomarme las cosas según llegan.

Los dos guardaron silencio unos segundos, y Madison se preguntó qué estaría pensando. ¿Había demasiada amargura entre ellos? ¿Demasiada como para recuperar su antigua relación? No lo sabía; pero estaba convencida de que, desde un punto de vista puramente físico, no tendrían ningún problema al respecto. Se llevaban muy bien.

—Supongo que para ti no significará nada, pero quiero que sepas que mi padre me ha pedido disculpas por lo que hizo.

—Me alegro por ti, pero tienes razón, no significa nada.

—De todas formas, me alegra que se sienta culpable.

Jake jugueteó con su pelo durante unos momentos.

—Eres una mujer muy bella.

—Gracias.

Se miraron a los ojos, excitados nuevamente. Madison se había quedado sin respiración. Quería besarlo otra vez; hacerle el amor otra vez, como si no acabaran de hacerlo. Él le puso las manos en la cintura, se tumbó de espaldas y la colocó encima.

Estuvieron así toda la noche. Hacían el amor, se abrazaban, charlaban un poco y empezaban de nuevo. Al amanecer, él la acarició y dijo:

—¿Quieres que llame a los hombres y les diga que se tomen el día libre?

Ella sonrió y le pasó un dedo por la mandíbula.

—No, sigamos con la búsqueda. Esta noche, cuando Jessie Lou se marche, tendremos la casa para nosotros solos. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. Aunque, francamente, preferiría quedarme en la cama contigo y hacer el amor todo el día.

Madison soltó una carcajada. Después, se levantó y se envolvió con la sábana.

—Me voy a duchar en mi habitación.

—¿Eres consciente de que no he estado nunca en tu dormitorio? Nunca me invitaste a entrar —le recordó.

Ella se dio la vuelta para responder, pero la boca se le quedó seca

cuando lo vio en la cama, desnudo, apoyado en unos cojines. Le gustaba tanto que supo que, si se quedaba allí unos segundos más, harían el amor.

Él se sentó y la miró con preocupación.

—¿Estás bien, Maddie? ¿Qué sucede?

Ella se sentó en el borde de la cama y le dio un beso en los labios.

—¿Qué ocurre? —insistió Jake mientras le acariciaba el pelo.

—Que te he vuelto a encontrar. Y no te quiero perder otra vez.

Jake sonrió y la abrazó.

—No me vas a perder; por lo menos, próximamente —dijo en voz baja y sensual—. Pero te sentirás mejor si nos quedamos todo el día en la cama.

Madison sabía que estaba bromeando, pero no supo si bromeaba con intención de disipar sus temores o, simplemente, de seducirla de nuevo.

—De todas formas, me voy a duchar y a preparar el desayuno —anunció—. Y si te portas bien, esta noche podrás ver mi dormitorio.

Madison sonrió, salió de la habitación y subió por las escaleras. Cuanto antes empezaran a trabajar, antes terminarían y antes podría estar en brazos de Jake.

Mientras se vestía, miró por la ventana y vio que Charley se detenía ante la entrada del garaje y echaba un vistazo a su alrededor, con una lata en la mano. Después abrió la puerta y entró. A Madison le pareció tan sospechoso que se terminó de vestir a toda prisa y salió de la casa, intentando no hacer ruido.

Cuando llegó al garaje, vio que estaba vertiendo la gasolina de su camioneta en la lata que llevaba con él.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Charley se dio la vuelta y respiró hondo.

—Tienes agua en el depósito. La gasolina que nos vendieron la última vez tenía agua. La estoy sacando.

Ella frunció el ceño.

—Ahora trabajas para mí, Charley —le recordó.

—Lo sé. Solo estoy cuidando de tus cosas. Cuando termine, pondré gasolina buena en la camioneta y la podrás usar.

Madison lo miró fijamente, intentando refrenar su ira.

—Mi padre te ha pagado para que me causes problemas, ¿verdad?

Charley se ruborizó.

—Vas a tener que elegir, Charley. O me demuestras que me eres leal o tendrás que buscarte otro empleo. Ya no trabajas para mi padre —prosiguió ella—. Tú cortaste ese árbol, ¿no? Lo cortaste para que no pudiéramos pasar.

Él se la quedó mirando sin decir nada.

—No es necesario que respondas. Pero será mejor que vuelvas a llenar el depósito.

Charley suspiró y dijo:

—Tu padre cree que Jake Calhoun te está engañando. Cree que anda detrás de vuestras tierras —afirmó—. Él solo vela por tus intereses.

—¿Para quién trabajas? —insistió ella, implacable—. ¿Para mi padre? ¿O para mí?

Charley tardó unos segundos en contestar.

—Tu padre me dijo que me daría trabajo si yo quería; que necesita un hombre habilidoso que se pueda encargar de sus cosas. Además, me estoy haciendo viejo y no me llevo bien con algunos de los hombres del rancho. Haré las maletas y me marcharé hoy mismo. Prefiero trabajar para él.

—Muy bien. Prepararé un talón por el importe de lo que te debo.

Charley asintió.

—Tu padre siempre dice que solo se preocupa por tu bienestar.

Madison hizo caso omiso del comentario.

—¿Has saboteado algo más, Charley?

Él sacudió la cabeza.

—No, no he hecho nada —contestó—. Pero deberías hacer caso a tu padre. Jake Calhoun no es de fiar.

—Recoge tus pertenencias y márchate.

Madison dio media vuelta y salió del garaje. Se había librado de él sin perder los estribos, pero decidió no comentar el asunto con Jake. Lo conocía lo suficiente como para saber que, si se llegaba a enterar de lo sucedido, Charley lo pasaría mal.

El día fue tan infructuoso como los anteriores. Mientras volvían al rancho, Madison le dijo a Jake:

—He hablado con Wyatt y me ha dicho que viene de visita, en compañía de Tony. ¿Te importa que se queden a cenar?

—Por supuesto que no. Tengo ganas de hablar con Wyatt. Siempre charlamos un poco cuando nos vemos en la ciudad. A Tony no lo conozco tan bien —contestó—. ¿Saben que me alojo en tu rancho?

—Sí, lo saben.

—Tengo entendido que a Tony no le caen bien los Calhoun. De hecho, mi hermana y él se llevan como el perro y el gato.

Madison sonrió.

—Sí, pero no te preocupes por eso. Le he dicho que no quiero peleas en mi casa —declaró—. En cuanto a Wyatt, ya lo conoces, no es de los que pierden el control con facilidad. Además, jugasteis juntos en el equipo de fútbol.

—Es verdad. Y nos llevábamos muy bien.

—Puede que quiera hablar contigo de vuestros partidos de entonces. A fin de cuentas, el equipo ganó dos campeonatos por vosotros. Hacíais una gran pareja.

—Wyatt era un jugador fantástico. No debería haber dejado el fútbol profesional. Tenía mucho talento.

—Sí, pero echaba de menos la vida de ranchero —comentó—. De todas formas, dudo que venga para rememorar vuestros viejos tiempos. Supongo que desconfía de ti y que quiere saber si tramas algo.

—Yo también lo supongo. Tu padre habrá hablado con ellos para asegurarse de que el sheriff Milan me haga unas cuantas preguntas.

—Es posible. Pero si Tony empieza a preguntar, preguntará exclusivamente por lo que a él le interesa. Está demasiado concentrado en su rancho como para preocuparse por un montón de huesos y un tesoro

escondido.

Jake sonrió.

—Te creo. Lo he visto muchas veces en el rodeo. La última vez, montando un toro.

—Su despacho está lleno de trofeos y medallas.

—Pues que se queden a cenar. Tengo ganas de verlos —dijo Jake—. Además, no me importa responder a las preguntas de Wyatt. Es un buen tipo.

—Sí, lo es. Mis hermanos me gustan mucho, casi siempre.

Jake volvió a sonreír.

—A mí me pasa lo mismo con los míos. Lindsay puede ser de lo más rebelde, pero está madurando y se está convirtiendo en una gran ranchera —declaró—. Aunque mi familia se ha desperdigado… Mis padres viven en California, y ya no nos vemos con tanta frecuencia como antes.

—Nosotros tampoco. Y supongo que mis hermanos dirían de mí lo mismo que tú dices de Lindsay. Pero el verdadero rebelde es Tony… A decir verdad, Wyatt es el único que tiene la cabeza sobre los hombros. Siempre ha sido el responsable y sensato de la familia.

—Bueno, alguien lo tiene que ser… —bromeó.

—¿Lo dices por ti? Si no recuerdo mal, tú tienes la misma fama entre los Calhoun.

Justo entonces, Jake detuvo la camioneta en la parte trasera de la casa y vio que los hermanos de Madison estaban sentados en el porche.

—Parece que ya han llegado —dijo—. Si no te importa, los saludaré y me iré a duchar.

—Me parece bien. Ha sido un día largo, agotador y frustrante. Pero se me ocurre una forma de quitarte la frustración —replicó con picardía—. Aunque tendremos que esperar un poco.

—Estoy deseando que llegue ese momento.

—Intentaré ponerme algo especial.

—Prefiero que no te pongas nada.

Ella rio.

—Lo digo muy en serio —continuó Jake.

—Anda, dúchate y vuelve en cuanto puedas. Hablaré con Jessie Lou para informarle de que tenemos invitados para cenar.

Bajaron del vehículo y se dirigieron al porche. Los hermanos de Madison se levantaron al verlos. Wyatt, que llevaba la placa de sheriff en la camisa, se acercó a Jake y le estrechó la mano con una sonrisa en los labios.

—Me alegro de verte, Jake. Últimamente no pasas muy a menudo por la ciudad.

—Yo también me alegro de verte, Wyatt.

Jake saludó entonces a Tony, y Madison dijo:

—Poneos cómodos y tomaos una cerveza. Nos tenemos que adecentar un poco. Ha sido un día duro.

—Supongo que aún no habéis encontrado el tesoro —intervino Tony.

—No, no hemos encontrado nada —dijo Madison.

—Os enseñaré el mapa antiguo —declaró Jake—. Los dos conocéis muy bien estas tierras; probablemente, tan bien como Madison.

—O mejor —dijo ella—. Pero no hace falta que busques el mapa: hice copias y las dejé en la biblioteca.

—Yo llevo una encima. —Jake sacó su copia del bolsillo y se la dio a Wyatt—. Echadle un vistazo y decidme lo que os parece.

—Primero, nos tomaremos una cerveza y, luego, le echaremos ese vistazo. Tony y yo dedicamos media infancia a la búsqueda del maldito tesoro.

—¿Has tenido ese mapa todos estos años? —preguntó Tony.

—Lo tenían mi abuelo y mi padre. Ha pasado de generación en generación. Supongo que Madison ya os habrá contado toda la historia. Personalmente, el tesoro no me interesa mucho. Quiero recuperar los huesos de mis antepasados y localizar una escritura que, según parece, nos daría derechos sobre la propiedad de los McCracken.

—Si esa escritura existe, sería mucho más valiosa que un montón de monedas viejas —observó Tony.

Jake asintió.

—Desde luego. Pero, de momento, me voy a duchar. Ya hablaremos del mapa.

—De acuerdo. Os esperaremos en la biblioteca —dijo Wyatt.

Madison y Jake entraron en la casa. Jake se duchó y se vistió rápidamente, pero ella se tomó su tiempo. Sabía que los tres hombres habrían empezado a cotejar el mapa con las fotografías aéreas, y sonrió al imaginarlos enzarzados en plena discusión a los tres.

Pero sus pensamientos no estaban precisamente en el mapa de Jake, sino en el propio Jake y en la noche que tenían por delante. Lo deseaba con toda su alma. Y ya no se resistía a ese deseo.

Tal como Madison sospechaba, los tres hombres se pusieron a estudiar el mapa en cuanto Jake entró en la biblioteca. Y no perdieron el tiempo con conversaciones intrascendentes.

—Tony y yo lo hemos comprobado y hemos encontrado un sitio que deberíais investigar —dijo Wyatt—. ¿Ves esta formación rocosa?

Jake miró el punto que señalaba.

—Sí. Ya lo habíamos visto, pero ni Madison ni yo estábamos seguros de que fueran rocas. Pensamos que intentaron dibujar otra cosa… quizás, una vacada.

—Lo dudo mucho. Recuerdo que, cuando yo tenía diez años, construimos unos barracones para que los empleados pudieran descansar si pasaban la noche lejos del rancho. Había una formación rocosa extraña, con forma de muñeco de nieve. Como yo era un niño, hablé con mi padre y le pedí que no la tiraran, pero mi padre dijo que se caería de todas formas y retiraron las piedras. Creo que podría encontrar el lugar.

—En ese caso, ¿por qué no vienes con nosotros? —preguntó Jake—. Y tú también, Tony, si quieres.

—Esta semana no os puedo acompañar —respondió Wyatt—. Tengo que ir a Lubbock por un caso que afecta a varios condados.

—Yo tampoco puedo —dijo Tony—. Pero mirad aquí. Esta parte del

mapa coincide con una de las fotografías aéreas que hemos visto.

Jake miró lo que Tony había señalado y asintió. En ese momento, se oyó la voz de Madison.

—Parece que habéis encontrado más sitios que nosotros.

Jake se giró y, automáticamente, se olvidó del mapa y de la búsqueda del tesoro. Todo su ser estaba concentrado en el cuerpo de Madison. Habría dado cualquier cosa por arrancarle la ropa y volver a sentir el contacto de sus senos y de sus largas piernas.

Tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en las palabras de Tony y de su hermano, que se inclinaron sobre el mapa y siguieron hablando. En ese momento, solo quería que se marcharan y que lo dejaran a solas con ella.

—¿Qué te parece a ti, Jake? —preguntó Madison.

Jake parpadeó.

—Que tus hermanos tienen ideas bastante prometedoras. Hace un rato, me han comentado que el río no tenía el curso actual cuando se hizo el mapa —contestó—. Por lo visto, bajaba mucho más al oeste.

Jake se inclinó sobre las fotografías aéreas y señaló los puntos donde Madison y él habían estado buscando.

—Parece ser que esas zonas ni siquiera estaban cerca del Rocky —continuó—. Yo diría que la línea que aparece en el mapa era de un arroyo o algo parecido.

—Si era de un arroyo, se secó hace tiempo —observó Wyatt.

Tony se mostró de acuerdo con su hermano. Jake los miró y dijo:

—Mañana buscaremos lejos del Rocky. Veremos si encontramos algo.

Madison se apartó de los tres hombres.

—Mientras vosotros habláis de las distintas posibilidades, yo voy a ver si Jessie Lou necesita ayuda con la cena.

—Buena idea —dijo Tony, dándose un golpecito en el estómago.

Su hermana sonrió.

—Sigues teniendo el apetito de un adolescente, Tony. En fin, os avisaré cuando la comida esté preparada.

Después de cenar, Madison y los tres hombres dieron las gracias a la cocinera y regresaron a la biblioteca, mientras Jessie Lou lavaba los platos.

—Fijaos en esos círculos —dijo Wyatt al cabo de unos minutos—. Antes no les he dado importancia, he pensado que serían manchas de tinta o algo así. Pero ahora creo que podrían significar algo.

Madison se inclinó sobre la mesa para verlos mejor. Jake clavó la mirada en su trasero y deseó tocarlo, pero se contuvo y dijo:

—Tienes razón. Deberíamos echar un vistazo en esa zona.

—Personalmente, creo que el tesoro no es más que un mito —intervino Tony—. Me sorprendería que encontrarais algo.

—Puede que tengas razón, pero siempre lo quise buscar, y por fin tengo tiempo libre para buscarlo —declaró Jake, que sonrió a Madison.

—Sea como sea, avisadnos si encontráis algo —dijo Wyatt.

Los dos hermanos salieron de la biblioteca y se dirigieron a la puerta

principal, acompañados por Madison y Jake, que les estrechó la mano.

—Gracias por haber permitido que un Calhoun cave en vuestras tierras.

—Si nos das el tesoro y los restos de nuestros antepasados, yo no tengo nada que objetar —afirmó Wyatt, mirándolo con detenimiento.

—Por supuesto. A mí solo me interesa la escritura. Además, el rancho de los McCraken es muy grande, dudo que les importe perder un pedazo.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo Wyatt.

—Yo también me voy —anunció Tony—. Esta noche he quedado.

Jake esperó a que Wyatt y Tony desaparecieran en la distancia. Ardía en deseos de besar a Madison, pero no quería que sus hermanos los vieran.

En cuanto cerraron la puerta, la miró y dijo:

—Ven aquí, Madison.

Ella se acercó y él la tomó entre sus brazos.

Capítulo Ocho

Madison respiró hondo. Por fin estaba donde quería, apretada contra el cuerpo de Jake, a punto de volver a sentir sus besos. No le preocupaba el carácter de su relación. No se preguntaba si podía tener algún futuro. De momento, solo existía el presente.

—Quiero olvidar lo que pasó —dijo, mirándolo a los ojos—. Quiero que nuestras caricias destruyan los malos recuerdos, todo el daño que nos hicimos y todo el daño que nos hicieron.

Él asintió.

—Yo también lo quiero. Pero es una situación extraña, ¿verdad? En algunos sentidos, es como si nos acabáramos de conocer; en otros, como si nos conociéramos de toda la vida.

Antes de que Madison pudiera hablar, él inclinó la cabeza y la besó apasionadamente. Sin embargo, no perdieron el tiempo. Momentos después, estaban desnudos en la cama, haciendo el amor. Y lo hicieron toda la noche, hasta quedarse dormidos.

Poco antes del alba, Madison abrió los ojos y se descubrió con la cabeza apoyada en el pecho de Jake y una pierna sobre las suyas. Jake, que ya se había despertado, le dedicó una sonrisa y le acarició el cabello.

—Eres preciosa, Maddie.

—Gracias —dijo, devolviéndole la sonrisa—. ¿Sabes que eres la única persona que me llama Maddie?

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Y me gusta mucho.

Jake la volvió a acariciar.

—Tenías razón. Cada vez que hacemos el amor, el pasado me importa menos —le confesó él—. Es como si te estuviera redescubriendo otra vez. A fin de cuentas, ya no somos los mismos. Pero nunca podremos cambiar lo que ocurrió.

—Lo sé. No podemos volver atrás.

—Pero podemos empezar de nuevo y ver lo que pasa.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos. Madison ni siquiera estaba segura de lo que sentía. En algunos aspectos, era como si se estuviera acostando con un desconocido. Sus vidas habían tomado caminos distintos y, por supuesto, ya no eran los dos adolescentes que se habían enamorado años atrás.

Se incorporó, se sentó en la cama y dijo:

—He tomado una decisión. Estoy dispuesta a escuchar tu oferta sobre la posibilidad de hacer prospecciones en mi rancho.

Él entrecerró los ojos.

—Bueno, hablaré con mis empleados para que te pidan una cita y hablen contigo —dijo—. Gracias por haber cambiado de opinión.

—Es lo más lógico, ¿no crees? Ya no tengo motivos para desconfiar de ti.

Jake la abrazó con cariño, y estuvieron así durante unos momentos, hasta que ella se apartó y se levantó de la cama.

—Hoy es domingo y tengo cosas que hacer —dijo ella—. Además, Stoney y Darren tienen el día libre… Pero tú y tus hombres podéis seguir con la búsqueda.

—Mis hombres se encuentran en el mismo caso que los tuyos. Si te parece bien, lo dejaremos para mañana.

—Como quieras.

Ella sonrió y se dirigió a la puerta de la habitación, consciente de que Jake estaba admirando su cuerpo desnudo. Al llegar a su dormitorio, se duchó y se empezó a vestir; pero sin dejar de pensar en su amante. No deseaba otra cosa que volver con él, asaltar su boca y hacer otra vez el amor.

Jake se duchó, se afeitó y se vistió sin dejar de pensar en Madison y en lo que le había dicho sobre las prospecciones. En cuanto pudo, envió un mensaje a Lindsay y a sus hermanos para hacerles saber que ella había cambiado de opinión y para informarles de que había hablado con Pete Milan y de que el juez le había dicho la verdad.

Lindsay lo felicitó al cabo de unos segundos, al igual que Josh; sin embargo, Mike se limitó a recomendarle que firmara un acuerdo con Madison de inmediato.

Jake echó un vistazo por la ventana. En otras circunstancias, solo habría visto una larga extensión de tierras fértiles; pero las cosas habían cambiado tanto que creyó ver los ojos de Madison, tan verdes como el paisaje.

¿Qué sentía por ella?

No encontró la respuesta. Pero sabía que la deseaba, que no se cansaba de ella y que el apetito sexual de Madison era tan grande como el suyo. Excitado, se peinó rápidamente y salió en su búsqueda.

El lunes terminó como los días anteriores, sin encontrar rastro alguno del tesoro. Jessie Lou tenía la noche libre, así que Jake decidió hacer una parrillada.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó Madison.

—Una cerveza, pero ya la alcanzó yo —Jake abrió la nevera y sacó la carne—. ¿Te sirvo una copa de vino?

—Sí, gracias.

Momentos después, salieron al patio. Mientras esperaban a que la parrilla se calentara, se sentaron a beber.

—¿Es buen momento para hablar de las prospecciones? —se interesó Jake.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿No tendrías que hacer estudios geológicos o algo así?

—No hace falta —contestó—. Estamos más familiarizados con esta zona de lo que puedas imaginar. Nuestros geólogos la han estado estudiando durante tres años… Y no me refiero solamente a tus tierras.

—Vaya, no sabía nada.

Él la miró de arriba abajo y sonrió.

—Pensándolo bien, creo que podemos dejar ese asunto para otro momento. ¿Sabes lo que me apetece? Salir contigo una de estas noches. Cuando no estemos cansados de tanto cavar, claro.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Por mí, cuando quieras. Al fin y al cabo, ya se ha extendido el rumor de que estamos juntos —afirmó—. ¿Tus padres se han enterado?

—Todavía no, pero que lo sabrán mañana, por Lindsay.

—Ah, Lindsay, sospecho que no está precisamente contenta. Nunca le gustó mi familia —dijo—, y me temo que mi hermano Tony ha conseguido que le gustemos menos.

—Sí, me temo que sí. Pero eso carece de importancia. Si yo me llevo bien contigo, ella también se llevará bien.

Él la tomó de la mano y se la besó. Madison sintió un escalofrío de placer y, automáticamente, deseó que la besara. Pero la parrilla se había calentado y los dos estaban hambrientos, así que se levantó y dijo:

—Tenemos que comer algo, Jake.

Jake sonrió y la siguió.

Al cabo de unos minutos, se sentaron a la mesa y empezaron a comer. La carne estaba deliciosa, pero a Madison le desapareció el apetito tras unos cuantos bocados. Jake le gustaba tanto que se había empezado a hacer preguntas.

—Supongo que volverás pronto a Dallas, ¿no? —se interesó—. Por lo que tengo entendido, no pasas mucho tiempo en tu rancho.

—Me gustaría pasar más tiempo, pero estoy demasiado ocupado —le confesó él—. Sin embargo, no tengo intención de volver a Dallas hasta dentro de diez o doce días. ¿Y tú? ¿Te irás pronto a Nuevo México?

—Me iré después de Navidad y volveré en primavera, aunque solo me quedaré un mes.

—¿Hay alguna posibilidad de que pases una temporada en Dallas?

Madison sonrió.

—Tal vez. Pero, ¿por qué lo dices?

—Porque quiero que nos sigamos viendo cuando terminemos de buscar el tesoro.

—Yo también lo quiero.

Los dos se miraron durante unos segundos, sin decir nada.

—Parece que hemos perdido el apetito… —declaró Jake.

—Sí, eso parece.

—Me prometiste que me enseñarías tu dormitorio, pero aún no me lo has enseñado.

—Bueno, eso tiene fácil arreglo.

Los dos se pusieron de pie. Jake se acercó a Madison y le pasó un brazo

alrededor del cuerpo.

—Tengo muchas ganas de ver tu habitación. Quiero imaginarte en ella cuando esté en Dallas y te llame por teléfono.

—¿Es que me vas a llamar?

—Por supuesto que sí —contestó—. Me gustaría saber hasta dónde podemos llegar, aunque ya no seamos los mismos que fuimos.

—En algunos sentidos, es como si nos acabáramos de conocer.

Él asintió.

—Sí, es cierto. Pero ¿sabes una cosa? Me encanta que sea así.

Jake clavó la mirada en los labios de Madison y, antes de besarla, añadió:

—Será mejor que retrasemos la visita a tu dormitorio, más que nada, porque el mío está más cerca.

Una hora después, todavía no habían salido de la cama de Jake. Habían hecho el amor y estaban abrazados.

—Me extraña que no me hayas enseñado tus cuadros —dijo él mientras le acariciaba el pelo—. Estoy seguro de que tendrás un estudio en alguna parte de la casa. De hecho, ni siquiera me has enseñado toda la casa.

—Es cierto, pero es culpa tuya —replicó con una sonrisa—. Casi no salimos de tu dormitorio.

—Pues quiero ver tu habitación y tu estudio.

—Entonces, te propongo que nos vistamos y que mantengas las manos lejos de mí. Yo intentaré hacer lo mismo.

—¿Mantener las manos lejos de ti? —bromeó.

—Me has entendido de sobra —protestó—. En fin, subiré a ducharme. Ven cuando estés preparado.

—¿Y por qué no nos duchamos aquí, juntos?

—Porque no saldríamos de tu dormitorio en toda la noche. Te espero arriba.

Madison se duchó y se puso unos pantalones cortos y una camiseta rosa. Se estaba cepillando el pelo cuando Jake llamó a la puerta. Se había puesto unos pantalones, pero no llevaba nada de cintura para arriba; y, en cuanto la vio, la quiso besar.

—Ah, no, nada de eso. Los besos tendrán que esperar —dijo Madison—. Has dicho que te enseñe la casa y te la enseñaré. En el ala este hay tres dormitorios y una habitación pequeña. Aquí, en el centro del edificio…

Madison se quedó sin habla. Jake se había apoyado en una pared y estaba observando sus piernas con una mirada tan cargada de deseo que la excitó.

—No estás prestando atención —siguió hablando.

—Al contrario. Te estoy prestando toda mi atención. Tienes las piernas más largas y más bonitas de Texas.

—¿Quieres que te enseñe la casa? ¿O no?

—Está bien.

—Como iba diciendo, en el centro del edificio hay dos habitaciones grandes. Una es la mía y otra, la que usaban mis padres cuando vivían

aquí —declaró—. Al oeste hay cuatro habitaciones más, son las que ocupábamos mis hermanos y yo cuando éramos pequeños. Pero ellos ya no pasan por aquí. Tienen sus propios ranchos, aunque Nick no suele pisar el suyo; prefiere vivir en Dallas y en Austin.

—Entonces, ¿todo esto es tuyo?

—Sí, mi padre me lo cedió hace tres años. Fue muy generoso.

—Puede que fuera tan generoso porque se sentía culpable por lo que te había hecho.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo creo.

Jake decidió no insistir con el tema. Madison lo tomó de la mano y lo llevó por un pasillo, hasta una habitación que estaba llena de lienzos, tubos de pintura y cuadros terminados.

—Este es mi estudio —anunció ella.

Jake se acercó a los cuadros y los miró.

—Tienes mucho talento —dijo—. Estoy impresionado.

—Gracias —declaró ella, sonriendo—. Y ahora, volvamos a mi habitación.

Madison no se detuvo a enseñarle sus habitaciones; cruzaron el salón, decorado en tonos rojos, blancos y verdes, y entraron en un dormitorio con la misma estética y una enorme cama de caoba, con dosel. Ella se giró entonces para decir algo, pero no llegó a pronunciar ninguna palabra. Jake se le acercó, la tomó entre sus brazos y la besó.

Hicieron el amor durante buena parte de la noche y, una vez más, Madison tuvo dudas. ¿Era posible que se enamorara otra vez de él? No estaba segura. Solo sabía que tenía miedo de dejarse llevar; sobre todo porque los sentimientos de Jake eran un enigma para ella. Pero le pasó una mano por el pecho y olvidó el asunto.

Madison no se sumó a la búsqueda hasta el martes siguiente. Siguiendo las instrucciones de sus hermanos, abandonaron la zona donde habían estado cavando y se pusieron a trabajar en el cauce de un antiguo arroyo, que ahora estaba seco.

Cuando llegó la hora de comer, volvieron al lugar donde habían dejado los vehículos. Ella se sentó con Jake y lo miró. Tenía el pelo revuelto, no se había afeitado y llevaba la camisa por fuera, desabrochada; pero le pareció el hombre más sexy del mundo.

—Esta noche tendré que ir a mi casa, a buscar otras botas. Si me acompañas, cenaremos allí —dijo él—. Nunca has estado en mi casa.

—Como quieras. ¿Volveremos después a la mía? ¿O nos quedaremos allí?

Él la miró con intensidad.

—Quedémonos en mi rancho.

—Trato hecho. Pero necesitaré ropa limpia —alegó ella—. Si no te importa, tendría que pasar antes por casa.

Jake asintió.

—Serás la primera mujer que visite mi rancho, ¿sabes?

—¿En serio? Me sorprende que no hayas llevado a nadie. De hecho, me resulta extraño que no mantengas ninguna relación.

—Es que he estado demasiado ocupado. Además, te confieso que lo que pasó entre nosotros me hizo huir de las relaciones románticas.

—Al menos no te casaste por venganza, como yo.

—Ah, sí, siempre me he preguntado si estabas enamorada de él.

—No, no lo estaba. Cometí un error imperdonable. Pero mi matrimonio con Will duró muy poco —dijo—. Me di cuenta de que estaba siendo muy injusta con él.

—¿Tu padre sabe que te casaste por vengarte de mí?

—Sí, se lo conté cuando nos vimos. Pero, como tú mismo dices, es agua pasada. Es mejor que lo olvidemos.

—Tienes razón.

Jake alcanzó la botella de agua, echó un trago y se la dio.

—Esta tarde va a hacer mucho calor —comentó ella.

—Nos podríamos dar un chapuzón en la piscina de mi casa.

Madison le dedicó una sonrisa.

—Me parece bien.

—Aunque supongo que se te ocurrirán ideas mejores que nadar en mi piscina —declaró él con picardía.

—¿Es que a ti no se te ocurre ninguna?

Esta vez fue él quien sonrió.

—Se me ocurren muchas. Y si pudiéramos, las pondría en práctica ahora mismo.

—Pero no estamos solos, así que será mejor que lo olvides —le advirtió—. Cómete tu sándwich y volvamos al trabajo. Ya tendremos ocasión de estar juntos esta noche.

—No sé si me podré concentrar en el trabajo, la verdad. Sospecho que mis pensamientos estarán en otra parte…

—Pues haz un esfuerzo —dijo ella, mirándolo con ironía—. Para cavar hoyos, no hay que concentrarse mucho.

Jake no esperaba que su relación con Madison se complicara tanto; pero, cuanto más tiempo pasaba con ella, más le gustaba. No estaba seguro de lo que sentía. Solo sabía que el final de su aventura se estaba acercando y que no quería que terminara.

Además, no le quería hacer daño. Había trazado aquel plan para encontrar la escritura y quedarse con parte de las tierras de los Milan, en venganza por lo que había sucedido años atrás. Sin embargo, esas tierras pertenecían ahora a Madison, y ya no tenía intención de quedarse con ellas. Por suerte, empezaba a estar seguro de que la leyenda del antiguo tesoro no era más que eso, una leyenda. Hasta el momento, no habían encontrado nada que indicara otra cosa.

Al día siguiente, volvieron a buscar cerca del Rocky. Madison se había sentado a dibujar a la sombra de unos árboles cuando él dijo:

—Mañana es nuestro último día de trabajo. Les pagaré un extra a los chicos por habernos ayudado esta semana. Obviamente, me refiero a los

tuyos y a los míos.

—No es necesario. Yo pagaré a mis hombres.

Él sacudió la cabeza.

—No, la idea de buscar ese tesoro fue mía. Hemos perdido el tiempo por mi culpa. Permíteme que pague yo.

Ella se encogió de hombros.

—Está bien, si te empeñas.

Jake la miró de arriba abajo. Llevaba botas, vaqueros, una camisa de manga larga y un sombrero texano que había visto tiempos mejores; pero estaba preciosa.

—Te propongo que dejemos el trabajo a las cuatro. Nos ducharemos, nos cambiaremos de ropa y, a continuación, te llevaré a cenar y a bailar a Dallas. Tengo una casa en la ciudad, así que nos podemos quedar a dormir —declaró él—. Creo que nos hemos ganado una noche de diversión, ¿no te parece?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Trato hecho.

—¿Crees que podrías estar preparada a las seis?

—Sí, por supuesto.

—¿Y a las cinco y media?

—También —Madison rio.

—Entonces, pasaré a buscarte a las cinco y media.

—Y yo te estaré esperando. Hace mucho tiempo que no voy a cenar y a bailar con un hombre tan atractivo como tú.

—Seguro que no has salido con un hombre tan atractivo desde que tenías dieciséis años —bromeó él.

Ella volvió a reír.

—Bueno, no sé si ha pasado tanto tiempo, pero te prometo que no he salido con ninguno tan guapo en los últimos meses.

—Eso no es lo que quería oír —protestó él con una sonrisa.

—Puede que no, pero no te quejes. A fin de cuentas, te he concedido una cita.

—Y estoy deseando que llegue…

Si hubiera sido por él, habrían dejado el trabajo en ese mismo momento y se habrían ido. Pero habían acordado que lo dejarían a las cuatro de la tarde, de modo que alcanzó la pala y se puso manos a la obra.

Acababa de hundir la pala en el suelo cuando la hoja de metal chocó con algo duro.

Capítulo Nueve

Madison oyó el sonido metálico de la pala y se levantó de un salto. Luego, se acercó a Jake, lo miró a los ojos y dijo:

—Cruza los dedos.

Jake se giró y llamó a los dos hombres que estaban más cerca.

—¡Stoney! ¡Russ! ¿Podéis venir un momento?

Los dos empleados llegaron enseguida.

—He encontrado algo —les informó—. Echadme una mano, por favor. Así terminaremos antes.

Tras unas cuantas paletadas, encontraron un gran cofre de metal, de color negro. Tenía asas en cada lado y una más pequeña en el centro de la tapa. Jake se inclinó, apartó la tierra y, con ayuda de Stoney y Russ, intentó sacarlo del hoyo. Pero pesaba demasiado, así que tuvieron que llamar al resto de los hombres.

Cuando por fin lo consiguieron, Jake se dio cuenta de que estaba cerrado.

—Maldita sea. No lo podemos abrir sin la llave.

Uno de los hombres le dio una piedra grande. Jake golpeó la cerradura varias veces, hasta que cedió. Luego, levantó la tapa y miró el interior del cofre.

Estaba lleno de monedas de oro.

—¡Lo has encontrado! —exclamó Madison.

—Así que la leyenda era cierta… —acertó a decir entre las risas y aplausos de los hombres.

Jake alcanzó una moneda y la observó con detenimiento.

—Es una moneda de cinco dólares, de 1849 —les informó—. Increíble.

—Dijiste que el tesoro sería mío, ¿verdad? —dijo Madison.

—Sí, claro.

—Entonces, regalo diez monedas de oro a cada uno de los presentes —anunció.

Los hombres la vitorearon y le dieron las gracias.

—Y además, tendréis una paga extra —les recordó Jake.

Madison tomó un puñado de monedas y dijo:

—Me encargaré de que las estudien y calculen el valor que tienen.

—Buena idea. No sé nada de monedas antiguas, pero están en buen estado y sospecho que valdrán una fortuna —declaró Jake—. Aún no salgo de mi asombro, empezaba a creer que la leyenda no era cierta. Y si el tesoro está aquí, los restos de nuestros antepasados no deberían andar muy lejos.

Jake pidió a los hombres que siguieran cavando y, a continuación, se

giró hacia Madison.

—Voy a buscar la camioneta, para cargar el cofre.

—Jake, quiero que te quedes con la mitad del tesoro —dijo ella de repente—. No sabemos a quién pertenecía, pero imagino que a los miembros de tu familia les gustaría tener algunas monedas, aunque solo sea por su valor histórico. Son parte de su pasado y del pasado del propio Estado de Texas.

—Creo que deberías reconsiderar tu generosa oferta. Tus hermanos no estarían muy contentos si supieran que me has dado la mitad del tesoro. Me llevo bien con Tony, pero eso no significa que los Calhoun le gustemos.

—Sí, es cierto. Le disgustáis tanto como a Lindsay los Milan.

—Por no mencionar a tus padres y a los míos, que no se pueden ni ver —observó Jake.

—Bueno, eso es problema suyo, no nuestro.

—Está bien, acepto el ofrecimiento. Pero si necesitas hablar antes con tu familia…

—No será necesario. Entrarán en razón —le aseguró—. Ahora solo falta que encontremos los restos y la escritura.

—Sí, claro. En fin, voy a buscar la camioneta.

Media hora después, Darren llamó a Jake a gritos y le informó de que habían encontrado unos huesos. Madison lo oyó y se acercó corriendo, preocupada ante la posibilidad de que los sacaran de cualquier manera; pero Jake les había dicho que no debían tocar nada hasta que el forense lo examinara y les diera instrucciones, y habían respetado sus deseos.

—No hay forma de saber si son restos humanos o de animales —dijo Jake—. Pero, si son los restos de nuestros antepasados, merecen un entierro decente.

Ella se limitó a asentir.

—Tendremos que esperar a la confirmación oficial —continuó Jake, que se giró hacia Darren—. Seguid cavando con cuidado, a ver si encontráis más huesos.

Madison y Jake se alejaron de la cuadrilla. Mientras caminaban, ella se preguntó qué iba a pasar entonces. Habían encontrado lo que estaban buscando, pero no quería que su relación terminara. Especialmente porque, poco a poco, casi sin darse cuenta, se había enamorado de él.

Aquella noche, mientras se dirigían al rancho de Jake, le puso una mano en el brazo y le dijo:

—Se está haciendo tarde. ¿Por qué no nos quedamos aquí, en lugar de ir a Dallas?

—¿Lo dices en serio? Bueno, te había prometido una noche de diversión, pero si prefieres quedarte…

—Sí, ha sido un día largo y estoy cansada. Además, me gustaría abrir el cofre y echar un vistazo a esas monedas.

—En ese caso, nos quedaremos. Y aprovecharé la ocasión para hacer contigo lo que he estado pensando todo el día… —dijo con humor.

Ella sonrió.

—Oh, vamos, solo has pensado en el tesoro.

—No tanto como en hacer el amor contigo —afirmó él—. Aunque

supongo que tendremos que informar a nuestras familias en algún momento. Es un descubrimiento importante. Y aún tenemos que identificar los huesos… Puede que sean humanos, pero eso no quiere decir que sean de antepasados nuestros.

—No, supongo que no.

—Mañana llamaré al forense y me encargaré de que hagan las pruebas oportunas.

Madison suspiró.

—Estoy pensando que, si aviso a mi familia demasiado pronto, Wyatt querrá ver las monedas de inmediato.

—Y si yo aviso a los míos, los tendremos aquí en cuestión de minutos —comentó Jake—. Será mejor que los llamemos a última hora de la noche, así no tendrán ocasión de presentarse.

Madison se giró hacia la ventanilla y contempló el paisaje de matas y cactus, con algunos álamos y acacias solitarios. Luego, admiró el perfil de Jake y sonrió para sus adentros. Estaba contenta porque estaba con él y porque iban a pasar otra noche juntos, sin que nadie los molestara.

Al llegar al rancho, Jake aparcó en la parte de atrás y le dio las llaves de la casa.

—Adelántate y abre tú. Yo sacaré el oro y lo llevaré.

—¿Estás seguro de que no quieres que te ayude?

—No hace falta.

Madison abrió la puerta y esperó a que Jake apareciera con el cofre. Luego, entró en el edificio y echó un vistazo a su alrededor mientras él dejaba el tesoro en el suelo. Era una casa típicamente texana, mucho menos elegante que la de sus padres; pero de aspecto agradable y cómodo.

—Te diría que nos ducháramos juntos, pero estoy demasiado sucio —declaró él—. Sígueme; te llevaré a una de las habitaciones de invitados y te enseñaré el cuarto de baño. Ah, y no te preocupes por la ropa. Aquí estamos solos. Si te apetece, puedes ir de aquí para allá con una simple toalla.

Ella sonrió y se puso de puntillas para darle un beso.

—¡Cuidado! Ya te he dicho que estoy sucio…

—No me importa, Jake.

Madison lo besó y le desabrochó el cinturón de los pantalones. Momentos después, estaban completamente desnudos. Jake se apartó de ella lo justo para ponerse un preservativo y, sin más preámbulos, le puso las manos en la parte baja de la espalda y la levantó.

Madison cerró las piernas alrededor de su cintura, rodeándolo. Jake la penetró y se empezó a mover con rapidez.

Al llegar al clímax, ella soltó un grito de placer.

—¡Oh, Jake! Te amo tanto.

Jake alcanzó el orgasmo enseguida y la abrazó mientras ella le cubría la cara de besos. La abrazaba con fuerza, como si tuviera miedo de que desapareciera; como pensando que, si la soltaba, perdería algo para siempre.

—La próxima vez será mejor —dijo él—. Me encargaré de que dure más tiempo.

—Ha sido perfecto, Jake.

Él la soltó y la tomó de la mano.

—Ven, te enseñaré el cuarto de baño.

Jake la llevó por un pasillo, hasta una habitación grande, de suelos de madera, con una cama enorme. También había una mesa, una pantalla de televisión, un espejo de cuerpo entero y una mecedora.

—La ducha está ahí mismo. Yo estaré al otro lado del corredor.

Madison asintió y él la dejó a solas.

Se duchó, se secó el pelo y salió del servicio con intención de ponerse la ropa que llevaba antes. Pero, cuando abrió la puerta, descubrió que Jake le había llevado la bolsa con las cosas que había recogido en su rancho.

Sonrió y se puso unos pantalones cortos, una camiseta roja sin mangas y unas zapatillas. Esperaba que Jake estuviera en la habitación del otro lado del pasillo, pero no lo encontró allí, sino en la cocina; era una sala grande, de techos altos y mucho más moderna que la cocina del rancho de los Milan.

Al verla, se acercó y le puso las manos en la cintura.

—Estás tan sexy que corres el peligro de que te lleve a la cama ahora mismo.

—Bueno, dudo que me resistiera —dijo Madison.

Ella lo besó con pasión, como si no acabaran de hacer el amor. Jake se dejó llevar y, al cabo de unos momentos, la soltó.

—Estoy fascinado con esas monedas —le confesó.

—No me extraña.

—¿Quieres que las contemos?

Él lo preguntó con tanto entusiasmo que ella asintió.

—Por supuesto.

Jake la acompañó al salón de la casa, adonde había llevado el tesoro mientras ella se duchaba. Después, se sentaron en el suelo y empezaron a contar, formando montoncitos de monedas. Al sacar un puñado, Madison se dio cuenta de que, en el fondo del cofre, había una pequeña caja metálica.

—Mira, aquí hay algo más.

Ella abrió la cajita. En su interior, había un papel doblado.

—Dame eso, Maddie —dijo él.

Madison no le hizo caso. Desdobló el papel y se dispuso a leerlo.

Capítulo Diez

—Maddie…

Jake intentó quitárselo, pero Madison se apartó y empezó a leer en voz alta.

—«Por la presente, declaro que, tras haber perdido una partida de cartas en buena lid, pago con este oro la mitad de la deuda que he contraído con Reuben Calhoun. En cuanto a la otra mitad, le traspaso la propiedad de cinco hectáreas de mi rancho adyacentes al suyo, a lo largo de las lindes este y norte. Firmado: Mortimer Milan».

—Maddie, yo…

Madison lo miró con asombro.

—Esto es lo que buscabas —dijo—. Por eso me ofreciste el tesoro.

Jake guardó silencio.

—Sé sincero conmigo —insistió ella, con el corazón en un puño—. Sabías que no eran las tierras de los McCracken, sino las mías.

Él asintió.

—Sí, lo sabía. Pero ya no las quiero.

Madison cerró los ojos un momento.

—No te creo, Jake. Lo has sabido desde el principio. Me querías quitar una parte de mi propiedad para hacer esas prospecciones que tanto te interesan.

—Es cierto —admitió—. Te la quería quitar porque estaba enfadado contigo, pero ahora…

Ella se levantó y lo interrumpió.

—Quédate esas tierras, Jake —dijo con tristeza—. Has conseguido lo que buscabas. Me has dejado en ridículo y te has vengado de mí.

Jake la siguió y le puso las manos en los hombros.

—Escúchame, por favor… Ya no quiero esas tierras —repitió—. No te haría daño por nada del mundo.

—¿Y pretendes que te crea?

En lugar de insistir, Jake le arrebató el papel que habían encontrado en la caja.

—¡Jake! ¿Qué demonios vas a hacer?

—Este es el único documento que demuestra que esas tierras pertenecen a mi familia, ¿verdad?

—Sí, pero…

Jake rompió el papel en tres pedazos y dijo:

—¿Lo ves? Jamás haré nada que te haga daño.

—¿Te has vuelto loco? Tu familia esperaba que encontraras esa escritura. ¿Qué van a decir ahora?

Jake la tomó de la mano y la llevó a la cocina. Después, sacó una caja de cerillas, puso los pedazos del papel en el fondo de la pila y los prendió fuego. Ella no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando las llamas, asombrada.

—Ya no hay pruebas de que esas tierras pertenezcan a los Calhoun —anunció él.

Ella se giró y lo miró a los ojos.

—¿Por qué has hecho eso? Era lo que querías…

Jake tardó unos segundos en responder.

—Lo he quemado porque te quiero, Maddie; porque me he dado cuenta de que estoy enamorado de ti.

Madison se quedó boquiabierta.

—Te prometo que nadie te quitará esas tierras —siguió hablando—. En primer lugar, porque acabo de quemar la única escritura que existía y, en segundo, porque no permitiría que mi familia te quitara nada.

—Pero te preguntarán, Jake. Tendrás que decirles la verdad…

—Entenderán lo que he hecho y, si no lo entienden, peor para ellos. Incluso estoy dispuesto a pagarles una suma generosa a cambio de las tierras que han perdido —afirmó—. Solo sé que te quiero con toda mi alma. Creo que ninguna mujer me ha interesado de verdad durante estos años porque seguía enamorado de ti.

Madison clavó su mirada en los ojos de Jake y se dio cuenta de que le había dicho la verdad. Estaba enamorado de ella.

—Oh, Jake… —dijo entre lágrimas—. Yo también te amo. Te amo más de lo que puedas imaginar. Y pensar que he estado a punto de juzgarte mal otra vez…

Jake la tomó entre sus brazos.

—No llores, Madison. No me habías juzgado mal. Tienes razón al decir que te ofrecí el tesoro porque quería encontrar la escritura y quedarme con parte de tus tierras. Habría hecho cualquier cosa por vengarme de tu padre —le confesó—. Pero ya no tengo ningún interés en vengarme de nadie.

Jake bajó la cabeza y la besó durante unos segundos. Luego, la tomó en brazos, la llevó a su dormitorio y la tumbó en la cama. Tenía que demostrarle muchas cosas. Para empezar, lo mucho que la quería.

El jueves por la noche, Madison estaba delante del espejo de su dormitorio, comprobando el aspecto que tenía. Habían quedado en ir a cenar a Dallas, de modo que se había preparado para la ocasión. Llevaba un vestido rojo, sin mangas; unos zapatos a juego y unos pendientes de diamantes. Ardía en deseos de ver a Jake y, cuando oyó el timbre de la puerta, salió corriendo y abrió sin dilación.

Jake llevaba un traje azul oscuro, con camisa blanca y corbata roja. Madison se lo comió con los ojos y pensó que jamás lo había visto tan atractivo.

—Estás impresionante —dijo él en voz baja.

—Gracias.

Madison alcanzó su bolso y lo acompañó a la limusina. Mientras se dirigían al aeródromo, él la tomo de la mano.

—He hablado con mis hermanos y les he contado lo del tesoro. Vendrán a comer el sábado por la noche. Como el cofre sigue en la caja fuerte de mi rancho, se lo podré enseñar.

—¿Les has dicho que has quemado la escritura?

—Sí, y nadie ha protestado.

—Me resulta difícil de creer. Sobre todo, en lo tocante a tu hermana.

—A mí también sorprendió su actitud, pero dijo que, si yo había tomado esa decisión, sería por un buen motivo.

—No sabes cuánto me alegro.

—Se me ha ocurrido que, aprovechando la visita de mi familia, podríamos invitar a la tuya. Así podrán hablar y estrechar lazos.

—Buena idea… Mis hermanos están locos por ver el tesoro. No pueden creer que lo hayamos encontrado.

—Sinceramente, yo tampoco esperaba encontrar nada.

—Ni yo.

—Maddie, hay una cosa que no te he dicho todavía. Hoy, mientras estaba en el despacho, me ha llamado tu padre. Quería hablar conmigo, en persona. Hemos quedado mañana a las cuatro de la tarde.

—Espero que te pida disculpas, aunque ya no puede cambiar lo que hizo.

—Sea como sea, eso ya no importa. Ahora, solo quiero pensar en nosotros —dijo con una sonrisa—. Aunque sospecho que, si pienso demasiado en ti, querré acortar la cena y hacerte el amor.

Cuando el avión aterrizó en Dallas, subieron a otra limusina y se dirigieron a un restaurante situado en lo más alto de un rascacielos, desde el que se veía gran parte de la ciudad. Jake pidió una botella de vino y, tras probarlo, la tomó de la mano y la llevó a bailar a la pista.

—Nunca imaginé que volvería a bailar contigo —le confesó ella—. Y me gusta mucho.

—A mí también. Pero aún no me has contado lo que han dicho tus hermanos al ver tu parte del tesoro.

Madison sonrió.

—Están encantados. Wyatt lo llevó al banco con Nick y Tony. De momento, les he dicho que se lleven diez monedas cada uno. Les parece increíble que la leyenda resultara ser verdad, pero sobre todo les sorprende que uno de nuestros antepasados se llamara Mortimer. Siempre pensamos que la M del rancho Doble M era por Michael Milan.

—¿Les has dicho lo de la escritura?

—Sí, y se quedaron impresionados con tu generosidad —contestó—. Quién sabe… Puede que el gesto que has tenido sirva para acabar con las rencillas entre nuestras familias.

Después de cenar, Jake llevó a Madison a su domicilio de Dallas. Era una casa grande, de dos pisos de altura, aunque en modo alguno la mansión elegante que ella había imaginado. Se sirvieron dos copas, se sentaron en el sofá del salón y, acto seguido, él se soltó la corbata y se empezó a desabrochar la camisa. Pero al ver que Madison lo estaba

mirando, se detuvo.
—Sigue, por favor… —dijo ella.
Él sonrió, se llevó una mano al bolsillo y sacó una cajita.
—Madison, ¿te quieres casar conmigo?
Madison se puso tan contenta que se arrojó a sus brazos.
—¡Por supuesto que sí! —exclamó, con lágrimas en los ojos.
Él la apartó y dijo:
—No empieces a llorar…
—Es que estoy muy emocionada —se excusó.
Jake sacó un anillo de la caja y se lo puso en el dedo.
—Te amo, Madison. Quiero hacerte la mujer más feliz del mundo —declaró—. Supongo que debería haber informado a tu padre, pero mi tolerancia no llega hasta ese extremo. No habría sido capaz de pedirle tu mano.
Ella soltó una carcajada.
—No te preocupes por eso. Yo se lo diré. Además, los Calhoun y los Milan tendrán que cambiar de actitud en algún momento. A fin de cuentas, nos vamos a casar —dijo—. Aunque imagino que Tony y Lindsay no se lo tomarán precisamente bien.
Jake la tomó de la mano y la miró con cariño.
—Estoy deseando que nos casemos. Tenemos mucho tiempo que recuperar.
Madison le pasó los brazos alrededor del cuello.
—Solo espero que seas paciente conmigo y con mi carrera de pintora, porque tendré que viajar de vez en cuando a Nuevo México —le informó—. De momento, me gustaría quedarme con la galería que tengo aquí. Mis empleados hacen casi todo el trabajo.
—Tú también tendrás que ser paciente con mis viajes, aunque te adelanto que tengo intención de dejar ese trabajo dentro de unos años, para dedicarme a la vida de ranchero. Es lo que más me gusta.
—Bueno, ya encontraremos la forma de encajarlo todo —dijo ella—. Pero hay una cosa de la que todavía no hemos hablado…
—¿De qué se trata?
—¿Quieres tener hijos?
Jake sonrió.
—Por supuesto que quiero. Los dos hemos crecido en familias grandes y, a decir verdad, me gustaría tener un montón.
Madison le dio un beso en los labios.
—¿Te has dado cuenta de que, cuando me case contigo, me convertiré en una Calhoun?
—Sí, y serás la Calhoun más bella de toda la familia —declaró con humor.
Justo entonces, sonó el teléfono móvil de Madison, aunque no contestó.
—Era Tony.
—Ah, eso me recuerda que quiero hablar con tus hermanos para invitarlos personalmente a la boda.
—Excelente idea. Yo quiero hablar con Lindsay para pedirle que sea nuestra la madrina, pero tengo miedo de que rechace el ofrecimiento —le

confesó—. Por cierto, ¿cuándo quieres que nos casemos?

—¿Te parece bien en septiembre?

—¿Este mes? —preguntó, sorprendida—. Eso es imposible…

—Vaya, ¿vamos a tener nuestra primera pelea?

—No, ni mucho menos. Pero necesito tiempo para organizar la boda. Quiero celebrarlo a lo grande —respondió—. Y te adelanto que no te costará ni un céntimo, porque todo va a correr a cuenta de mi padre. Nos lo debe.

Jake sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Es que quieres arruinar al juez?

—Arruinarlo, no; pero he hablado en serio al decir que nos lo debe —contestó—. ¿Qué te parece si nos casamos el primer sábado de octubre, por la mañana?

—Si por mi fuera, me casaría contigo ahora mismo; pero octubre me parece perfecto. ¿Alguna idea sobre la luna de miel?

—No, ninguna. Si estoy contigo, lo demás no importa.

—Entonces, tendremos que empezar a hacer llamadas. Hay que organizar una boda.

Ella soltó una carcajada y dijo:

—Sí. Una boda muy cara.

Epílogo

Madison entró en la iglesia del brazo de su padre y miró a su futuro esposo, que estaba junto al altar, tan guapo como siempre. Todo había salido bien, o casi bien. Desgraciadamente, Lindsay se había negado a ser su madrina de bodas, así que Madison se lo había pedido a una prima suya. En cuanto al padrino, era uno de los primos de Jake.

Justo entonces, su padre le apretó la mano.

—Madison, creo que te lo he dicho mil veces a estas alturas, pero siento mucho lo que os hice hace años. Espero que tengáis una vida llena de felicidad.

—Gracias, papá —dijo ella, emocionada.

Cuando llegaron al altar, Pete la dejó con Jake, que la tomó de la mano y la miró a los ojos con una sonrisa. Madison casi no podía creer que estuvieran a punto de casarse, pero la ceremonia se le pasó tan deprisa que, antes de que se diera cuenta, ya se había convertido en la feliz señora de Jacob Calhoun.

La fiesta se celebró en el club de campo de Verity. Para entonces, Madison se había quitado el velo y los ornamentos del vestido de diseñador que llevaba; estaba tan bien pensado que, al despojarse de ellos, se convertía en una prenda sencilla, sin mangas.

A última hora de la tarde, cuando estaba hablando unas amigas, Jake la tomó del brazo y declaró:

—Perdonadme, pero me tengo que llevar a mi mujer. Hay una persona que la quiere ver.

Jake la llevó hacia la puerta de la cocina.

—¿Adónde vamos? ¿Y quién me quiere ver?

—Yo —contestó él—. Y vamos a la limusina que nos está esperando. Te llevo por la cocina porque Carol, tu madrina, se ha quedado allí. Quiere que le des tu ramo de flores para arrojarlo en tu nombre.

Madison rio.

—Pobrecilla… Si lo lanza ella, no tendrá ninguna posibilidad de recogerlo.

—Bueno, dudo que tu madrina necesite de esa tradición. He notado que lleva un anillo de compromiso.

Tras dar el ramo a Carol, salieron de la casa y subieron a la limusina, que los llevó al aeródromo. Horas después, se encontraban en un ático de Nueva York.

Madison echó un vistazo al paisaje de rascacielos y, a continuación, se acercó a su esposo y le quitó la chaqueta del esmoquin. Jake llevó las manos al cierre del vestido, le bajó la cremallera y se la quedó mirando.

—Eres la mujer más bella del mundo, Maddie —dijo con afecto—. Cada día te quiero más.

Ella se puso de puntillas y le pasó los brazos alrededor del cuello mientras él la abrazaba.

—Y yo a ti, amor mío. Con toda mi alma.

Madison lo besó apasionadamente, segura de que aquel alto y atractivo ranchero de Texas era el hombre de su vida. Segura de que siempre lo había sido.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

